



LAURA FALCÓ LARA

GRITOS
ANTES DE **MORIR**

«Miedos y anhelos se dan aquí la mano para deleitarnos con un singular baile literario en el que sorpresa y desconcierto aguardan a vuelta de página» JAVIER SIERRA

se

¿Qué pasaría si supieras cuál es tu destino? ¿Qué harías si una llamada te anunciara cuándo vas a morir? Siniestros edificios asediados por espectros sin nombre, maléficos niños criminales e indefensas criaturas, seres del submundo, visiones anticipatorias y, sobrevolándolo todo, la dama de la guadaña como amenaza continua; Laura Falcó Lara reaviva en su debut narrativo una tradición, la del terror sobrenatural, que maneja con soltura de experta, y en la que se inscribe con un estilo directo y enérgico. A caballo entre los sorprendidos y turbadores relatos de Stephen King y el hitchcockiano suspense de las obras de Dean Koontz, Gritos antes de morir nos sumerge en un universo donde lo paranormal, el pánico y el misterio crean un mosaico de asombrosas historias que resquebrajan la lógica y la razón.

Veintisiete narraciones repletas de escalofríos y adrenalina, que se dan cita en un libro asfixiante, lleno de giros inesperados, pero, sobre todo, aterrador.



Laura Falcó Lara

Gritos antes de morir

ePub r1.0
liete 23.11.14

Título original: *Gritos antes de morir*
Laura Falcó Lara, 2012
Diseño portada: Nora Grosse, Enric Jardí

Editor digital: liete
ePub base r1.2



Como tantos otros martes, al salir de la oficina Tom se acercó hasta la librería de la esquina de Brekley y Preston Street. Le encantaba pasarse horas rebuscando entre todos aquellos libros viejos hasta encontrar algún ejemplar interesante; algún libro que le permitiese enriquecer aún más su mente, y de paso fortalecer el increíble ego que tenía. Aquella tarde, sin embargo, no estaba Ronald, el viejo propietario. En su lugar atendía la tienda un hombre de mediana edad, pelo canoso y aspecto desaliñado. Sin hacerle demasiado caso, Tom avanzó hasta el fondo del local y empezó a hojear las últimas incorporaciones. Tras una media hora, aquel peculiar individuo se acercó y le preguntó:

—¿Busca algo en especial?

—No —contestó, algo molesto por la interrupción—. Me gusta ver los libros a solas y elegir sin prisas —dijo en tono cortante, casi desconsiderado.

—Ya, pero ¿puedo aconsejarle?

—¿Cómo dice? ¿Aconsejarme usted? ¿Qué podría yo aprender de un simple dependiente? —respondió, altivo e irónico.

—Bueno, a veces la persona más insospechada es la que mejor sabe lo que necesitas.

Tom se sintió algo presionado, cosa que por otro lado le molestaba sobremanera.

—Tranquilo... No me hace falta. Tengo claro lo que quiero, y dudo que usted me pueda ayudar —contestó, con grandes dosis de suficiencia y de soberbia.

—Creo que hay un libro que debería ver —insistió el hombre, subiéndose a la escalera para poder alcanzar el último estante.

Esa fue la primera vez que Tom lo vio. Era un libro antiguo, de piel repujada y más de seiscientas páginas que amarilleaban por los extremos. Fue tanta la insistencia del dependiente que Tom accedió a darle un vistazo. Nada más tenerlo entre sus manos pudo observar algo que le inquietó bastante. En la cubierta, grabado a fuego, se podía leer el siguiente título: Historia de Tom Abnett.

—¿Qué es esto? —inquirió, mirando fijamente a aquel extraño personaje.

—¿Nunca se ha preguntado sobre el final de su vida? ¿Sobre lo que los demás piensan de usted, lo que siente su mujer hacia su persona?

—¿Qué clase de broma de mal gusto es esta? —interrumpió Tom, algo nervioso.

—No es ninguna broma. Usted sabrá si quiere leerlo —contestó el hombre mientras se alejaba.

Entonces, justo cuando Tom se disponía a abrirlo, se giró en seco y dijo:

—Pero tenga cuidado: si empieza no podrá parar. Saber demasiado no siempre es bueno.

Perplejo, Tom observó detenidamente aquel tomo. Muerto de curiosidad, lo abrió por una página al azar y empezó a leer.

Tom sabía que ella era la chica con la que siempre había soñado, pero le faltaban agallas para decirle lo que sentía. Debían de faltar diez minutos para que la película terminara cuando por fin se decidió. Le tomó la mano entre las suyas y sin dudarle le plantó un beso en los labios, temiendo su reacción. Por su lado, Mia estaba nerviosa. Hacía mucho

tiempo que esperaba que Tom se decidiera a besarla, y, cuando este lo hizo, creyó que se iba a desmayar. Notó que las piernas le flojeaban y el corazón le latía más rápido de lo normal. Ella también sabía que Tom era el chico que más le gustaba de todo el instituto.

Tom cerró el libro, impresionado por la exactitud con que sus hojas reflejaban el momento preciso en que besó a una chica por primera vez. ¿Cómo era posible? ¿De dónde había salido aquel misterioso volumen? Inquieto, lo abrió de nuevo, esta vez por la página 110.

No era la primera vez que discutía con Mike, su compañero de trabajo. Entendían la empresa y su labor en ella de formas muy distintas. Sin embargo, esta vez, Mike, harto del desprecio y la soberbia con que Tom le trataba, estaba dispuesto a conseguir que le despidiesen. Ese fue el motivo por el cual filtró aquellos informes falsos que dejaron a Tom en evidencia ante sus superiores y llevaron a su despido. Él siempre pensó que se había tratado de un error burocrático, que se debieron entregar algunos borradores hechos por los becarios en vez de su informe original. Nunca sospechó de Mike.

Con los ojos encendidos y completamente fuera de sí, Tom volvió a cerrar el libro.

—¡Será cabrón! —exclamó a voz en grito, haciendo que el resto de clientes le mirasen.

Luego, tras una breve pausa, se dirigió al mostrador y le dijo al dependiente:

—¡Me lo llevo!

¿Qué otras verdades ocultaría ese libro? ¿Cuántos secretos más descubriría al adentrarse en él?

Poseído, cegado por un ansia enorme de saber, Tom llegó a casa, se sentó en el orejero del salón y lo abrió por la primera página. Iba a leerlo de cabo a rabo, pensó. Quería saber todo lo que los demás pensaban de él. Aquella noche, para la sorpresa de Amy, su mujer, Tom estaba tan absorto en la lectura que no quiso probar la cena, ni tampoco irse a la cama.

De madrugada, Tom seguía leyendo sin descanso. Las horas habían pasado pero él continuaba ahí, enfrascado en aquellas páginas.

—Así que no soy un buen amante, ¿eh? —le dijo a Amy en cuanto la vio aparecer por la puerta del salón.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, perpleja.

—Y, por cierto, dile a tu madre que no soy un fracasado, si acaso lo será su marido, que no tuvo más remedio que casarse con ella cuando la dejó embarazada.

—Pero... ¿a qué viene semejante sarta de idioteces?

Colérico, enfurecido con el mundo entero, Tom agarró el libro y se encerró en su habitación; definitivamente, aquel día no iría a trabajar.

Cuando Amy regresó a casa por la tarde, encontró a Tom sentado en el sofá con la mirada perdida; parecía sumido en su mundo, lejos de allí. Preocupada, se acercó y se sentó junto a él, pero este seguía ignorándola. Entonces tomó el libro de Tom de encima de la mesa y lo examinó atentamente.

—¿Qué es este libro? —preguntó, al ver su título.

—Una condena —respondió Tom, con expresión desencajada.

Amy lo miró sin comprender el sentido de sus palabras.

—¿Alguna vez has pensado qué ocurriría si la gente pudiese oír todo lo que piensas de ellos?

—¡Sería terrible! —contestó Amy—. Me quedaría sin familia y sin amigos en ese mismo instante.

—Así es —afirmó Tom, pensativo—. Cuando empecé a leer este maldito libro, me volví loco. No podía soportar saber que la gente no siempre te dice lo que piensa.

—Pero eso es así desde que el mundo es mundo.

—Ya, pero... una cosa es intuirlo y otra leer qué es exactamente lo que tus amigos y tu familia piensan de ti.

Amy lo miraba, confusa, y seguía sin comprender a qué venía todo aquello.

—¿Sabes cuándo ha dejado de afectarme?

—No —respondió Amy, que continuaba sin entender nada.

—Cuando me he empezado a fijar en lo que yo he pensado sobre los demás.

—Ya.

—Ahora estoy justo en el presente, en el día de hoy, y no sé si quiero seguir.

—¿Seguir? —preguntó Amy.

—Sí, no sé si quiero conocer lo que me depara el futuro. ¿Alguna vez has deseado saber cuándo o cómo vas a morir?

—¡Por Dios! ¡Claro que no!

—Creo que ya he leído bastante —dijo, cogiendo el libro y lanzándolo al fuego que ardía en la chimenea del salón.

—¿Qué haces? —exclamó Amy, atónita.

—Lo que debí hacer desde el momento en que ese libro llegó a mis manos.

Al día siguiente, cuando Tom se levantó y fue hacia la cocina dispuesto a desayunar, el libro estaba allí, sobre la mesa del salón, abierto por la página exacta en que lo había dejado la tarde anterior.

—¿Cómo...?

Sorprendido, sin poder entenderlo, agarró el tomo y empezó a arrancarle las hojas y a despedazarlas con todas sus fuerzas hasta dejarlo hecho añicos. Luego lo tiró a la basura de la cocina y siguió preparándose para ir a trabajar. Cuando acabó de vestirse volvió a salir al salón, pero esta vez sintió que la sangre se le helaba en las venas al ver de nuevo el libro sobre la mesa, en perfecto estado. Presa del terror, Tom se sintió incapaz de acercársele: sin duda no era cosa de este mundo. Notó que una especie de sudor frío le recorría la espalda, y respiró hondo para recuperar el aliento. Tras el susto inicial, y algo más sereno, Tom decidió que su mejor opción era regresar a la tienda de Ronald en busca de respuestas. Alguien tendría que explicarle qué era aquel objeto, de dónde había salido y cómo podía deshacerse de él.

* * *

—Buenos días, Tom. ¿Cómo tú tan temprano? ¿Es que hoy no trabajas? —preguntó Ronald al ver a Tom entrar de buena mañana.

—Sí, sí que trabajo hoy, pero me urgía hablarte de este ejemplar.

—¿Cuál? —preguntó, mientras Tom ponía el libro maldito entre sus manos.

—El que compré ayer aquí.

—Este libro no es de la tienda, seguro. Conozco cada uno de los ejemplares antiguos que entran.

—Me lo vendió ese hombre canoso que dejaste al cargo.

—¿Quién? Pero... si ayer no abrí, tenía un entierro —contestó Ronald ante la estupefacción de Tom—. Seguramente te confundes de establecimiento.

—Pero si yo, yo juraría, yo... —dijo Tom, tartamudeando.

Si no estuvo allí, ¿dónde pudo estar? ¿Quién era aquel extraño hombre? Y, lo más importante, ¿qué se suponía que era ese diabólico libro? Angustiado y sin rumbo, Tom pasó toda la mañana dando vueltas por la ciudad procurando aclarar sus ideas. Primero intentó tirar el libro al río, luego trató de abandonarlo, pero a los pocos minutos el horrible tomo volvía a aparecer junto a él. Entonces, cuando ya estaba al borde de la desesperación, lo vio. Estaba allí, sentado en un banco del parque, fumando un cigarrillo y mirándole fijamente. Era él, el hombre canoso de aspecto siniestro que le había vendido aquel condenado libro. Sin pensarlo dos veces corrió hasta él y, empuñando el volumen como si de un cuchillo se tratase, lo arrojó sobre sus muslos.

—¿Por qué me dio esa monstruosidad? ¡No la quiero! ¿Me oye? ¡Ya se la puede quedar! —dijo, completamente fuera de sí.

—Lo siento, pero se lo avisé: «Si empieza no podrá parar». ¿Recuerda? —dijo, mientras se levantaba dispuesto a irse.

—¡Me da igual lo que me dijera! ¡No quiero este libro! Y además... ¿quién es usted? Ronald dice que no lo conoce.

Fue en ese momento cuando Tom vio en los ojos de aquel enigmático personaje algo que le aterrorizó. Al igual que el libro maldito, el ser que estaba frente a él no era de este mundo. Sus ojos eran el reflejo de la maldad, del pesar, de la agonía, del mismísimo infierno.

—Saber demasiado no siempre es bueno, se lo dije. Pero usted quería saberlo todo; y luego, ese exceso de soberbia... —apuntó la misteriosa y demoníaca criatura. Tom lo observaba con temor, sin atreverse a pronunciar palabra—. ¿Sabe algo? La soberbia es el pecado capital con el que más disfruto. Es tan fácil de provocar...

Tom asintió con la cabeza, esforzándose por disimular el miedo que recorría todo su cuerpo.

—Bien, bien. ¿No creía saber tanto, no creía saber incluso más que yo? Pues ahora tiene la obligación de saberlo todo, hasta su final.

Tom era incapaz de reaccionar.

—No podrá deshacerse del libro hasta que lo lea. Y, por cierto, cualquier libro que trate de leer será siempre el mismo. Ya solo existe uno para usted: el de su vida. ¡Disfrútelo! —dijo, entre carcajadas.

Cuando Tom quiso darse cuenta aquel monstruo había desaparecido, como si de un truco de magia se tratase.

* * *

—¿Por qué lleva siempre ese libro viejo y cochambroso? —preguntó la enfermera en prácticas a la enfermera jefe.

—Lo tiene desde que entró en la residencia; nunca va a ningún lado sin él.

—¿Y qué es? Jamás le he visto leerlo.

—Dice que es su vida, y que cuando muera hemos de enterrarle con él. Afirma que tener ese libro y saber que lo mejor es no leerlo es la penitencia que debe pagar por su pecado de soberbia.

¿Entiendes algo?

—Son las manías que vamos adquiriendo con la edad. Pobre hombre.

Reencarnación

Cuando Dan vino al mundo, hubo algo que falló. Se suponía que el sistema era perfecto y que nadie debía recordar jamás nada de su anterior estancia en la tierra. Se había dado algún caso sin importancia de recuerdos esporádicos, pero nunca algo parecido a lo que ocurrió con Dan. No de aquella forma, ni con aquella intensidad. Desde el día en que empezó a tener conciencia de sí mismo, Dan fue un niño raro, un niño que tenía recuerdos de una vida distinta de la suya. Por la noche, angustiado y sudoroso, se veía asaltado por horribles pesadillas que no podía recordar cuando se despertaba. Durante el día, le sobrevinían a todas horas recuerdos confusos de una realidad distinta. Nadie, ni siquiera él, era capaz de entender lo que le estaba ocurriendo. Sus padres, preocupados, acudieron con él a varios médicos. No estaban dispuestos a permitir que le pasara nada malo a su único hijo, pero ningún médico lograba explicar los problemas de Dan: no había explicación médica para lo que le estaba sucediendo.

Hacía ya doce años que Melissa los había dejado. Tardaron tanto tiempo en tomar la decisión de tenerla, y fueron tantos los sueños que volcaron en su hija, que, cuando el destino quiso arrebatársela, el golpe fue tremendo. Era tan pequeña, estaba tan indefensa... Tenía solo tres años cuando aquel enfermo la secuestró, la violó y la mató. Bastó un instante para que Melissa desapareciera sin dejar rastro. Afortunadamente el asesino, un perturbado, ni siquiera se molestó en ocultar el cuerpo o en huir. Fue Frank, su propio padre, quien, tras rastrear durante dos días la zona cercana al lugar del suceso, encontró el cuerpo sin vida de la niña. Desnuda y tirada en el sucio suelo de aquel viejo almacén, como si de una muñeca rota se tratase, Melissa yacía muerta. Para único consuelo de sus padres, la policía pudo seguir fácilmente el rastro del asesino y capturarlo. Tras un largo juicio, Martin R. Smith fue condenado a muerte. Pese a haber presenciado la ejecución, Frank sabía que la rabia y el dolor no iban a remitir jamás. Aún había noches en que se despertaba atormentado por los recuerdos y sintiéndose culpable por no haber podido salvar a su niñita. La imagen de aquel cuerpecillo tumbado y lleno de sangre recorría su mente casi cada noche como una condena. Su mujer, en cambio, había sido capaz de bloquear y apartar aquel episodio de sus vidas tras el nacimiento de Dan; pero él, no. Ella no tuvo que pasar por el horror de ver a su hija muerta y desangrada. Por esa razón Frank necesitaba ayudar a Dan con todas sus fuerzas; era la forma que tenía de redimirse por no haber podido proteger a su pequeña. Quizá si conseguía ayudar a su hijo su mente le diera un respiro.

Los meses pasaban, y Dan, en vez de recuperarse, no hacía más que empeorar. Los episodios en que otra realidad irrumpía en su vida eran cada vez más frecuentes. A veces se pasaba horas enteras encerrado en su habitación, en un estado cercano al trance. Con la mirada perdida en el infinito, el chico parecía transportarse a otra galaxia. Absorto en un mundo al que solo él tenía acceso, Dan empezó a escribir en un diario cuanto era capaz de recordar. Necesitaba vaciarse de algún modo, y escribir le ayudaba a canalizar todo aquel cúmulo de información. Luego, prudentemente, guardaba el diario en un cajón bajo llave. Sabía que ni siquiera sus padres podrían entender cuanto pasaba por su mente. Había allí recuerdos de difícil análisis, que ni siquiera él mismo era capaz de aceptar.

Todavía no había logrado descubrir la identidad de la persona que un día fue, pero conocía perfectamente su interior, y lo que había visto le horrorizaba. Día a día, Frank notaba que su hijo estaba más lejos, y que cada vez le costaba más hablar con él.

Fue la mañana en que Dan cumplió catorce años cuando la desgracia volvió a cebarse con aquella familia. Esa mañana, como tantas otras, Dan se levantó y, tras desayunar, se dispuso a ir a la escuela. Sin embargo hubo algo distinto, algo imperceptible, muy sutil, que no fue como siempre. Aquella mañana Dan olvidó cerrar el cajón y proteger su diario de las miradas ajenas. Al principio todo transcurrió como de costumbre. Su madre hizo las camas, recogió la ropa sucia y quitó el polvo, pero, cuando estaba ordenando la habitación de Dan, vio el cajón entreabierto y no pudo resistir la tentación. Tomó el diario entre sus manos dudando si debía leerlo o no. Sabía que aquello no estaba bien, pero, teniendo en cuenta los problemas que estaba atravesando su hijo, quizá leer aquel diario arrojara algo de luz sobre la situación. Se sentó en la cama y leyó.

Mi nombre en esta vida es Dan, aunque sé que antes he sido otra persona. Desde que tengo uso de razón, las pesadillas y las visiones me persiguen. Primero pensaba que eran solo pesadillas, y por eso hablé del tema con mis padres. Ellos, preocupados, consultaron a muchísimos médicos, pero sin éxito. Nadie entiende qué me pasa; nadie excepto yo.

¿Acaso Dan había descubierto algo que ellos no sabían? Intrigada, Nicole continuó leyendo:

No soy capaz de acordarme de mi nombre, ni siquiera de mi familia o de mi nacionalidad, pero hay algo que sí recuerdo, y es mi forma de ser, mi naturaleza. Sé que no soy bueno, que por mis venas corre el mal, el mismísimo demonio.

Nicole cerró el diario de golpe. ¿Cómo podía su hijo, un crío de apenas catorce años, escribir aquello? Respiró hondo y trató de tranquilizarse; se empezaba a sentir mareada. Al cabo de un par de minutos reanudó la lectura:

Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a matar, antes de que mi ser verdadero, lo que realmente soy, aflore de nuevo y regrese con ansias de sangre. Esto es lo que me atormenta cada noche. Mis padres piensan que las pesadillas son las responsables de mi ansiedad, de mis miedos, de mi malestar. Pero las pesadillas no son más que mi inconsciente pidiéndome que mate otra vez. Mi auténtico tormento es tratar de reprimir al monstruo que llevo en mi interior. Si mis padres supiesen cómo soy en realidad, si supiesen el riesgo que corren, no dudarían en separarme de ellos para siempre. A veces me pregunto a cuántas personas habré matado, y si todos los crímenes que recuerdo son reales.

Cuando Frank llegó a comer a casa, Nicole estaba destrozada y rota de dolor. De sus ojos, enrojecidos, no brotaban ya las lágrimas. Frank la abrazó sin entender qué estaba sucediendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El diario de Dan.

—¿Lo has leído?

—Sí.

—¿Y?

—Mira la página por la que está abierto —contestó ella entre sollozos.

Frank tomó el diario de encima de la mesa y leyó:

No debía de tener más de tres o cuatro años. Era una niñita angelical. Recuerdo que el brillo de sus grandes ojos verdes me cautivó. Estaba allí, jugando con la arena en aquel parque, cuando vi que su madre, distraída, hablaba con otra madre. No lo dudé ni un solo instante. La cogí al vuelo y, tapándole la boca, me la llevé corriendo hasta el callejón del fondo. Sabía que no tenía mucho tiempo antes de que su madre diese la voz de alarma, así que entré en el viejo almacén, la violé y luego la maté.

Frank no pudo seguir leyendo. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y la rabia crecía en su interior, clavándose en sus entrañas. La niña de la que hablaba era, al parecer, su hija Melissa. ¿Qué oscura y siniestra broma era aquella? ¿Quién era realmente el autor de esas palabras? Frank no podía creer que su hijo Dan las hubiese escrito.

—Tiene que tratarse de un error. Esto no puede ser de Dan —dijo, mirando a su mujer.

Nicole lo miraba, luchando desesperadamente por aferrarse a sus palabras. Necesitaba creer que todo era un malentendido. Ambos esperaron con paciencia a que Dan llegase de la escuela.

* * *

Lo supo en cuanto abrió la puerta. Sus caras los delataban: los ojos, irritados y húmedos, hablaban por sí mismos. Sus miradas, que lo culpabilizaban, eran tan tácitas como expresivas.

—¿Cómo lo habéis averiguado? —dijo, con la mirada perdida.

—Leímos el diario —contestó Nicole con un hilo de voz.

—Dinos que no es tuyo —intervino Frank, consternado.

—Yo lo siento, yo no... —trató de contestar el chico entre lágrimas de arrepentimiento.

—¿Quién te contó lo de tu hermana? —insistió Frank, desesperado.

—¡Nadie! ¡La maté yo! —exclamó, sintiéndose por fin liberado al decir la verdad.

—Eso no puede ser, Melissa murió antes de que tú nacieras.

—Yo fui su asesino, y ahora soy vuestro hijo —contestó Dan con una frialdad fuera de lo común.

Sus padres se quedaron mirándolo en silencio. Parecía que empezaba a disfrutar de la situación.

—¿No me creéis? ¿Queréis saber detalles sobre su muerte? ¿Os cuento cómo la encontró papá, lo que le hice?...

—¿Qué? —exclamó el pobre hombre, horrorizado.

—Le puse la medalla en el bolsillo izquierdo de la chaqueta para que no la perdiera. Todo un detalle, ¿no?

Frank se abalanzó sobre Dan, ciego por la rabia y el dolor, mientras Nicole trataba de detenerlo.

—¡Es tu hijo! —gritaba desesperada, intentando separarlos. Pero Frank, poseído por la ira, estrangulaba con sus propias manos al niño que había visto nacer catorce años atrás.

* * *

Actualmente Frank cumple condena por asesinato en primer grado en el estado de Illinois, mientras que Nicole está ingresada en un hospital psiquiátrico del que difícilmente volverá a salir.

A David le apasionaba la fotografía desde que era niño, y se consideraba un afortunado por haber podido convertir su hobby en su trabajo de forma rentable. Aunque la tecnología permitía hacer un millón de cosas automáticamente, David seguía prefiriendo las viejas cámaras, con sus objetivos, sus angulares y su revelado manual. Tenía una auténtica colección de cámaras de todos los tamaños, colores y calidades, pero, donde estuviese su vieja Canon, que se quitasen las otras. De hecho, sus mejores fotos las había tomado con aquella máquina; desde las composiciones paisajísticas que le habían valido algún que otro premio hasta los retratos de sus seres más queridos.

Debían de ser las cuatro de la tarde cuando sonó el teléfono del estudio.

—¿Dígame?

—¿Estudios Wellington?

—Sí, es aquí. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, estoy interesada en tomar unas fotos. ¿Hace sesiones de retratos en domicilios particulares o hay que desplazarse al estudio?

—Depende. Personalmente prefiero el estudio, porque aquí tengo todos los materiales, lonas y demás, pero si el cliente no puede me adapto.

—Es que en mi caso necesito hacer una foto de familia, y hay una persona mayor a la que es difícil mover.

—Comprendo. No hay problema. ¿Qué día le iría bien?

—Por mí cuanto antes. Respecto al precio, ¿cuánto puede costar más o menos una sesión completa con varios retratos?

—Pues hay un precio fijo por desplazamiento y tiempo mínimo, y luego se paga por fotografía. Si solo quiere un archivo digital cuesta menos. Si quiere foto digital impresa o foto de revelado manual impresa, el precio es otro.

—¿Podría mandarme el presupuesto por fax?

—Claro. ¿A qué número?

—020 7458 0534.

—Vale. Y, respecto al día, ¿cuándo querría hacerlas?

—En principio haríamos las fotos este viernes por la mañana, sobre las once. La dirección es White's Row número 5. ¿Le va bien?

—Perfecto. Le paso el presupuesto, y si no me dice nada quedamos el viernes a las once en su casa.

—De acuerdo, nos vemos el viernes.

* * *

Fue otra de esas largas y tediosas sesiones de fotos de familia: hijos, nietos, sobrinos, y, presidiendo el evento, la abuela. Lo malo de trabajar con niños era que, cuando conseguía que uno se

estuviese quieto, el otro se movía o hacía una mueca inapropiada. Aun así, esta vez logró acabar bastante rápido. Por otro lado, lo bueno de las sesiones de mañana era que esa misma tarde podía ponerse a retocar y revelar el material, y, si no surgía ningún contratiempo, la faena quedaba lista en el mismo día.

Eran las dos cuando llegó a casa, así que fue directo a la cocina y calentó el pollo empanado del día anterior, abrió una lata de cerveza y se sentó un rato frente a la televisión. Comer y dormir frente a la televisión era uno de los placeres de trabajar para uno mismo.

—¡Uff... las cuatro! Debería ponerme al tajo si quiero acabarlo hoy —pensó en voz alta.

La clienta quería fotos tradicionales en papel mate para enmarcar, nada de digital. Para él eso suponía más trabajo, pero lo hacía gustoso porque era ese el tipo de fotografías con las que realmente disfrutaba. Se encerró en el cuarto oscuro, como de costumbre, y empezó a revelar una a una todas las imágenes de la sesión. A medida que las iba sacando de la cubeta las colgaba con sumo cuidado para que el papel se secase. Luego venía la típica espera hasta que podía cogerlas con los dedos y observarlas con atención. Era todo un ritual.

Pero ese día algo extraño arruinó parte de las imágenes.

—¿Pero qué coño es esto?

Revisó su cámara con la máxima atención. Miró meticulosamente las lentes por si aquello hubiese sido fruto de una huella dactilar o una mota de polvo, revisó el interior... Nada parecía estar mal. Volvió a mirar las fotos con detalle. Era como si en algunas de ellas algo ajeno al ojo humano se hubiese interpuesto entre el objetivo y la imagen. No podía entenderlo. En quince años de carrera nunca había visto algo parecido.

—¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Repetir la sesión?... ¡Hay que joderse! —exclamó, mientras miraba las fotografías una y otra vez.

Las dejó de nuevo sobre la mesa del estudio y pensó que ya llamaría a la mañana siguiente a la clienta para repetir el trabajo.

* * *

Esperó a que diesen las diez y agarró el teléfono.

—¿Podría hablar con la señora Stephanie Lawrence?

—Lo siento, señol, no se encuentla —dijo una mujer que, a juzgar por su pronunciación, debía de ser de origen asiático.

—¿A qué hora puedo localizarla?

—No sé. Toda la familia en hospital. Abuela enfelma.

—Ya veo. Bueno, cuando llegue dígame que ha llamado el fotógrafo.

—Yo decil. Adiós.

—Adiós, y gracias.

—¡Pues ya ves! ¡Si la abuela está enferma, a saber cuándo podrá repetirse la sesión! —exclamó David tras colgar el teléfono.

* * *

La llamada de la clienta no se hizo esperar demasiado.

—Dígame.

—¿David Wellington?

—Al habla. ¿Quién llama?

—Buenas tardes, soy Stephanie Lawrence. Me ha dicho la chica de servicio que llamó esta mañana.

—Sí, así es. Verá, desgraciadamente ha habido algún tipo de problema con las fotografías que les tomé, y no sé por qué extraño motivo aparecen medio veladas. Tendríamos que repetir la sesión.

—¡No me diga eso! ¿Cómo puede haber pasado algo así? Va a ser casi imposible reunir a la familia de nuevo. Mi madre está ingresada, y la cosa no pinta demasiado bien...

—Lo siento muchísimo. Lo cierto es que no entiendo qué pudo pasar. La cámara está bien, los objetivos limpios, el proceso de revelado no tiene secretos... Solo cabe pensar que el carrete fuese defectuoso.

—¿Y ahora qué?

—Lo único que puedo ofrecerle es repetir la sesión cuando a ustedes les sea posible. Le ajustaré un poco el precio para compensar las molestias.

—Ya... Pero no es un tema de precio, ¿entiende?

—Perfectamente, y créame que lo siento.

—Está bien. Lo avisaré cuando se pueda repetir la sesión.

* * *

No pasó ni una semana hasta que David recibió una llamada del hijo mayor de la familia Lawrence diciéndole que la abuela había muerto y que su madre quería tener las fotos de la sesión realizada aunque no fuesen muy buenas. David decidió entonces regalárselas: no le parecía demasiado lícito cobrar por ellas.

El jueves era el día que acostumbraba a dedicar a las fotos de pasarela. Aunque solían ser sesiones mal pagadas, tenían la ventaja de asegurarle un ingreso fijo cada mes. Además, no era necesario repetir las fotos veinte veces, como con los particulares o las modelos amateur: las profesionales sabían cómo sacar el mejor partido de sí mismas frente a un objetivo, y tras varios meses de trabajar con ellas bastaba con un solo gesto para que supiesen perfectamente qué expresión estaba buscando.

—Buenos días, Andrew. ¿Qué tal andan las chicas hoy?

—Como siempre. Te esperan en el plató.

—Gracias.

Andrew era algo así como el ayudante que hace un poco de todo. Entró en el plató y enseguida se puso manos a la obra. La sesión duró más o menos lo de siempre; era difícil bajar de la hora y media. Luego se fue a casa, y después de comer se encerró en el cuarto oscuro a revelar las fotos que acababa de tomar.

—¿Qué coño...? ¡Otra vez no! ¡Esta jodida cámara ha vuelto a hacerme de las suyas!

De nuevo aparecían extrañas sombras blancas sobre las imágenes. Completamente desquiciado, empezó a soltar las lentes y a desmontar la cámara pieza por pieza: todo estaba en orden. Se sentó en el sofá y repasó una a una las fotos con el fin de ver si alguna podía salvarse de la quema.

—¡Qué extraño! —suspiró, mientras volvía a mirarlas todas.

Esta vez, al fijarse atentamente, David se dio cuenta de que la sombra blanquecina tapaba la cara de una de las chicas. Lo curioso era que, en todas las fotos, con independencia de la posición en que estuviera, la chica cuyo rostro se desdibujaba era siempre la misma.

Sin salir de su asombro, levantó el teléfono.

—¿Eres tú, Andrew?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy David. Verás, he tenido un problema con las fotos de esta mañana y debería repetirlas.

¿Está Tom por ahí?

* * *

Eran las diez de la mañana cuando David se dirigió nuevamente al plató para repetir la sesión del día anterior. Esta vez cogió una segunda cámara, por si las moscas. Andrew, como siempre, le abrió la puerta. Estaba deshecho en lágrimas.

—¿Qué te ocurre?

—Anne... Una desgracia.

—¿Anne?

—Sí, Anne, la modelo rubita con media melena, la que vino de Praga. La han atropellado y...

David sacó las fotos de la chaqueta a toda prisa.

—¿Es esta?

—Sí, parece... pero... ¿qué le ha pasado a estas fotos?

David palideció e, incapaz de explicar aquello, dio media vuelta y salió de nuevo a la calle. Caminó como ausente, y se sentó en el primer banco vacío. Entonces recordó la sesión de fotos anterior. También en ella aparecieron el mismo tipo de sombras blanquecinas. La cuestión era si, al igual que esta vez, la sombra estaba justo encima de la persona que había muerto. Asustado, corrió hasta el coche y regresó a su casa. Una vez allí sacó del cajón las copias de las otras fotos y las miró con atención. No había duda, la sombra estaba siempre sobre la misma persona: la abuela. Era como si aquella cámara anunciase la muerte. ¿Era eso posible?, se preguntó.

Miró detenidamente la máquina. Jamás la había contemplado así. Su amiga, su compañera infatigable, se había convertido en un artilugio diabólico capaz de predecir el más negro futuro. Tenía que comprobar si aquello era cierto o solamente fruto de la más perversa de las casualidades. Pero ¿cómo poner la cámara a prueba? Tras darle unas cuantas vueltas al asunto, lo tuvo muy claro: debía fotografiar a alguien en estado terminal.

A la mañana siguiente se dirigió a la clínica donde trabajaba Sheila, una amiga de toda la vida que a bien seguro podría ayudarlo. Tras la lógica resistencia, Sheila accedió a que David tomara una foto de un enfermo terminal. El hombre se estaba muriendo de cáncer; David lo retrató lo más rápido posible y se fue directo a casa.

Estaba nervioso, casi excitado ante el experimento. En su cabeza ya se dibujaba la imagen que iba a ver; no tenía ninguna duda. Sumergió la foto en el ácido, esperó el tiempo necesario y la colgó para que se secase como siempre había hecho. La imagen empezó a dibujarse lentamente.

—¿Qué... qué significa esto?

David recorrió la foto con sus ojos una y otra vez. No era posible. Aquello debía de estar mal. Volvió a mirarla atentamente. La cara del enfermo se veía nítida, clara, cristalina; pero, sobre la

cama, reflejado en el panel metálico trasero, se podía apreciar el rostro del fotógrafo, el suyo propio, desdibujado por una niebla blanquecina.

—¡No puede ser! —exclamó, lleno de pánico y angustia—. ¡Esto es un error!

A la mañana siguiente la mujer de la limpieza halló a David tendido en el suelo junto a la foto. Muerte súbita, dijo el médico de emergencias. Nadie sospechó jamás que fue su cámara la que realmente lo mató.

El hospicio

El nuevo hospital había sido construido sobre las ruinas del antiguo hospicio de Saint John. La gente del lugar contaba horribles historias sobre aquel sitio. Se decía que allí habían muerto varios niños a causa de la peste y de otras infecciones contagiosas. Finalmente, tras varios años de denuncias por parte del obispado, las actividades del viejo hospicio cesaron, el edificio se vendió y los niños fueron enviados a otros centros. Nunca se llegó a saber con certeza el número de huérfanos que murieron allí, ni tampoco cuántos fueron enterrados de forma clandestina entre sus muros.

Cuando construyeron el nuevo hospital nadie cuestionó la conveniencia de aprovechar los viejos cimientos ya existentes. Aquello iba a suponer un gran ahorro, y el coste de las obras ya era bastante elevado; el arreglo parecía idóneo. Jack Burrow, el propietario, tenía claro que no se podía gastar ni una libra más en la construcción del nuevo hospital, pero no contó con lo que aún encerraban aquellos viejos muros, los sótanos, el cementerio clandestino. Las consecuencias iban a ser trágicas, aunque nadie podría habérselas imaginado.

El primer mes tras la apertura todo fue bien. El servicio del nuevo hospital rozaba la perfección: tanto el personal como los pacientes se mostraban encantados con las infraestructuras. Los problemas comenzaron al cabo de cierto tiempo, cuando se empezó a usar el sótano como almacén para nuevo equipamiento. La primera persona en darse cuenta de que algo extraño ocurría fue Nolan, el encargado de reponer el material. Cada mañana hacía una lista con lo que se había agotado y por la tarde bajaba al viejo sótano para restituirlo. Aquel día, algo fuera de lo habitual llamó su atención.

—Aquí no pueden estar los niños —dijo, dirigiéndose a un pequeño que estaba al otro lado de la sala.

El crío lo miró sonriente y desapareció corriendo por el fondo de la enorme habitación.

—¡Maldito mocoso! —exclamó Nolan, mientras cruzaba la sala y se dirigía hacia la salida—. En cualquier caso Jane lo parará al salir.

Su sorpresa vino cuando Jane, la recepcionista del hospital, le juró y perjuró que nadie, ni adulto ni niño, había subido por la escalera posterior. Si ese suceso se hubiera limitado a un solo día, Nolan lo habría olvidado con suma rapidez, pero aquel tipo de hechos empezaron a convertirse en habituales. Un día oía risas de chiquillos, otro día pasos, otro veía niños que luego desaparecían. Nolan sabía que lo que estaba sucediendo no era normal, pero el temor al qué dirán le hizo mantener la boca cerrada. Luego, cuando se decidió a contar lo que veía, fueron sus superiores quienes, con tal de evitar los rumores y el posible cierre del centro, acallaron a Nolan cambiándole de puesto de trabajo. Pero aun así las habladurías no tardaron en propagarse, y los trabajadores, asustados por las historias de fantasmas, se negaron a bajar al sótano. Jack Burrow, harto de chismes y problemas, decidió que daría un escarmiento ejemplar a los trabajadores que no realizasen sus tareas. Tal fue la amenaza que, pese al miedo existente, los empleados volvieron a trabajar con normalidad. Al principio no ocurrió nada, y la tranquilidad volvió al centro. No fue hasta pasadas unas semanas cuando Cathy, la responsable de mantenimiento durante el fin de semana, dio nuevamente la voz de alerta.

—Le juro que no estoy loca —decía Cathy, con la mirada perdida y la voz entrecortada.

—Pero ¿qué pasó exactamente? —dijo el director.

—Yo estaba abajo, reponiendo gasas estériles para la planta cuarta, cuando de pronto oí una especie de lloriqueo al fondo de la sala.

—¿Y?

—Me acerqué. Pensaba que quizá algún crío se habría perdido y habría bajado al sótano por error.

—¿Y quién era?

—En el suelo habían varios niños llorando. Estaban asustados y no querían que me acercara a ellos. Entonces me incorporé y me asomé a la escalinata del fondo para llamar a Carl y que bajase a ayudarme.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me volví hacia los niños y allí al fondo, de pie, un par de ellos permanecían inmóviles: uno con las cuencas de los ojos vacías y el otro con el pecho abierto de par en par. Después me desmayé.

—¿Vio Carl a los niños?

—No. Según me ha contado, cuando bajó solo me encontró a mí, tendida inconsciente en el suelo.

Nervioso por lo que aquella historia pudiera provocar, el director decidió que lo más adecuado era despedir a Cathy. Sin ella, se acababa el rumor. Sin embargo, Cathy sabía que algo malo estaba ocurriendo allí, y que no iba a cesar por mucho que la echasen. Al principio los niños se limitaron a aparecer y desaparecer misteriosamente, o, en algunos casos, a asustar a quien los veía. Con el tiempo, sin embargo, los médicos y las enfermeras fueron viéndose seriamente afectados, lo que produjo terribles consecuencias.

* * *

—¡Pero Peter, qué has hecho!... ¡Dios!

Nancy miraba la escena desde el marco de la puerta, completamente alterada, incapaz de actuar o de moverse. Peter, uno de los médicos más veteranos del centro, acababa de abrir en canal sin razón aparente a uno de sus pacientes más jóvenes, y le había extirpado todos los órganos internos. Cuando Nancy llamó su atención, Peter pareció volver en sí.

—¿Qué, dónde...? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué he hecho? —dijo, derrumbándose ante la escena de la que él mismo era responsable.

Cuando la policía interrogó a Peter, este se mostró incapaz de recordar nada de lo ocurrido. Tan solo repetía una y otra vez:

—¡Han sido ellos, ellos!

Fue en ese momento, después de que Nancy la llamase para explicarle lo sucedido, cuando Cathy supo que alguien debía hacer algo al respecto y decidió investigar por su cuenta la historia del centro. No le resultó difícil encontrar documentación sobre el antiguo hospicio, pero eso no bastaba. La gente no sabía de la misa la mitad. De hecho, nadie tenía conciencia de la barbarie que realmente se escondía tras los muros del Saint John. Solo después del accidente que le costó la vida a aquel chaval, las autoridades locales empezaron a tomar cartas en el asunto. Tras el suceso el centro cerró sus puertas durante casi un mes. Nadie lograba explicarse por qué Peter, un médico de brillante carrera, había cometido semejante atrocidad. Nadie excepto Barbara, la única de las cuidadoras del antiguo

hospicio que no había muerto aún, la única que fue capaz de aclarar todo lo que estaba pasando. Cuando Cathy encontró su nombre en los registros del hospicio e imaginó, por su edad, que tal vez aún siguiera viva, lo tuvo claro: si alguien iba a arrojar luz sobre lo sucedido, tenía que ser ella.

Barbara había trabajado durante mucho tiempo entre aquellas paredes, y a sus ochenta y dos años el recuerdo todavía la acompañaba. Una enjuta mujer de blancos cabellos abrió la puerta de la calle lentamente y apoyó su tembloroso brazo en el umbral.

—Yo no puedo ayudarla en nada —dijo la anciana a Cathy, y enseguida trató de cerrar la puerta.

—Por favor, están muriendo personas.

—¿Cómo?

—Los niños claman venganza, y si alguien no detiene esto va a morir mucha más gente.

—¿Venganza? ¿Los niños? —suspiró, con voz temblorosa.

—Sí, venganza.

—Yo... —La anciana titubeó, y luego rompió a llorar.

—Tranquila —dijo Cathy, intentando consolarla.

—Pobres criaturas, nadie imagina el horror que vivieron. Tratamos de impedirlo, pero nos amenazaron.

—¿Quién?

La mujer la miró sin dar respuesta alguna.

—¿Va a ayudarme? —insistió Cathy, mientras Barbara la invitaba a pasar.

La casa olía a humedad y a cerrado. La poca luz natural que entraba lo hacía por una ventana del salón, que era sobrio y austero, como ella. Era fácil percibir que Barbara no recibía demasiadas visitas, ni tampoco salía mucho de su casa.

—Siéntese —dijo la mujer, mientras se ayudaba de un bastón para arrellanarse en la butaca del fondo de la sala.

—¿Qué pasó? —preguntó Cathy, viendo que Barbara parecía dispuesta a hablar.

—Hace mucho de todo aquello, y sin embargo todavía hay noches que me despierto llorando, con el recuerdo de esos niños grabado en mi mente —dijo, mientras hacía un esfuerzo por contener las lágrimas que acudían a sus viejos ojos verdes.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —insistió Cathy, tratando de entender el dolor de la anciana.

—Como puede imaginar, en un hospicio hay niños de todas clases. Algunos eran débiles y enfermizos, y la falta de recursos no les ayudó precisamente.

—¿Y?

—Cuando alguno fallecía, los encargados del hospicio sacaban provecho —contestó, cerrando los ojos como si tratara de borrar la imagen de su mente.

—¿De qué manera?

—Las donaciones de órganos eran escasas en la época, y había muchos padres dispuestos a pagar auténticas barbaridades para salvar la vida de sus hijos. Así que, cuando un niño del hospicio fallecía, las cuidadoras, con ayuda de un doctor, lo vaciábamos para aprovechar sus órganos y venderlos en el mercado negro.

—¡Uff! —contestó Cathy, tapándose su pequeña boca con la mano; empezaba a sentirse afectada por la historia que Barbara le estaba contando.

—El problema llegó cuando, viendo lo rentable del tema y sabiendo que no había familiares a quien rendir cuentas, empezaron a matar niños para ese fin —apuntó con voz entrecortada.

—¡Dios santo!

—Esa fue la razón real por la que el obispado, al enterarse por una filtración interna de tal aberración, cerró el hospicio. El hecho jamás se hizo público, ya que, siendo el hospicio parte del patrimonio de la Iglesia, el escándalo les hubiese salpicado. Se limitaron a ocultar el entierro de sus cuerpos en los sótanos y a vender el edificio al hombre que lo había estado gestionando durante todo aquel tiempo. De este modo se aseguraban el silencio. El resto ya lo sabe.

Cathy estaba lívida, mareada. No podía evitar sentir náuseas al pensar en los pobres niños. Su tez morena parecía haber perdido todo rastro de salud.

—¿Cómo ha podido vivir con eso? —preguntó, mirando fijamente a Barbara con expresión amenazadora.

—No pude —contestó cabizbaja—. De hecho, fui yo quien lo denunció todo al obispado.

—Lo siento. Supongo que no debí juzgarla.

* * *

Salió de allí y empezó a caminar sin rumbo fijo. Necesitaba un poco de aire: la historia que acababa de oír la había dejado vacía, conmocionada, exhausta. Se sentó en un banco y por unos instantes recordó las apariciones de las que fue testigo.

«Esos niños... seguramente buscan justicia —dijo para sus adentros—. Hasta que todo esto salga a luz no van a descansar en paz.»

Sabía que era necesario hallar el modo de denunciar y detener todo aquello. El problema era que nadie iba a creerla. Nadie, a menos que Barbara hablara. La seguridad de los trabajadores y de los pacientes del hospital estaba en peligro; las almas de los pequeños debían descansar. Decidida, dio la vuelta y regresó a casa de Barbara.

—Tiene que venir conmigo. Solo si cuenta la verdad podremos acabar con todo esto: ahora estoy convencida.

—Pero yo...

—Necesitamos una orden que les obligue a exhumar los cadáveres enterrados bajo el hospital.

—Y eso... ¿de qué iba a servir?

—Solo así podrán hallar la paz. ¿No cree que ya han sufrido bastante?

Por fin, Barbara accedió a acompañar a Cathy a la policía local.

* * *

Jack Burrow sabía lo que debía hacer. A la mañana siguiente el hospital estaría infestado de policías. Sin esos papeles nadie podría demostrar la relación entre la propiedad del antiguo hospicio y la actual gestión del centro. Nadie salvo él sabría que su padre había sido el responsable de las muertes. A efectos legales el hospicio había pertenecido al obispado, y, excepto en la documentación que él conservaba en el sótano del edificio, el nombre de su padre no constaba en ningún registro. Abrió la puerta y pasó al interior decidido a borrar todo rastro de culpabilidad. Bajó las escaleras y entró al sótano a toda prisa. De pronto oyó una leve risa detrás de él. Nervioso, se giró y miró a todos lados; allí no había nadie. Volvió a acelerar el paso y se dirigió al fondo de la sala, donde

estaban los archivadores. Abrió un cajón y agarró una carpeta. Fue entonces, al girarse, cuando Jack pudo ver ante él a varios niños correteando por la sala.

—No... —se dijo en voz baja—. No puede ser real.

Angustiado, retrocedió con lentitud hasta apoyar la espalda en el muro posterior.

—¿Qué queréis de mí? —dijo chillando, mientras todos los pequeños lo miraban fijamente—. ¡Marchaos! ¡Fuera de aquí! —exclamó, con el rostro desencajado.

Los niños, parsimoniosos, empezaron a avanzar hacia él, y mientras lo hacían sus cuerpos iban rajándose, abriéndose en canal y vaciándose, hasta quedar huecos por dentro; tan vacíos como su padre los había dejado.

—¡Dejadme en paz! —gritó, presa del pánico.

Uno a uno los pequeños se abalanzaron sobre él hasta derribarlo.

* * *

Por la mañana, cuando llegó la policía, el cuerpo de Jack estaba tendido boca abajo en el suelo del sótano. Al girarlo, descubrieron horrorizados que había sido abierto en canal y le habían extraído todas sus vísceras. Junto a él solo encontraron una vieja carpeta en la que podía leerse: «Contrato de traspaso del Hospicio de Saint John».

Le había costado mucho llegar hasta allí. De pie, frente al espejo, Sandra se miraba orgullosa la barriga, y, acariciándola, recordaba el calvario que había tenido que pasar hasta quedarse embarazada. Tras dos abortos, un año de tratamientos y una inseminación artificial, hubo ocasiones en que estuvo a punto de tirar la toalla. De no haber sido por la negativa de Dan a adoptar un niño, probablemente Sandra hubiese renunciado a seguir adelante. Ya solo le quedaban cuatro meses para salir de cuentas, y a esas alturas parecía difícil que perdiese al pequeño. En cualquier caso, su médico le había prohibido trabajar durante todo el embarazo; no podía correr riesgos. Agarró el balancín y, colocándolo frente a la ventana, se sentó y dejó que el sol le dorara las piernas. La primavera era la mejor estación del año; el sol calentaba lo suficiente como para ir sin abrigo, pero todavía no hacía el calor insoportable del verano. Estaba tan a gusto que se quedó dormida. Debían de ser las seis de la tarde cuando la despertó una extraña molestia en el abdomen. Miró su reloj. Dan llegaría a casa en cualquier momento, pensó. Si la molestia persistía entonces, irían a urgencias para que le hiciesen un control. No estaba dispuesta a perder de nuevo a su pequeño; esta vez no. Se incorporó para ir al baño y volvió a notar aquel malestar.

Quince minutos más tarde, Dan abrió la puerta de la casa.

—¿Sandra? —dijo.

Una voz débil respondió al final del pasillo.

—Dan, llama a una ambulancia.

Sandra seguía sentada en el baño, pero esta vez su rostro denotaba que algo no iba bien. Dan se acercó a toda prisa.

—¡Estoy sangrando, llama a la doctora!

La ambulancia no tardó en llegar. En cuanto ingresaron en el hospital, la doctora Thomson los estaba esperando. Sin perder tiempo, la tumbaron en una camilla y la introdujeron en una sala. Luego procedieron a hacerle una ecografía. Había que asegurarse de que la criatura estuviera bien.

—No oigo el corazón —dijo la doctora, angustiada, mirando a su ayudante.

Tras algunos minutos de máxima tensión, el enfermero, inquieto, frunció el ceño.

—Creo que lo hemos perdido —se aventuró a decir, mientras Sandra rompía a llorar desconsolada.

Un silencio estremecedor reinó en la sala.

—Eres joven, tienes tiempo de sobra para volver a intentarlo —apuntó la doctora, tratando de reconfortarla.

Dan, cabizbajo, agarraba con fuerza la mano de Sandra, luchando por contener las lágrimas.

—Tendremos que hacer un legrado, y cuanto antes. Lo siento —sentenció la doctora, acariciando el brazo de la chica.

Un par de enfermeros pusieron a Sandra en una camilla y la bajaron con urgencia al quirófano mientras Dan rompía finalmente a llorar. De camino, uno de ellos, el más joven, un muchacho moreno con perilla, intentó que se calmara. Mientras tanto, el otro, un hombre de tez clara y cabellos

níveos, empujaba la camilla sin decir ni una palabra.

Bajaron en un frío ascensor hasta el primer sótano y recorrieron el largo pasillo que llevaba a los quirófanos. Sandra no podía creer que tanto sufrimiento fuera a terminar así. Llamaron al timbre y una enfermera les abrió la puerta de acceso a la zona restringida.

—Es para hacerle un legrado, es paciente de la doctora Thomson —le dijo el camillero.

—Dejadla unos minutos aquí y enseguida vendrán a sedarla —respondió, mientras iba a comprobar que la doctora y el equipo estuviesen preparados.

Fue entonces cuando apareció él.

—Pasad a la paciente a la sala 3 para hacer una ecografía —dijo ese médico.

—Pero... si está esperando a entrar en quirófano para hacerle un legrado —respondió uno de los camilleros.

—Me han pedido que antes le haga una ecografía por seguridad —repitió el doctor, en tono seco.

Ambos camilleros, aunque sorprendidos, empujaron la camilla hasta la sala 3 y prepararon a Sandra para una ecografía. Ella no entendía nada. ¿Qué sentido tenía hacerle una nueva ecografía ahora?

El hombre esparció el gel sobre su barriga y pasó suavemente el émbolo por encima. A los pocos segundos dijo, sonriendo y con voz firme:

—¡Todavía hay latido! El feto sigue vivo.

Aturdida por lo que acababa de oír, Sandra miró a los enfermeros buscando con la mirada algo que reafirmara la buena nueva. Los tres estaban perplejos, sin saber demasiado bien cómo reaccionar.

—Si me disculpa un segundo, ahora vuelvo —dijo el doctor, abandonando el box.

En ese mismo instante, la enfermera que les había abierto la puerta entró en la sala.

—Pero... ¿se puede saber qué hacen aquí? El anestesista la está buscando.

—Es que el médico nos dijo que había que hacerle una ecografía.

—¿Médico? ¿Ecografía?

—Sí —añadió Sandra—. ¡Dice que el bebé está vivo!

—¿Cómo? No puede ser. —La enfermera estaba desconcertada—. Voy a buscar a la doctora Thomson.

Tras un par de minutos, la doctora apareció en el box.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendida por el retraso.

—Un médico nos hizo pasar aquí para hacerle una eco y dijo que el feto estaba vivo —respondió el camillero de tez clara.

—¿Qué médico? —inquirió la doctora—. ¿Cómo era?

Los tres se miraron sin saber qué contestar. Ninguno recordaba la cara o el aspecto de aquel hombre. Solo sabían que alguien vestido de médico les había hecho entrar allí.

—¡Dijo que el niño está vivo! —repitió Sandra con énfasis.

—¿Vivo? Pero si no había latido, ni movimiento, ni nada... —contestó la doctora, perpleja.

Tras un pequeño suspiro, se acercó a Sandra y, cogiéndola suavemente del brazo, le dijo:

—Sé que es duro, pero cuanto antes empecemos, mejor.

—¡Le juro que el niño está vivo! ¡Mírelo usted misma!

—El doctor dijo que había latido —confirmó el enfermero de cabellos rubios.

—¡No hay ningún doctor! —exclamó la enfermera, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Está bien! —respondió la doctora, tratando de acabar con aquella historia—. Le haré otra

ecografía para tranquilizarla.

La doctora volvió a extender el gel conductor sobre la barriga de Sandra y puso el émbolo encima. De pronto, la expresión de su rostro cambió. Sorprendida, empezó a mirar la pantalla y el émbolo y a hacer un sinfín de pruebas.

—¡No tiene sentido! —exclamó finalmente.

Todos la miraron en silencio esperando una respuesta.

—Es cierto, está vivo... Pero yo juraría... yo... no entiendo nada.

* * *

Dicen que todos tenemos un ángel de la guarda que vela por nosotros. En este caso, el ángel vestía una bata verde y se hacía llamar doctor.

El camión

La ausencia de luz en aquella solitaria autopista, la noche cerrada, sin luna y casi vacía de estrellas, y la incesante lluvia hacían de aquella ruta una trampa mortal para cualquier conductor. Pese a que las condiciones no eran las mejores, Kurt siguió su camino. Susan solía insistirle para que parase más a menudo, pero él sabía que tenía unos horarios que cumplir. Quizá ya iba siendo el momento de retirarse, pensó. Tantos años al volante del camión habían acabado con su espalda y con gran parte de su vida social y familiar. Siempre viajando, siempre fuera de casa, siempre solo; siempre él, el asfalto y el camión. Hacía tiempo que su mujer le pedía que lo dejase. Ella también estaba cansada de dormir sola en las frías noches de invierno, cansada de compartir la vida únicamente con sus dos hijos. De hecho, cuando eran más jóvenes, Kurt había temido que Susan conociera a alguien durante sus largas ausencias. Afortunadamente eso nunca pasó, y ahora, a sus sesenta años, era aún menos probable.

La noche avanzaba y el cansancio empezaba a hacer mella en él. Sus reflejos ya no eran los de años atrás. Ya no aguantaba igual las jornadas inacabables al volante; la edad no perdonaba. Durante un segundo sus ojos parpadearon más de la cuenta para cerrarse después; su cuerpo, rendido tras un día agotador, empezaba a flaquear. Asustado, sobresaltado, Kurt reaccionó con rapidez retomando el control justo a tiempo. Igual debería parar un rato y echar una cabezada, pensó. Sin embargo, las ganas de llegar a su destino lo impulsaban a continuar un poco más. Tomó un trago de Coca-Cola y siguió adelante. No habían pasado más que unos minutos cuando notó que el cansancio parecía remitir, y volvió a sentirse lleno de fuerza. Era como si la cafeína le hubiese inyectado energía. Animado, Kurt decidió poner un poco de música en la radio.

—¡Qué cojones! —exclamó, estupefacto al ver que no emitía ningún sonido.

El viejo transistor había dejado de funcionar. No es que le tuviese un gran apego, pero en una noche así suponía una buena compañía. Contrariado, Kurt decidió buscar un área de servicio en la que parar para echarle un vistazo. Unos kilómetros más adelante vio el cartel. Avanzó y, cuando estaba casi llegando a la salida, puso el intermitente.

—Pero... ¿qué le pasa hoy a este camión? —se preguntó al ver que este tampoco daba señales de vida. Era como si su fiel amigo se hubiese declarado en huelga.

Algo molesto por aquellos estúpidos contratiempos, Kurt aparcó el camión en el arcén y empezó a manipular la radio, aparentemente muerta. Luego volvió a accionar el intermitente, que, para su disgusto, seguía sin obedecer sus órdenes. Respiró hondo, en señal de resignación, y le echó un vistazo a su reloj. Las agujas marcaban todavía las diez y cuarto, la misma hora que la última vez que lo había mirado. ¿Acaso todos los aparatos habían decidido averiarse al mismo tiempo? Ofuscado, Kurt decidió bajar del camión para estirar un poco las piernas. Algo de aire fresco no le haría ningún daño, se dijo mientras abría la puerta. Descendió lentamente y, tras poner los pies sobre el asfalto, miró el vehículo con extrañeza. Observó su viejo camión con cierto cariño; llevaban tantos años juntos que era como parte de la familia. Quizá aquella fuera la señal que necesitaba para darse cuenta de que ya era hora de que se retirara; quizá también su viejo compañero necesitara un respiro. Era

probable que el mensaje de su mujer le hubiera calado finalmente, o tal vez la edad le estuviera pasando factura. Además, se sentía peor a cada minuto, como si de pronto se le hubiese terminado la energía y a su cuerpo, agotado, solo le quedasen fuerzas para arrastrarse. Sin pensarlo dos veces, subió al camión de nuevo y tomó el desvío para regresar a su hogar. Aquello tenía que ser fruto del cansancio, se dijo. Ahora lo tenía claro: ya no volvería a viajar. Le había costado mucho tomar esa determinación, pero ahora sabía que había llegado el momento. Por fin podría disfrutar de su hogar, de la familia y de aquello por lo que había luchado todos esos años. Era plenamente consciente de que apenas había podido criar a sus hijos, y de que posiblemente hubiera descuidado mucho a su mujer.

Ansioso por llegar a casa, Kurt emprendió una frenética carrera. No obstante, a la media hora de trayecto tuvo que detenerse, ya que el tráfico estaba completamente parado. Primero esperó unos minutos a que la caravana avanzase, pero luego, viendo que iba para largo, decidió bajarse y averiguar qué estaba pasando. A lo lejos las luces de un coche de la policía y de una ambulancia llamaron su atención.

—Vaya engorro —pensó—. Algún inútil se habrá dado una hostia y ahora todos a esperar.

Sacó un cigarrillo del bolsillo izquierdo de la chaqueta y lo encendió mientras seguía acercándose al lugar de los hechos. Al otro lado de la vía, en la dirección opuesta a la suya, un aparatoso accidente había obligado a cortar la carretera. Fue entonces cuando pudo ver por la mediana a los camilleros que se llevaban hacia la ambulancia un cuerpo inerte y completamente tapado por una sábana.

De pronto, cuando estaban a punto de introducir el cadáver en la ambulancia, un brazo cayó por un costado y, para su sorpresa, Kurt pudo ver que aquel hombre llevaba un reloj idéntico al suyo. Un sudor frío le recorrió la espalda; una terrible sospecha se cernía sobre él. El brazo, la camisa... No, no podía... No era posible... ¿Y si en el instante en que le venció el cansancio y cerró los ojos...? Angustiado, Kurt se acercó corriendo hasta la camilla: allí, sobrecogido por el horror, vio su cuerpo sin vida.

El santo entierro

Eran las diez de la noche y Marian Stewart estaba tumbada tranquilamente en el sofá frente al televisor cuando sonó el teléfono. Sin darle apenas tiempo a responder, una voz metálica y aguda, como procedente de un contestador automático, dijo:

—Funeraria El Santo Entierro le recuerda que le queda un mes de vida. Tenemos ofertas muy interesantes en nuestra web elsantoentierro.blogspot.com. Entre ahora y benefíciense de un cinco por ciento de descuento adicional.

El mensaje terminó. Marian no daba crédito a sus oídos. ¿Qué clase de broma macabra era aquella? Sin duda una de muy mal gusto, pensó. En cualquier caso, no quiso darle mayor importancia, y volvió a tumbarse frente al televisor. Quizá si hubiera tenido setenta años y una salud frágil la llamada le hubiese incomodado, pero a sus treinta y ocho le pareció de lo más absurda.

Había pasado algo menos de una semana desde el incidente cuando, de nuevo, el teléfono sonó a las diez en punto de la noche.

—Funeraria El Santo Entierro le recuerda que le quedan veinticinco días de vida. Tenemos ofertas muy interesantes en nuestra web elsantoentierro.blogspot.com. Entre ahora y benefíciense de un cinco por ciento de descuento adicional.

Esta vez fue ella la que colgó el teléfono antes de que el mensaje concluyese. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Quién podía ser tan retorcido? Descolgó nuevamente y buscó en la memoria del aparato el número desde el que la habían llamado. Tomó un bolígrafo y copió los dígitos: 666 666 666. Miró nuevamente el receptor con la expresión desencajada. Era correcto.

«¿Qué coño de teléfono es este?», pensó.

Marcó lentamente los números y aguardó. El mensaje de la operadora no se hizo esperar.

—No existe actualmente ninguna línea en servicio con esta numeración.

Aquella tontería estaba empezando a molestarle. Era cuando menos desagradable, y además ¿cómo podía no existir un teléfono desde el que la acababan de llamar? Respiró hondo y recapacitó. No podía dejar que una estupidez así la incomodase de tal manera. Eso era seguramente lo que pretendía el artífice de una gracia tan macabra. Así que, con los ánimos renovados, volvió a sentarse plácidamente frente al televisor, como solía hacer cada noche.

Durante unos días Marian se olvidó por completo del asunto. El ritmo de trabajo en la oficina era bastante frenético en aquella época del año, y para cuando llegaba a casa era tan tarde que solo le apetecía tumbarse en el sofá con un bol de ensalada y una pieza de fruta.

Aquel día la calma se vio interrumpida de nuevo al sonar el teléfono a las diez en punto.

—¿Sí, diga? —contestó, sosteniendo el auricular con la barbilla mientras se recogía la melena en una cola.

—Funeraria El Santo Entierro le recuerda que le quedan veinte días de vida. Si llama ahora podrá beneficiarse de nuestra oferta especial dos por uno. Visite sin falta nuestra web elsantoentierro.blogspot.com. Seguro que encontrará todo lo que necesita.

Aquello ya pasaba de castaño oscuro. Había dejado de ser una broma para convertirse en una

auténtica pesadilla. Volvió a mirar en la memoria del teléfono cuál era el número desde el que la habían llamado. Otra vez el mismo: 666 666 666. Un número inexistente, y cuando menos inquietante. Ahora empezaba a estar nerviosa, intranquila. No es que creyera en el contenido del mensaje, pero comenzaba a alterarla. La única pista que podía seguir era la web que mencionaba: elsantoentierro.blogspot.com. Así que se fue hacia el ordenador, lo encendió y escribió la dirección. Ahí estaba. Jamás en su vida habría entrado por placer en una web así.

Una bienvenida un tanto peculiar adornaba su página inicial:

Los servicios funerarios de El Santo Entierro esperan que el catálogo de productos aquí expuesto sea de su agrado. Les deseamos una feliz navegación.

«¿Una feliz navegación? —pensó—. Hay que ser retorcido.»

Miró la parte de abajo de la página y vio que había un contador que marcaba el número 58.640. Luego recorrió todas las secciones de la web tratando de encontrar algo que le diese una pista. Finalmente vio al pie un teléfono y una dirección postal.

© Real Ilustre Funeraria de El Santo Entierro. C/ Milagros, 16, Madrid.
Teléfono 91 472 60 59. E-mail: elsantoentierro@elsantoentierro.com.

Decidió llamar al número y probar, pero, tal y como se temía, volvió a oír el mensaje de la otra vez:

—No existe actualmente ninguna línea en servicio con esta numeración.

También intentó enviar un correo electrónico pidiendo explicaciones, y en breves instantes obtuvo una respuesta:

Estimada Marian,

Su código personal es el 058640. Ahora que ya ha cogido número para su entierro, le rogamos escoja el féretro y los arreglos florales que desee para tan feliz acontecimiento.

Gracias por su interés en nuestros servicios.

Atentamente,

El Santo Entierro, S. A.

—¡Joder! —exclamó, levantándose de un brinco—. Esto no puede estar pasando en realidad.

Empezó a dar vueltas por el salón mordiéndose las uñas. ¿Cómo podía parar aquel sinsentido? Tenía que haber algún modo de averiguar quién estaba detrás de todo. Seguro que la policía tendría más de un caso de ese tipo en sus expedientes.

A la mañana siguiente pidió el día libre y se acercó a la comisaría del barrio. Tras conversar más de media hora con el jefe de policía, Marian decidió mostrarle la web en cuestión.

—Escriba, escriba... elsantoentierro.blogspot.com.

El hombre, no sin cierta desconfianza, tecleó la dirección. La respuesta no se hizo esperar:

The website cannot be found.

—¡No puede ser! Seguro que ha escrito algo mal. Vuelva a intentarlo.

El jefe de policía la miró con cara de paciencia y volvió a teclear la dirección:
—elsantoentierro.blogspot.com, y ahora... intro.

The website cannot be found.

—Mire, señora. Probablemente no haya sido más que una broma de mal gusto. Vuelva a casa y tranquilícese. Seguro que, si no se han cansado ya, lo harán en breve.

—Pero le juro que ayer entré en esa página...

—Sí, yo no lo dudo, pero... ya ve. Déjelo estar, de verdad. Y ahora, si me disculpa... Tengo mucho trabajo.

Marian volvió a casa cabizbaja. Quizá tuviera razón el policía y ya se hubieran cansado. Era probable que, tras su entrada en la web, la hiciesen desaparecer sin más. Si lo pensaba fríamente, lo ocurrido tampoco era tan grave. Si no volvían a llamarla, aquello no pasaría de ser una mera anécdota que contarles a sus nietos en las noches de Halloween.

Transcurrieron diez días y Marian consiguió olvidarse del suceso por completo. El teléfono no había vuelto a sonar, y la web en cuestión parecía desactivada. Aquel día estaba exhausta. Llegó a casa sobre las nueve, se puso el pijama y, tras mordisquear una manzana verde de las que quedaban en la nevera, se dirigió a su cuarto. Ya había apagado la luz cuando sonó el teléfono.

—Solo le quedan diez días de vida y aún no ha reservado su ataúd. ¿Acaso prefiere la incineración? Seguimos estando a su servicio en elsantoentierro.blogspot.com.

Marian empezó a chillar, y le sobrevino un ataque de pánico. Le faltaba el aire, notó que la vista se le nublaba y que el corazón aceleraba sus latidos de forma alarmante.

Cayó desplomada sobre la alfombra de su habitación.

* * *

—Abra los ojos. ¿Me oye? Señora Stewart, si me oye intente contestar.

Tenía frío y le dolía la cabeza. Trató de abrir los ojos, y al hacerlo descubrió que una luz intensa la enfocaba.

—¿Me oye?

—Sí —respondió medio aturdida.

—Está usted en el hospital. Se desmayó y lleva cinco días inconsciente.

—¿Cómo? —preguntó, mientras trataba de enfocar la visión, que aún era bastante borrosa.

—La portera de su bloque fue quien nos avisó.

—¿Cinco días?

—Sí, cinco días.

—Entonces solo quedan cinco... —respondió, tratando de incorporarse.

—Perdón, creo que no la entiendo. ¿Solo quedan cinco qué?

—Mi teléfono, la funeraria... —balbuceó con voz angustiada.

—No sé de qué me habla. Mire, procure calmarse. Tenemos que hablar.

—¿Hablar?

—Sí, verá. Tras la caída le hemos realizado un escáner y hay algo que no va demasiado bien —dijo el doctor, apoyándose en la cabecera de la cama con cara de preocupación.

—¿Que no va... bien? —preguntó, mientras el doctor intentaba que permaneciera tumbada.

—No sabemos si ya estaba ahí o si lo ocasionó la caída, pero debe usted saber que tiene un edema en el lóbulo frontal derecho.

—¿Un edema?...

—Bueno, a veces acaban por desaparecer, pero es una situación delicada...

—¿Delicada?... —Marian se echó a llorar.

—La dejaré un rato sola. Trate de descansar, ¿de acuerdo? —dijo el médico mientras salía de la habitación.

Marian estaba aturdida. Eran demasiados datos de una sola vez. Su cabeza era incapaz de procesar lo que estaba sucediendo. Mientras daba vueltas pensando en lo que había dicho el doctor, sonó el teléfono de la habitación. Marian lo miró durante unos segundos, aterrorizada, pero, como siempre, lo descolgó y se lo acercó al oído.

—¿Va a querer el ataúd de caoba o de pino? ¿Servicio básico o premium? Solo le quedan cinco días... y no tiene tiempo que perder.

Marian nunca salió viva del hospital.

* * *

Cuenta la leyenda que todo aquel que ose entrar en la página corre el riesgo de que se le asigne un número.

¿Te atreves?

<http://elsantoentierro.blogspot.com>

Otra vez el mismo largo y aterrador pasillo de cada noche. Al fondo, la puerta entreabierta deja ver la bañera de piedra del baño grande. Qué lástima de paredes desgastadas y raídas por el tiempo, por el polvo. En su día la casa era una de las más bellas de la zona. Hicimos forrar las paredes de sedas importadas de Oriente, y los arrimaderos y los zócalos eran de las mejores maderas trabajadas a mano. En los techos, ángeles de escayola adornaban las esquinas de las estancias; ángeles que ahora se me antojan demonios, fieras impasibles que desde las alturas juzgan mi locura y mi destino. Por un momento fijo la vista en la escalinata de piedra blanca que sube altiva desde la entrada hasta donde permanezco inmóvil. Dios sabe cuánto tiempo y dinero costó la construcción de este monumento de piedra. Lástima que Henry no viviera para verlo terminado. Todo por culpa de la maldita guerra que me dejó viuda, sola con mi único hijo. Sabe Dios que fueron unos años muy duros y complicados.

Inspiro hondo y regreso a la realidad; miro al frente cabizbaja pero serena. Recorro el pasillo observando a mi paso cada uno de los pocos cuadros que aún cuelgan de las paredes desnudas. Avanzo lentamente hasta la puerta, avanzo hasta llegar al horror que mis ojos han de ver día tras día, noche tras noche. No soy capaz de atinar en mi recuerdo, de saber a ciencia cierta qué ocurrió esa jornada fatídica. Era una noche cualquiera, una de tantas en que me sentía sola, vacía y triste. Sé con seguridad que lo que voy a ver tras esa puerta va a demoler mi vida y mi mundo para siempre, y aun así sé que debo entrar. La imagen es grotesca y remueve todo mi ser desde las mismísimas entrañas. El tormento y la angustia que siento no son comparables a ningún otro mal, por intenso que sea. Aún puedo percibir en mis recuerdos el hedor que brotaba del baño como queriendo vaticinar la tragedia. Me siento paralizada por el miedo, por la ansiedad, por el desgarró, por la conciencia de que tras aquella puerta no habrá mañana ni esperanza posible. Mis manos tiemblan sin control al mismo ritmo que mis labios.

Llego al umbral del baño y apoyo ligeramente la frente contra el marco de la puerta. Luego dejo que mi cuerpo resbale y la empuje, haciendo que ceda y me permita contemplar la terrible imagen con la que sueño cada día; esa que recorre todo mi ser y no me deja descansar. Allí, bajo el agua translúcida acumulada en la vieja bañera, se intuyen los restos de un pequeño cuerpo. No me atrevo a mirar. El miedo, la ansiedad, una extraña sensación de ahogo recorren todo mi ser y parecen arrancarme el corazón a jirones. Tras unos segundos de duda, avanzo sigilosamente y me atrevo a asomarme al interior. Sé que debo verlo, sé que tengo que mirar, pero por dentro siento que deseo la muerte. Me llevo las manos a los ojos para evitar la imagen. La visión es tan dantesca, tan perturbadora, que siento náuseas y mareos y noto que me fallan las fuerzas; creo que voy a caer desplomada. Me desmayo y pierdo la conciencia.

Las diez de la mañana. Amanezco tendida sobre el frío suelo del baño. La humedad cala todos los huesos de mi cuerpo. Me duele mucho la cabeza y me cuesta respirar. Trato de incorporarme sin mirar el espanto que yace a mis espaldas. Mi mente borrosa se aclara por momentos, devolviéndome de forma cruel a una realidad atroz y destructiva. La nitidez con que la memoria convoca la imagen de los pedazos de mi pequeño flotando en el agua, deslavazados, desarticulados, bañados en sangre,

es devastadora. Aún puedo ver en su rostro la expresión de sufrimiento, de dolor, y en sus pupilas el abismo de una inocencia robada. Levanto la vista y, aún con los ojos medio entornados, me veo reflejada en el espejo. Mis ropas están llenas de sangre y de desgarrones.

De pronto oigo pasos. Me asomo y puedo observar que por la gran escalinata suben conversando un hombre moreno y una joven pareja. Siento miedo, no sé quiénes son ni qué hacen en mi casa. ¿Y si se trata de ladrones? Me asusto y corro de nuevo al baño; me escondo.

—La casa se vende a muy buen precio —dice el hombre, mirando a la pareja.

—La verdad es que está muy bien. Es una casa más que fabulosa, y en una de las mejores zonas —contesta la mujer, agarrando por el brazo a su acompañante.

—Efectivamente, una ganga.

—Y... ¿qué hay de cierto en lo que cuentan sobre ella?

—Bueno, en los pueblos ya se sabe, siempre hay leyendas —responde el vendedor, quitándole importancia al asunto—. No crean todo lo que oyen.

—Pues dicen que hace bastantes años una mujer desahuciada y en estado de embriaguez ahogó y descuartizó aquí a su hijo de apenas dos años —interviene el hombre de la pareja, a quien no le parece que el asunto carezca de importancia.

—Y que, por lo visto, tras matarlo se cortó las venas junto a él —prosigue la mujer.

—Leyendas —zanja el asunto el vendedor, harto de oír siempre la misma historia—. Solo son leyendas de pueblo.

De mis entrañas surge un alarido que rompe el silencio e inunda toda la casa. Ahora soy consciente de lo que sucedió aquella noche en la bañera, en mi bañera.

Fue un martes por la tarde, al volver del despacho, cuando encontré a Irina pintando la pared de mi rellano con unos rotuladores. Lo cierto es que aquella criatura me ponía los pelos de punta. Muchas veces, cuando salía del ascensor en compañía de su madre, Ania, los vecinos no podían evitar hablar de ella. La mayoría convenían en que era la responsable de todos los desperfectos o contrariedades que ocurrían en la comunidad. La señora Clark, por ejemplo, decía que la pequeña había envenenado a su perro echándole carne con matarratas por la galería. El señor Enoch solía acusarla de poner los chicles que a veces encontraba en su cerradura, y Ernest, el del primero, afirmaba haberla visto jugando con los botones y la alarma del ascensor.

Arranqué el rotulador de su mano y, tomándola de la oreja, la hice incorporarse y la llevé hasta su casa. Tal vez mi reacción fuera algo excesiva, pero es que nunca he podido tolerar a los niños gamberros y maleducados. Llamé al timbre y Ania abrió la puerta, sorprendida porque Irina estuviese fuera de casa. Perpleja, con una extraña expresión entre el miedo y el nerviosismo, cogió a la niña del brazo y la hizo entrar en casa.

—Vaya con cuidado, señor Scott —me dijo, susurrando—. Por su bien, no debe tratarla así —añadió, mientras cerraba la puerta.

Yo no entendía nada. Podía comprender que a Ania no le gustase ver a su hija agarrada de una oreja, y que eso la llevara a enfadarse conmigo, pero la reacción que acababa de tener no resultaba normal. Recordé entonces algunos chismorreos sobre aquella familia. Había quien afirmaba que madre e hija lo habían pasado muy mal; que el hombre con quien Ania salía las maltrataba continuamente hasta que un día apareció muerto en extrañas circunstancias.

Por la noche no pude quitármelas de la cabeza. ¿Qué habría querido decir la mujer con eso de «vaya con cuidado»? Me dormí recordando sus caras, y sobre las tres de la madrugada me desperté sobresaltado, cubierto de sudor. Tan solo había sido una pesadilla. Me levanté y me serví un vaso de leche con el fin de recuperar el sueño. Me apoyé en el mármol de la cocina, encendí un cigarrillo y miré por la ventana hacia abajo; el patio estaba en silencio. Entonces, al levantar la vista, la vi. Estaba allí enfrente, reclinada contra la ventana con una sonrisa que me inquietó. Era como si sus ojos me estuviesen diciendo: «Lo sé, estoy en tus sueños». Algo contrariado, me aparté de la ventana tratando de no tenerle miedo. No era más que una mera coincidencia, pensé. Sin embargo, sus ojos me acompañaron toda la noche, como una señal de alerta que me avisara de que iba a ocurrir algo horrendo, algo imprevisible.

Pasaron los días, y afortunadamente no volví a encontrarme con Irina y Ania en el ascensor. Parecía como si el destino hubiese propiciado que las evitase, y me alegraba por ello. Aquel jueves por la noche tenía una cita. Alexia era una compañera de la oficina a la que llevaba mucho tiempo intentando conquistar. Morena, de ojos negros y rasgos agitanados, aquella mujer de cuerpo casi perfecto cortaba la respiración con solo mirarla. Iba a ser una noche especial, lo presentía: había preparado la velada a conciencia. Un restaurante romántico, luego un bonito chill out cerca de la playa y, si había suerte, la noche terminaría en mi dormitorio.

Fuimos a mi casa con la excusa de la última copa. Entramos en el portal y, aprovechando la oscuridad de la escalera, la agarré por la cintura y la acerqué hacia mí hasta besar sus carnosos labios. Iba a ser una noche inolvidable; con un poco de suerte, el preludio de una larga y hermosa relación. Con una mujer así no me importaba replantearme mi soltería. Abrimos la puerta del piso y, sin siquiera pararnos unos instantes en el salón, nuestros cuerpos acabaron juntos en la cama, dejando que la locura nos embargase hasta las tres de la madrugada.

—Debería pasar por casa y descansar un rato antes de ir a la oficina —dijo Alexia, mientras se vestía y reorganizaba su larga y frondosa melena.

—Nos vemos en unas horas —respondí yo mientras me incorporaba, admirando con descaro las curvas que había acariciado minutos antes.

—No te levantes, conozco el camino —contestó, tomando su bolso de encima de la cómoda.

Lo cierto es que estaba tan cansado que no insistí en acompañarla, y me quedé adormilado en la cama mientras ella salía de la habitación.

Apenas habían pasado un par de horas cuando me despertó un tremendo griterío en la escalera. Al principio intenté seguir durmiendo, pero al rato las sirenas de varios coches me desvelaron por completo. Me incorporé, me puse el albornoz y salí al rellano.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Susan, la vecina del piso de arriba.

—¡Un accidente horrible! —contestó ella, con expresión desencajada—. Parece que una muchacha ha caído por las escaleras y se ha desnucado. La ha encontrado Mike, el hijo de los Chase, los del sexto.

—¿Cómo? ¿Una vecina? —pregunté, repleto de angustia.

—No, la chica no es del edificio. De hecho la policía anda preguntando a los vecinos si alguien la conoce.

Sentí que mi corazón se aceleraba. ¿Y si fuera ella? No podía ser, seguro que no. Hacía dos horas que se había marchado; a estas alturas ya debía de estar en su casa. Entonces vi a Irina asomada por el hueco de la escalera. Me miraba fijamente, impasible ante el horror que vivían los vecinos. Veía de nuevo su sonrisa demoníaca, el gesto desafiante que parecía retarme.

—¿Conocía usted a la señorita Alexia Ivy? —preguntó un policía, acercándose hasta mí.

Creí que me iba a desmayar. Sentí que me faltaba el aire. Ella, la mujer con quien me había acostado unas horas antes, estaba muerta, desnucada. Y lo que era aún peor: pese a las impresiones iniciales, aquello no había sido en realidad un accidente, sino que alguien la había empujado. Pasé el resto de la noche en comisaría, explicando cuál era mi relación con la víctima y qué hacía en mi casa. Indudablemente, el principal sospechoso era yo. ¿Quién sino yo iba a tener motivos para matar a una desconocida? Las preguntas y las acusaciones se atropellaban a un ritmo difícil de seguir.

—¿Eran ustedes amantes, compañeros, amigos? ¿Lo dejó ella por otro? ¿Le hacía chantaje en la empresa? ¿La violó usted?...

Creí enloquecer. ¿Acaso era tan complicado entenderlo? Alexia solo había sido un devaneo, una aventura. Nunca sabría si lo nuestro podría haber ido a más, nunca.

—¿Quiere avisar a alguien para que vengan a recogerle? —preguntó un agente, indicándome el teléfono de la pared.

—No, gracias. —No había nadie a quien llamar. Jamás me había sentido tan desamparado.

Llegué a casa abatido, exhausto. Llevaba cerca de cuarenta y ocho horas sin dormir, y, aunque me habían dejado en libertad por falta de pruebas, tenía a la policía en el cogote. Me tumbé en el sofá,

puse el televisor de fondo para no sentirme tan solo y me quedé profundamente dormido. Debí de pasar algo más de una hora cuando sonó el timbre de la casa. Soñoliento, me incorporé y oteé por la mirilla. Allí no había nadie. Abrí la puerta y me asomé al rellano. En el suelo, frente a mí, había un sobre grande de color marrón. Me agaché para recogerlo y lo fui abriendo mientras entraba de nuevo en casa. En su interior solo había una extraña fotografía. En ella podía verse una especie de muñeca con el cuello retorcido. Encima, con letras de periódico recortadas, una única palabra: «Culpable». Dejé caer al suelo el sobre y la imagen.

* * *

—¿Y dice que se lo encontró en la puerta? —preguntó el agente, que me interrogaba por segunda vez.

—Sí; llamaron, y cuando abrí no había nadie, solo el sobre encima del felpudo.

—¿Tiene usted problemas con algún vecino? —preguntó su compañero.

—¿Problemas? ¡Por Dios! ¿Creen que si tuviera un problema con un vecino tan grave como para temer por mi vida o por la de Alexia no hubiese acudido a ustedes?

Tras quedarse la carta como parte del caso, me invitaron a regresar a casa.

A la mañana siguiente no fui capaz de levantarme de la cama. Después de mi segunda visita a la comisaría había caído rendido. Llamé a la oficina avisando de que no me encontraba bien. Dada la situación, a nadie le extrañó mi ausencia. Cerca de las cinco de la tarde me decidí a bajar a la calle y dar al menos una vuelta por el barrio. Necesitaba respirar un poco de aire fresco y desconectar de todo lo ocurrido durante los últimos días. Me vestí, salí de casa y paseé sin rumbo fijo durante casi una hora. Al regresar a la portería las vi. Eran ellas: Irina y su madre.

—¿Se sabe ya algo sobre la chica que cayó por las escaleras? —preguntó Ania, haciéndose la simpática.

—No, todavía no —contesté, seco y cortante. Ellas eran las últimas personas con las que me apetecía hablar del tema.

Mientras tanto, Irina me observaba fijamente con aquella mirada que no auspiciaba nada bueno.

—La portera me comentó que había conseguido limpiar la pared de su rellano —añadió la mujer, tratando de disculpar la antigua travesura de su hija.

—Mejor sería si nadie la hubiese pintado —dije, mirando de reojo a aquella chiquilla endemoniada. Llevaba tanto tiempo solo que el trato con los niños no era precisamente algo que me entusiasmase.

—Ya... Es que los niños, ya se sabe. No conviene enfadarse demasiado —contestó ella, apurada ante mi respuesta.

Tras murmurar un escueto «adiós», entré en casa mientras ellas seguían subiendo hasta el octavo. Algo en la expresión y en la réplica de Ania volvió a resultarme extraño; parecía que tuviese miedo de aquella mocosa, que intentara protegerme de ella.

Cerca de las cuatro de la madrugada empecé a sentir unos dolores agudos en el abdomen. Era como si me estuviesen clavando cuchillos en él. No recordaba haber tomado nada fuerte aquella noche, nada que justificara el encontrarme tan mal, con unos retortijones así. A duras penas tuve fuerzas para incorporarme e ir hasta la cocina a hacerme una manzanilla. Sentí que me mareaba, y que el dolor, en vez de remitir, iba en aumento. Abrí la ventana que daba a la galería para que me

diese un poco el aire cuando de pronto la vi. Estaba allí, como otras veces, asomada a su ventana con su espantosa sonrisa en la cara. Parecía que me hubiese estado esperando. En sus manos sostenía algo parecido a un saquito de arena, o quizá a un deforme muñeco de tela, que blandía de un lado para otro como si buscara llamar mi atención. Entonces lo apoyó sobre el marco de la ventana y, sin dejar de mirarme de reojo, clavó en él algo parecido a un alfiler. De pronto noté un pinchazo agudo en las entrañas que arrancó un tremendo grito de lo más hondo de mi ser. Sentía como si algo hubiese perforado mi abdomen y se hubiera clavado en mi interior; algo puntiagudo, fino, algo similar a una aguja gigante. Sangraba, y me agarré con todas mi fuerzas al alféizar para no caer desplomado; el dolor era insoportable. En ese momento levanté la mirada y vi cómo Irina sacaba lentamente el alfiler del muñeco, y al mismo tiempo sentí en mi propia carne cómo salía también de mi interior aquel objeto delgado y punzante que me estaba matando. Irina sonrió. El dolor parecía remitir, pero mi miedo, la angustia que sentía, crecía a cada segundo, a cada instante. Ahora sabía que la niña era peligrosa, que poseía un extraño poder desconocido para mí. Ahora entendía el miedo en los ojos de su madre, incapaz de controlar al monstruo que había engendrado; ahora sabía quién era la responsable de la muerte de Alexia, y, lo que era peor, también sabía que jamás volvería a dormir tranquilo. Súbitamente sentí que mis piernas flaqueaban, y la visión se me empezó a nublar. Había perdido demasiada sangre.

Desperté al cabo de unas horas, tendido en el frío suelo de la cocina, mareado, vencido. Apenas tenía fuerzas para abrir los ojos. Me arrastré hasta donde estaba el teléfono y tiré del cable. Tenía que llamar a una ambulancia si quería seguir vivo.

* * *

—¿Cómo se ha hecho esta herida? —preguntó la doctora en urgencias.

—No lo sé —respondí, temiendo que me tomasen por loco si decía la verdad—. No tengo ni idea.

Mientras tanto, en mi cabeza se repetía una y otra vez la imagen de Irina clavando el alfiler en aquel pequeño muñeco. Su diabólica sonrisa me perseguía hasta el último rincón de mis sueños. ¿Cómo podía aterrarme así algo tan pequeño y aparentemente inofensivo como un niño? Pensé en mudarme, pero incluso la sola idea de regresar a por mis cosas, de pasar una noche más entre aquellas paredes, me producía auténtico pavor. Por otro lado, no podía hablar con nadie de lo sucedido. ¿Quién iba a creerme? No tenía pruebas de nada, no lo podría demostrar.

—Tiene una visita —dijo una enfermera, asomando la cabeza por la puerta de la habitación.

—¿Una visita? —pregunté, perplejo, ya que no esperaba a nadie.

—Verá, Irina insistió en visitarlo, y yo... pensé que estando tan solo le haría ilusión ver alguna cara conocida.

Ania estaba apoyada en el marco de la puerta; su hija, con el muñeco entre las manos, sonreía pérfidamente.

Nunca salí del hospital.

Llevaba cinco años como conserje de noche en aquella lujosa finca y conocía bien a todos los inquilinos. A la mayoría los veía muy de vez en cuando, ya que, dados los horarios de su turno, era difícil coincidir. Muchos llevaban allí desde que se construyó el edificio, y la escasa gente joven que residía en el inmueble había comprado el piso tras el fallecimiento del anterior propietario. En la recepción los porteros poseían copias de casi todas las llaves. Eran muchos los propietarios que les pedían que les regasen las plantas en verano, les dejaran la correspondencia en casa o estuviesen presentes cuando algún técnico tenía que hacer alguna reparación. Solo existía una regla: no entrar jamás en las casas sin autorización previa. En el edificio había tres o cuatro pisos vacíos. Algunos permanecían deshabitados de forma momentánea, y uno, el cuarto quinta, llevaba vacío desde que él entró a trabajar en la finca. Lo cierto es que en más de una ocasión había sentido verdadera curiosidad respecto a aquel piso. La señora Pimbles le contó que el cuarto quinta solo había estado habitado un año, tras la construcción del inmueble, por un padre y su joven hija. Por lo visto un terrible accidente hizo que el señor Riam, el actual propietario, clausurase el piso para siempre.

Aquella noche el vecindario parecía más activo que de costumbre. Eran las nueve cuando sonó la primera llamada, de la señora Clark. Emily era una cariñosa viuda que, a sus ochenta y tres años, se negaba a vivir en una residencia. Los porteros, conscientes de su estado, trataban de hacerle la vida algo más cómoda. Aquella noche se le había embozado el desagüe de la cocina y Fred hizo lo posible por ayudarla. Luego aparecieron en el vestíbulo los Robertson, pidiendo un taxi para ir al centro. Más tarde, Max, el hijo de los Swanson, llegó acompañado de una hermosa joven, y Regina MacGregor, como cada noche, salió a pasear a su caniche francés. Debían de ser cerca de las doce y media cuando el timbre volvió a sonar insistentemente. Se trataba del señor Hoches, del tercero quinta. Por lo visto lo había despertado un gran estruendo. Según afirmaba, el ruido parecía proceder del piso superior, pero eso era imposible. Pensando que quizá se hubiera colado algún gato en aquel apartamento vacío, Fred tomó la llave del armario y subió hasta la cuarta planta. Allí, frente al cuarto quinta, Fred arrimó la oreja a la puerta. En el interior no parecía haber nadie: a lo sumo se podía oír el gotear del agua en los tubos de la calefacción. Esperó unos instantes antes de abrir la puerta. No tenía permiso para entrar en el apartamento, y solo una causa muy justificada le permitiría hacerlo. Volvió a acercar la oreja, buscando una excusa para poder entrar a fisgonear; ese piso siempre le había despertado una gran curiosidad. Cuando estaba a punto de darse por vencido, al otro lado, justo detrás de la puerta, una voz profunda y ronca susurró:

—¡No eres bienvenido!

Sobresaltado, Fred retrocedió de un brinco hasta la pared opuesta. Rígido, inmóvil, se esforzó por recuperar el aliento. Allí dentro había alguien. Amedrentado, Fred corrió hasta la entrada de la finca y, asomándose al exterior del edificio, trató de ver si había luz en el piso en cuestión. Los ventanales seguían oscuros y cerrados, como siempre. Entró de nuevo en el portal, aturdido por aquella extraña situación. Quizá debiera llamar a la policía, pensó. Sin embargo, teniendo en cuenta el tipo de vecindario en que se encontraba, Fred creyó que era mejor evitar un escándalo innecesario.

Nervioso, volvió a subir hasta la cuarta planta. Desde el ascensor observó la puerta con atención. Apenas era capaz de mover las piernas, que, contra su voluntad, parecían haberse inmovilizado sobre el rellano. Procuró serenarse y avanzó lentamente por el pasillo. A cada paso, un golpe seco retumbaba en su mente; el miedo lo paralizaba. Otra vez ante aquella puerta, Fred sacó la llave del bolsillo, dispuesto a abrirla. Su mano temblaba convulsa, incapaz de mantener la calma. Respiró hondo y, en un acto casi inconsciente, metió la llave en la cerradura con un movimiento rápido e inmediatamente apartó la mano. Ahora solo faltaba girar la llave y abrir la puerta al fin. Sacudió los brazos una y otra vez, tratando de liberar la tensión que le recorría todo el cuerpo. Luego acercó tímidamente la mano hasta la llave y la giró a la vez que empujaba la puerta, dejándola entreabierta. El espesor de la oscuridad parecía invadirlo todo; solo un leve rayo de luz procedente del rellano iluminaba la entrada. Se acercó con prudencia, pensando a cada paso en cómo dar el siguiente. Estaba allí, con la mano apoyada en la puerta, la respiración entrecortada y el corazón luchando por salirse del pecho. Empujó la puerta suavemente, tratando de afinar sus percepciones. El silencio era tan absoluto que los latidos de su propio corazón le resonaban en la cabeza.

—¿Hay alguien? —dijo, con un hilo de voz.

Nadie respondió. Nervioso, Fred buscó el interruptor en la pared. Sí, ahí estaba, esa era su salvación, pensó; pero en la casa no había luz. Sacó una pequeña linterna del bolsillo e intentó iluminar tenuemente la estancia. Al fondo, unos largos cortinajes de terciopelo cubrían los ventanales del salón. Avanzó por la sala con sigilo, como si temiese despertar a alguien. Giró lentamente la cabeza, mirando tras de sí el último resquicio de luz procedente del rellano, cuando sintió que algo frío le rozaba el cuello. Asustado, Fred retrocedió con rapidez hacia la entrada, pero, antes de que llegara a la puerta, esta se cerró en sus narices. Presa del pánico, trató de abrirla por todos los medios. Fue en ese momento cuando oyó cómo alguien giraba la llave que él había dejado puesta en el cerrojo.

—¡Abrid! ¡Estoy dentro! ¡Por favor!

Pero nadie parecía oír sus súplicas. Mientras, en el interior, algo empezó a emitir un insólito quejido, un clamor que mezclaba el ruido del viento entre los árboles con un lloro atormentado, y que parecía avanzar hacia él. Un extraño aroma a flores muertas inundó la estancia. Algo gélido rozó su cara de nuevo, haciéndole estremecerse y llevándolo al borde de la desesperación.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —chillaba Fred una y otra vez; pero fue en vano.

A la mañana siguiente, cuando Spencer, el portero de día, llegó al edificio, no encontró ni rastro de su compañero. Al principio pensó que quizá se hallara en uno de los pisos, echándole una mano a algún vecino; a medida que iba avanzando la mañana, sin embargo, empezó a preocuparse. Viendo que Fred no aparecía y que sus cosas aún estaban en el ropero de la recepción, Spencer fue llamando piso por piso preguntando a los vecinos si lo habían visto. Fue entonces, al hablar con el señor Hoches, cuando Spencer miró el armario de las llaves en busca de la del cuarto quinta y comprobó que no estaba en su sitio. Sorprendido, se propuso averiguar qué podía haber pasado con Fred. Sin dudar, Spencer se dirigió a la cuarta planta.

Mientras subía en el ascensor, en su mente empezó a valorar distintas hipótesis.

«Quizá se haya quedado dormido, aunque teniendo en cuenta que el piso está deshabitado y apenas tiene muebles, parece muy extraño. Igual tropezó al entrar a oscuras, se dio un porrazo y se quedó inconsciente en el suelo...»

Ahí estaba, frente a la puerta del cuarto quinta. Al contrario de lo que cabía esperar, la encontró

cerrada. Acostumbrado a solucionar las pequeñas contingencias del edificio, Spencer llevaba siempre encima un trozo de radiografía. No era la primera vez que algún vecino cerraba la puerta tras de sí dejándose las llaves dentro. Sin embargo, esta vez no le sirvió de nada: habían echado la llave. Algo intranquilo por Fred, golpeó la puerta con los nudillos, pero no obtuvo ninguna respuesta. No había más remedio que llamar al propietario, o a los bomberos.

* * *

Al cabo de unos veinte minutos llegaron los bomberos; había sido completamente imposible localizar al señor Riam. La puerta cedió tras algunos hachazos.

—¿Fred? —dijo Spencer desde la entrada—. Fred, ¿estás ahí?

De pronto la linterna de uno de los bomberos enfocó algo que se movía.

—¿Fred? —repitió Spencer.

Allí estaba, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en silencio y tambaleándose adelante y atrás de forma rítmica.

—¿Fred? —volvió a insistir Spencer, agarrándole del hombro.

Entonces Fred giró bruscamente la cabeza, mostrando las cuencas vacías de sus ojos. A su lado, dos esferas blanquecinas flotaban en un enorme charco de sangre.

Ante el silencio horrorizado de Spencer, Fred articuló, con voz pausada y ausente:

—No se puede tener miedo de lo que ya no se ve. —Con sus manos señalaba los ojos que él mismo se había arrancado.

* * *

Ingresaron a Fred en un hospital psiquiátrico, pero jamás le explicó a nadie lo que le había ocurrido en la cuarta planta del 24 de Lincoln Avenue.

Era hora de acostar a los niños: a la mañana siguiente tenían que ir al cole. Las vacaciones ya se habían terminado, y había que volver a la rutina de madrugar. Mientras Mike lavaba los dientes a Mark, me senté en la cama de Jessica y repasamos juntas todo lo que debía llevar a clase al día siguiente. Con Mark era fácil: en parvulario el material es mínimo y lo dan en clase, pero en segundo de primaria los niños ya tienen que llevar libros, carpeta, estuche... Acostamos al pequeño y les dimos a los dos un beso de buenas noches.

Debían de ser las cinco de la mañana cuando nos despertó un chillido ensordecedor. Era Jessica. Una madre reconoce el timbre de la voz de sus hijos hasta en sueños. Me acerqué a su cama y le pregunté qué ocurría.

—¡Dile que se vaya, mamá! ¡Me asusta! —dijo con voz entrecortada y llorosa, señalando la pared de enfrente de su cama.

—¿Quién tiene que irse?

—¡El señor de la pared!

Tranqualicé a Jessica y volvimos a la cama. «Las pesadillas nocturnas son típicas de esta edad», pensé. No le di mayor importancia.

A la mañana siguiente me disponía a vestir a Mark cuando un comentario de Jessica me llamó la atención.

—Te he dicho que no quiero jugar contigo. ¡Vete!

La miré pensando que hablaba con su hermano, pero no era así. Sus ojos volvían a estar clavados en la pared.

—Jessica, ¿con quién hablas?

—Con el señor de ayer. No me deja en paz.

Mike me miró fijamente desde el marco de la puerta.

—¿Tú... ves algo? —me preguntó, no sin cierto miedo a mi respuesta.

—Lo dices por todo lo que me pasa desde niña, ¿no?

—Sí.

—No veo nada, pero eso tampoco prueba gran cosa. No todo se manifiesta delante de cualquiera. Podría ocurrir que ella viera algo... y yo no —dije, temerosa de que la historia se repitiera.

Yo sabía perfectamente lo que era ver cosas que los demás no ven. Desde muy pequeña he tenido visiones, y quizá por ello nunca me han dado miedo. Para mí eran algo normal. A veces anticipaba sucesos futuros, y otras, las más frecuentes, intuía o veía a personas que ya no estaban vivas. Una de esas personas que veía de pequeña era un niño llamado Samuel, con el que solía jugar. Mi amigo el fantasma, que es como mis padres y yo bautizamos a aquella aparición, dejó de ser mi supuesto amigo invisible en torno a los nueve años. Con el tiempo las visiones fueron remitiendo, y, aunque siempre he seguido vinculada de un modo u otro a esos fenómenos, mi interés por ellos pasó a ser residual.

Afortunadamente el episodio de Jessica no parecía ser grave, y pronto lo olvidamos.

Faltaba ya muy poco para Navidad, y en casa habíamos empezado a sacar la decoración propia de esas fechas. El árbol, adornado con mariposas de tela y purpurina rojas y doradas, lucía precioso al lado de la cristalera del salón. Aquella Nochebuena prometía ser muy especial.

Eran casi las doce y los niños, encerrados en su cuarto de juegos, apenas podían contener la emoción al saber que en aquel preciso instante Papá Noel estaba dejando los regalos en la sala. Abrimos como siempre la puerta del cuarto y los dos salieron disparados hacia el árbol. Era todo un ritual. Mientras Mark y Jessica abrían sus regalos, padres y abuelos fuimos intercambiando los nuestros.

—¡Mamá! Samuel me pregunta si no hay nada para él —exclamó Jessica, apoyada en la cristalera.

Me quedé de piedra, sin palabras. ¿Era acaso posible? Mike observó a Jessica con miedo: el mismo miedo que yo había visto hacía años reflejado en los ojos de mis padres, que se miraron sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Aquella semana fue muy extraña. Mis padres no dejaron de llamarme a todas horas, interesándose por la niña. ¿Era el Samuel que veía Jessica el mismo que yo conocí? ¿Tienen edad los fantasmas? ¿Pueden envejecer? Para inquietud de todos, ahora era Jessica la que hablaba con Samuel, que, lejos de ser el niño con quien yo jugaba, se había convertido en un hombre de mi edad. No alcanzaba a entender lo que estaba pasando, pero en cualquier caso el nerviosismo que reinaba en casa no nos dejaba vivir en paz. Eran muchos los interrogantes sin respuesta, pero los miedos eran aún más fuertes. En la cabeza de todos había una pregunta que no dejaba de dar vueltas: ¿qué quería un hombre de casi cuarenta años de una niña de ocho?

Pasaron los días y la situación fue a peor. Samuel monopolizaba casi todos los aspectos de la vida de Jessica. Empezó a ir mal en la escuela, a no hablar con sus amigos, a encerrarse en su cuarto toda la tarde. Si al menos pudiese hablar con él... Entonces me di cuenta de que sí podía hacerlo, aunque fuese a través de Jessica.

—Jessica, ¿puedes preguntarle a Samuel por qué ha vuelto?

—No hace falta, él te oye. Puedes preguntárselo tú misma.

—Bien, pues... ¿por qué has vuelto, Samuel?

—Dice que nunca se ha ido, que parte de él sigue ahí, donde siempre estuvo —dijo Jessica, señalando el costado izquierdo de mi abdomen.

—¿Perdón?

—Dice que si nunca te preguntaste de qué era la cicatriz que tienes en el costado.

—¿La... cicatriz? Me operaron del riñón al poco de nacer.

—Se está riendo, mamá. Dice que eres una ingenua.

La conversación empezó a angustiarme. Sentí que algo se me escapaba de las manos. ¿A qué se refería con lo de ingenua? Decidí no proseguir; temía agravar la confusión que ya sentía Jessica. Pero no era yo quien controlaba el tiempo o el momento: ahora los controlaba Samuel.

—Mamá, pregunta Samuel si los abuelos no te hablaron alguna vez de él.

—¿Qué?... ¡Basta!... ¿Qué pretendes?

—Dice que no pretende nada, que es difícil alejarse de ti cuando aún llevas parte de él dentro de tu cuerpo.

Empecé a sudar, y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Cogí el teléfono y llamé a mis padres.

—Verás, cariño —me dijo mi madre—, no queríamos causarte un trauma. Él nació muerto, y el médico lo extirpó de tu costado. Se suponía que no había quedado ningún resto o señal salvo por la cicatriz, y pensamos que lo mejor... —Su voz se perdió entre lágrimas y sollozos.

* * *

Hoy entro en el quirófano. Debo desprenderme de lo único que me queda de él si quiero que la paz regrese a mi vida y a la de mi hija. La operación es delicada, porque la parte de su cuerpo que aún reside en mí está soldada al corazón. Quizá la medicina extirpe ese resto de lo que un día fue mi hermano, pero el dolor que siento en el alma, ese ya nunca se marchará.

Como cada sábado por la tarde, Rex y yo nos acercamos a Jacker's, la discoteca del puerto deportivo. Cuando entré, debí rozar a la chica sin apenas darme cuenta, pero eso bastó para que se despertara en mí todo un cúmulo de sensaciones e imágenes incontroladas. Empecé a sentir mucho frío, temblores, y un cosquilleo extraño recorrió mi cuerpo. Me sentía mareada, y Rex me ayudó a sentarme en la zona de los sofás. ¿Qué me estaba pasando? De pronto las imágenes fueron tomando forma, y en mi mente se dibujó la silueta de una chica joven, morena, delgada y no demasiado alta. Vestía una camiseta de tonos naranjas y un tejano medio raído. Preocupado, Rex trataba de darme aire cuando, para su desconcierto, le expliqué lo que acababa de ver.

—¡Búscala! —exclamé—. No puede estar muy lejos. —Rex me miraba atónito; no alcanzaba a comprender lo que sucedía.

—Pero... ¿quién es esa chica? ¿La conoces?... Susan, no entiendo nada de lo que estás diciendo.

—¿Confías en mí? —Rex asintió con la cabeza.

—Pues entonces no preguntes y búscala. Queda poco tiempo.

Sin saber demasiado bien a quién estaba buscando, Rex avanzó entre la multitud que llenaba el local fijándose en cada chica que pasaba por su lado. Mientras tanto yo sabía que no le iba a resultar fácil convencer a alguien de aquella locura; lo más probable era que la chica en cuestión pensase que quería ligar con ella. Pasaron como veinte minutos antes de que Rex volviese con la muchacha. Efectivamente era ella, la chica de las imágenes, la que había visto en esa especie de pesadilla consciente que acababa de tener.

—Hola. Mi nombre es Susan, y no suelo ir por las discotecas pidiéndole a mi pareja que me traiga a otras chicas. Pero me ha pasado algo que no puedo explicar y que tiene que ver contigo, y solo tú puedes decirme si tiene lógica o, por el contrario, debería consultar con un psicólogo porque me estoy volviendo loca.

La muchacha, algo sorprendida y asustada, se sentó frente a mí dispuesta a escuchar lo que tenía que decirle. La música estaba alta, así que acercó su cabeza a la mía para oírme mejor.

—Mira... cuando entré en el local debí rozarte, y de pronto muchas imágenes y sensaciones me vinieron a la mente. No sé ni cómo explicar qué es lo que ha pasado, pero lo que sí sé es que en esas imágenes aparecías tú conduciendo una vespa de color rojo. Te veo llegar a la puerta de una casa adosada de color blanco y llamar al timbre. De pronto, veo a una mujer morena de mediana edad que baja las escaleras de la casa, tropieza y cae precipitadamente por ellas. No se mueve... Creo que está muerta. Ahí se interrumpió la visión.

La chica me miró fijamente. En sus ojos había una mezcla de miedo, asombro e incredulidad. Al final contestó:

—No te conozco de nada y podrías ser una loca, pero... es cierto que tengo una vespa roja y que vivo con mi madre en una casa adosada de color blanco. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—No lo sé. Es la primera vez que me pasa algo así. Ni siquiera sé si decírtelo puede servir de algo —contesté, atemorizada por las consecuencias que todo aquello pudiera entrañar.

—Vamos a hacer una cosa. Dentro de unos quince días quedamos aquí de nuevo, a la misma hora, y a ver qué puedo contarte. Me cuesta mucho creer en estos rollos, pero supongo que no pierdo nada.

Se incorporó y, antes de irse, me tendió su mano y me dijo:

—Por cierto, mi nombre es Karen.

—Susan —contesté, tratando de incorporarme pese a que todavía no me había recuperado por completo.

Y así fue. Pasaron quince largos días y Karen apareció nuevamente en el Jacker's, pero esta vez acompañada por un chico. Su semblante era triste; tenía la cara desencajada. Cuando empezó a hablar las lágrimas brotaron de sus ojos sin control. Su voz, entrecortada por el llanto, era casi inaudible, así que le pedí que saliéramos de la discoteca.

—¡Está muerta, mi madre está muerta! —exclamó, deshecha por el dolor. El chico que iba con ella procuraba consolarla sin demasiado éxito—. ¡Te odio! ¡Maldigo el día en que te conocí!

—Karen, ¿qué pasó exactamente? —le pregunté, intentando que sus palabras no me afectasen.

Poco a poco fue recuperando el habla y se fue tranquilizando.

—Llegué a casa como siempre, pero esta vez, después de oír tu historia, decidí no llamar al timbre, y por prudencia abrí con el llavín que mamá solía dejar detrás del tiesto del recibidor. Al principio no pasó nada. Ella se limitó a preguntar desde arriba si era yo. En ese momento pensé que toda tu historia era una auténtica gilipollez, y me fui a la cocina a prepararme algo de cenar.

Nerviosa, Karen no paraba de frotarse las manos casi compulsivamente mientras las lágrimas descendían por su rostro sin cesar.

—Entonces mamá me dijo que iba a darse una ducha antes de la cena, que había estado planchando y que estaba sudada. A los cinco minutos oí un golpe seco. La llamé, pero nadie contestó. Subí la escalera más rápido de lo que jamás en mi vida imaginé que pudiera hacerlo y corrí hacia el tocador. Mamá estaba tendida en la bañera inconsciente, sin pulso... Estaba muerta. ¿Por qué? ¿Para qué coño me contaste nada si aquello no se podía parar? ¿Acaso disfrutas haciendo sufrir a la gente, haciendo que se sientan culpables? ¿Por qué no me dijiste qué debía hacer? Ojalá nunca te hubiese escuchado...

Karen, desconsolada, rompió a llorar de nuevo, y vi en sus ojos el odio de quien no entiende y necesita buscar culpables. Paralizada, incapaz de articular una sola palabra, la miré con mucha pena, sin saber qué hacer. Me acerqué para abrazarla y ella me empujó, cargada de rabia y de dolor. Me alejé, confusa; sus preguntas agujijoneaban mi mente como cuchillos afilados que se clavan con lentitud: «¿Por qué? ¿Para qué coño me contaste nada si aquello no se podía parar?».

Me giré y miré a Rex a los ojos, totalmente aturdida. Rex se acercó y me estrechó entre sus brazos. De pronto, la sensación de frío y los temblores volvieron a empezar.

—¡Tú no, por lo que más quieras, tú no!...

¿Qué harías si supieses qué día y a qué hora has de morir?

Así empezaba el extraño y polvoriento diario. Patty había alquilado aquel viejo caserón hacía solo tres días, y, aunque la mayor parte de las habitaciones estaban completamente desocupadas, había una que no. Era una habitación pequeña donde el propietario, un hombre de avanzada edad llamado Tom Swalter, había dejado algunos enseres y le había pedido que no entrara. Sin embargo, la curiosidad le hizo faltar a su palabra. Se sentó en la mecedora junto a la ventana y siguió leyendo.

Siempre supe que mi vida no era como la del resto de mortales. Desde niño tuve la extraña sensación de que la muerte estaba cerca, y si no aprendía a evitarla, a engañarla, acabaría por alcanzarme. Todavía recuerdo el día en que aquel horrible espectro vino a por mí; tenía solo diez años. No sé qué me hizo intuir lo que se avecinaba, pero aquel presentimiento fue el que me salvó la vida.

Patty frunció el ceño, extrañada por aquel sorprendente escrito. ¿Acaso sería real, o por el contrario se trataba tan solo de una fantasía, una fábula? Cerró el diario, aunque se lo llevó consigo hasta la planta baja. Tenía aún muchas cosas que hacer, y no podía estar más tiempo leyendo aquellas extrañas líneas; sin embargo, se reservó el diario para después de cenar. Fuese lo que fuese aquel escrito, había conseguido captar su atención. Se sentó a la mesa con una tortilla de jamón y un par de tomates y encendió el televisor. Estaba cansada: llevaba tres días colocando los muebles, la ropa y los objetos en su sitio. Mientras, de reojo, no dejaba de observar aquel viejo pliego de papeles. ¿Qué habría de real entre sus hojas?

Tras recoger los platos, Patty se sentó en el sofá y lo abrió de nuevo.

Llevo muchos años huyendo de la parca, jugando con ella una extraña partida de ajedrez donde, a cambio del rey, hay que sacrificar peones. No es fácil aprender a que no te afecte el mal ajeno, pero la necesidad nos lleva a realizar actos desesperados. Aún tengo pesadillas cuando recuerdo la primera vez. En aquella ocasión fue un accidente. Con solo diez años, no había en mi ser un ápice de maldad. Únicamente había miedo, pánico a lo desconocido. Era de noche cuando sentí su presencia. Abrí los ojos y una hermosa dama blanca me observaba desde el pie de la cama.

—¡Ven conmigo! —exclamó, con una voz ronca y entrecortada que para nada se correspondía con la juventud de su rostro.

Algo en mi interior me hizo desconfiar y salir corriendo de la casa de mis padres. Jamás imaginé que nunca volvería a verles. Fue entonces cuando la hermosa dama se convirtió en una parca de aspecto siniestro.

—¡Es tu hora! ¡No te resistas!

Corrí como nunca antes lo había hecho, y en mi desesperada huida tropecé con un mendigo, que cayó al suelo. Cuando me agaché para ayudarlo, comprobé, horrorizado, que estaba muerto. Tuvo la mala suerte de golpearse con fuerza la cabeza contra un banco en su caída. Entonces ocurrió lo inesperado: la parca se detuvo ante aquel pobre hombre y, abriendo su oscura y enorme capa negra, lo engulló sin dejar ni rastro. Luego me miró fijamente y dijo:

—Hasta pronto, joven amigo. Algún día volveré a por ti.

Fue así como aprendí el modo de esquivar a la muerte.

Angustiada por el relato, Patty cerró el diario. No podía ser real, pensó. Cada vez estaba más convencida de que una historia así tenía que ser pura fantasía. Sin embargo, algo en sus adentros, una especie de nerviosismo, la hacía estar alerta. Tenía la extraña sensación de que, desde el mismo instante en que había abierto el cuaderno, alguna cosa incontrolable había entrado en su vida. No se consideraba una persona supersticiosa, ni tampoco se tenía por insegura o asustadiza, pero aquella noche algo le hacía temer por su bienestar. Se levantó del sofá y subió la escalera hasta su cuarto. Tenía sueño, y al día siguiente aún le quedaban muchas cosas por hacer. Colocó el viejo diario sobre su mesita y se acostó.

A la mañana siguiente, Patty se despertó con las frases del diario rodando por su cabeza. Se duchó, se puso una camiseta y un pantalón de chándal y bajó a desayunar. Mientras untaba las tostadas con mantequilla, abrió el diario y siguió leyendo.

No recuerdo cuántas muertes cargo sobre mis espaldas. Con los años aprendí a olvidar y a no mirar atrás para no sentirme culpable. Tampoco sé en qué momento traspasé la frontera entre lo razonable y lo extraordinario. ¿Quién posee el baremo, la medida justa de los años que se supone hemos de vivir? Tengo ciento cuarenta y ocho años, e imagino que debió de ser cerca de los ciento diez cuando sobrepasé el límite de lo humano y me convertí en una criatura fuera de lo normal. Descubrir el modo de esquivar a la muerte me transformó en un monstruo que siempre quiere más. Sé que no voy a recuperar mi juventud, y que cada día me siento más cansado y con menos fuerzas, pero, habiendo visto a esa fiera de frente, ¿quién se atreve a culparme por tenerle miedo? Mientras el resto de los mortales ignoran lo que hay detrás de esta vida, yo he visto la horrible cara de la muerte en tantas ocasiones que ya casi no debería causarme pavor. Pero, al contrario de lo que cabría esperar, cada vez me produce una mayor congoja. Quizá sea fruto de la edad, de saber que ese debería haber sido, hace bastantes años ya, mi destino. Tan solo sé que, cuanto más vivo, menos deseo morir, y más terror me causa esa perspectiva.

Con el tiempo he aprendido a anticipar la aparición de ese monstruo, y también me he vuelto más previsor. Ahora ya no busco mis presas en la calle: ahora hago que ellas vengan a mí. Luego solo cabe tenerlas controladas y esperar el momento oportuno.

Patty estaba completamente absorta en la lectura cuando sonó el timbre de la puerta. De un brinco se levantó del taburete.

—¡Vaya susto! —suspiró para sus adentros. Con el corazón todavía en un puño, abrió la puerta de la casa.

—Disculpe que la moleste a estas horas de la mañana —dijo Tom Swalter, el anciano propietario de la finca.

Completamente paralizada por el miedo, Patty trató de aparentar tranquilidad.

—No pasa nada, justo estaba terminando de desayunar. ¿En qué puedo ayudarle?

—Creo que me dejé en la habitación del desván algo que necesito.

—Si me dice qué es puedo bajárselo yo misma, así se ahorra tener que subir dos pisos —le

contestó Patty, temiendo que el anciano echara en falta el antiguo diario.

—No hace falta. A estas viejas piernas les va bien caminar —contestó el hombre, no sin cierto recelo.

Asustada, Patty lo siguió hasta el pequeño cuarto. Mientras subían las escaleras, recordó todas las preguntas que le había hecho Tom antes de alquilarle la casa. Pensó en la insistencia con la que quiso cerciorarse de que no le quedaba ningún familiar vivo. Un escalofrío atravesó entonces todo su cuerpo. ¿Y si fuera ella el próximo peón de aquella macabra partida de ajedrez?

Mientras tanto Tom buscaba por toda la estancia.

—¿Ha entrado en este cuarto? —preguntó con desconfianza.

—No —contestó Patty, algo nerviosa.

—Es que dejé encima de este mueble un viejo diario, y ahora... no lo veo.

—Pues yo... no he entrado en la habitación para nada. ¿Está usted seguro de haberlo dejado aquí?

Tom miró fijamente a Patty, como tratando de penetrar en su cabeza. Y, de pronto, con voz seca y profunda, dijo:

—Lo has leído, ¿verdad? No deberías haberlo hecho. ¿Es que de pequeña no te enseñaron que los diarios ajenos no se leen?

—¿Qué? ¿Cómo dice?... —preguntó Patty, reculando hacia las escaleras.

—Tu muerte estaba planificada desde el mismo día en que te alquilé esta casa.

—No puede estar hablando en serio. No se acerque...

Patty descendió las escaleras de dos en dos como alma que lleva el diablo; Tom salió corriendo detrás. Pero aquel hombre había olvidado que ya no tenía veinte años, ni cuarenta, y que su agilidad dejaba mucho que desear. Descendió rápidamente el primer tramo de escalones, pero, al llegar al rellano, un doloroso y preocupante clic sonó en su cadera. Sin poder evitarlo, cayó desplomado y rodó escaleras abajo hasta los pies de Patty. Tom, malherido, sintió que ella estaba allí. Tantos años evitándola le habían dotado de un sexto sentido. Aterrorizado, sabiéndose perdido, Tom miró a Patty implorando su ayuda. Aquel no podía ser su final, no de aquella manera. Llevaba demasiado tiempo ganando en su combate contra la muerte como para dejarse vencer de forma tan denigrante. Angustiado, se abrió la chaqueta y sacó el revólver que siempre llevaba consigo. Por un instante Tom alzó el arma apuntando a Patty; pero entonces, lleno de la serenidad que da el saberse muerto, se apuntó a la sien.

—Aunque te matase, yo también me iría con ella —dijo, con los ojos repletos de lágrimas.

Al fin, después de ciento cuarenta y ocho años, parecía que su vieja amiga le había ganado la partida. Una sensación en la que se mezclaban la rabia y el miedo se apoderó de su ser. Quitó con lentitud el seguro de su arma y, apretando el gatillo, dijo, mirando fijamente a la parca:

—La partida la acabo y la gano yo.

Un estruendo seco rompió el silencio de la habitación.

La casa parecía un museo. El anciano tío Claus había pasado sus últimos años pintando óleos y acuarelas, y ahora las viejas y roídas paredes de la mansión parecían las de una sala de exposiciones. Ray miró una por una todas aquellas esperpénticas obras. ¿Cómo podía alguien pintar tan mal y sin embargo creer que lo hacía lo suficientemente bien como para llenar las paredes de su casa? Acababan de enterrarlo, y las habitaciones vacías todavía estaban impregnadas de su olor a puro. Extenuado por el largo viaje que había realizado esa misma mañana, Ray pidió a Amanda, el ama de llaves, que le trajese un té y algo para merendar. Mientras esperaba, sentado en el sillón del cuarto de lectura, miró detenidamente el cuadro que tenía frente a sí. Era una acuarela donde su tío había pintado el jardín de la casa. Aunque la finca poseía un parterre bellissimo, colorido y lleno de luz, Claus lo había dibujado sombrío, lúgubre, casi aterrador. Luego dirigió su mirada al siguiente lienzo. El trazo dejaba bastante que desear, pero a Ray no le costó demasiado reconocer en él a su tío, pese a que aparecía con los ojos cerrados.

—Estos dos últimos años los pasó pintando —apuntó Amanda desde el umbral de la puerta.

—Ya veo —le contestó Ray, con cara de circunstancias.

—Decía que los cuadros estaban vivos, que le hablaban, que en ellos podía ver cosas.

Ray miró a Amanda con sorpresa.

—El pobre hombre debía de tener el juicio algo trastocado.

Amanda arqueó las cejas, como si cuestionara su afirmación.

—Yo no soy nadie para meterme donde no me llaman, pero créame si le digo que el señor Newshire tenía sus facultades en perfecto estado —dijo, mientras avanzaba hasta Ray.

—¿Entonces, cómo explica este autorretrato?

Amanda se acercó al cuadro y no pudo evitar sobresaltarse ante la imagen que en él se mostraba. Se quedó lívida, y trató de apoyarse en la pared del fondo para no caer desplomada por la impresión. Era como si hubiese visto un fantasma.

—¡Dios mío! El amo tenía razón, los cuadros están vivos.

—¿Pero cómo van a estar vivos? ¿Qué sandeces son esas? —dijo Ray, mirándola con incredulidad.

—Le juro que hace unos días tenía los ojos abiertos.

—¿Pretende hacerme creer que el cuadro ha cerrado los ojos por sí solo?

—Yo no pretendo nada. Mejor recojo mis cosas y me voy cuanto antes de esta casa.

Viendo el miedo que se reflejaba en la mirada de Amanda, Ray trató de tranquilizarla. Todavía tenía muchas preguntas que hacerle antes de que se fuera, pero fue inútil: Amanda salió despavorida de la sala gritando que los cuadros estaban vivos. Contrariado por tan absurda situación, Ray decidió mirar uno a uno todos los cuadros de la casa. ¿Qué podía desatar semejante miedo en aquella joven? Paisajes, marismas, estancias con personas por él desconocidas. No había nada que a su entender pudiese causar una reacción así. Lo único cierto es que eran de una calidad bastante pobre. Su tío no pasaría a la historia como un gran pintor, pensó. De pronto, al final de la escalera, un cuadro le llamó

la atención. Era un retrato de toda la familia. Probablemente Claus se hubiera inspirado en la última foto de grupo que tía Debby hizo cinco veranos atrás. Subió los últimos peldaños para observarlo de cerca. Se acercó y descubrió algo francamente extraño. En el lienzo, tanto Claus como la abuela Norah tenían los ojos cerrados, y ahora ambos estaban muertos. Por un instante Ray recordó las palabras de Amanda, pero rápidamente la cordura hizo acto de presencia.

Era su primera noche en la mansión, y lo cierto era que, pese a los muchos recuerdos de infancia que lo asaltaban, Ray estaba deseoso de volver a casa. Si sus planes iban como estaba previsto, no tardaría más de una semana en ultimar los papeles para poder ceder la propiedad de la casa a la inmobiliaria encargada de la venta.

A la mañana siguiente, mientras Ray bajaba por las escaleras, volvió a reparar en el cuadro de su familia; pegó un salto cuando descubrió un nuevo rostro con los ojos cerrados. Esta vez era la tía Mary. Bajó saltando los peldaños de dos en dos. Algo desorientado, se sentó en el orejero de la entrada y tomó aire.

Seguro que todo tenía una explicación lógica, estaba diciéndose a sí mismo, cuando de pronto sonó el teléfono.

—¿Diga? —contestó, todavía conmocionado por el descubrimiento.

—¿Ray? —dijo una voz femenina.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Hola, Ray. Soy Cathy, tu prima.

—Hola, Cathy, cuánto tiempo sin saber de ti. —Intentó serenarse un poco—. ¿A qué debo el honor?

—Verás, siento molestarte tan temprano, pero...

—No te preocupes, me levanto siempre muy pronto. ¿Qué tal estás? ¿Y tu madre? Hace años que no os veo.

—Por eso te llamaba. Mamá ha muerto esta noche, y tenía que comunicártelo.

Sin fuerzas para responder, Ray colgó el teléfono y se apoyó en la cómoda de la entrada: la tía Mary había fallecido. Aquello no podía ser verdad. Respiró hondo y procuró tranquilizarse. Quiso subir para ver el cuadro, pero en ese instante volvió a sonar el teléfono.

—¿Diga?

—¿El señor Ray Newshire?

—Sí, yo mismo. —La mano le temblaba; ya no sabía qué esperar.

—Buenos días. Mi nombre es Claire, y llamo de la agencia Casas de Ensueño. Me consta que aún no ha arreglado todos los papeles, pero tengo unos clientes muy interesados en ver la casa. ¿Sería posible que la visitaran?

—Sí, por supuesto.

—¿Le va bien dentro de media hora?

—Perfecto.

—Pues hasta entonces.

«Ojalá les guste y cerremos el trato pronto», pensó Ray para sus adentros. La casa y sus cuadros empezaban a generarle una gran intranquilidad.

Abrió la puerta. Una chica joven, acompañada por una pareja de mediana edad, lo esperaba en el porche de la entrada. Tras saludar a la agente inmobiliaria, Ray se dispuso a dar la mano a los posibles compradores. Sus caras le sonaban.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó, algo desconcertado.

—No creo —respondió el caballero—. Mi nombre es Douglas Robertson, y ella es mi esposa Catherina.

—Ray Newshire. Encantado.

—Por lo que me ha contado Claire, usted vive en Londres, y nosotros nunca hemos salido de Canterbury. Es difícil que nos hayamos visto antes. Nos confundirá con otras personas.

—Supongo —dijo Ray.

—Bueno, pues si le parece bien voy a enseñarles la finca —apuntó Claire.

—Usted misma.

Mientras tanto Ray, haciendo lo posible por fingir una normalidad inexistente, se sentó en la sala intentando evadirse y leer la prensa que cada mañana le dejaban a su tío en el buzón. De pronto se empezaron a oír voces al otro lado de la casa, como si alguien estuviese discutiendo. Intrigado, se levantó y se dirigió hacia donde estaban sus invitados.

—¿Se puede saber qué hacemos en este cuadro? —preguntó el señor Robertson, indignado.

Sin entender lo que estaba ocurriendo, Ray miró el lienzo. En ese momento todo cobró sentido. Evidentemente Ray había visto antes a los Robertson, aunque fuera en uno de los cuadros de su tío. Aquello no tenía ninguna lógica, era la gota que colmaba el vaso. Nervioso e incapaz de pensar con claridad, ensayó una justificación.

—Ahora entiendo por qué me resultaban familiares. Los cuadros los pintó mi tío, yo no sé nada al respecto. Lo único que puedo hacer es descolgarlo —dijo, esforzándose por aparentar una tranquilidad que en modo alguno sentía.

—Déjelo, no pasa nada. Quizá sea una señal. ¿No crees, cariño? —añadió la señora, agarrando a su marido del brazo.

—Si tú lo dices... —contestó el hombre, no sin mostrar cierta reticencia.

—¡Nos la quedamos! —exclamó ella, en un alarde de entusiasmo y temeridad.

—¡Cariño! Bien... yo... Si tú quieres, amor... —contestó el marido, dando por hechas las palabras de su esposa.

Al menos algo parecía salir bien, aunque aquel cuadro... aquel enigmático cuadro... ¿En qué momento debió su tío de conocer a los Robertson, y por qué extraño motivo los pintó? Inquieto, y con la muerte de tía Mary rondándole la cabeza, Ray volvió a acercarse al retrato. ¿Cómo podía su tío haber pintado a la pareja que acababa de comprar su propia mansión? Angustiado, Ray se apartó del cuadro como alma que lleva el diablo. Trastornado por el miedo y por una incontrolable ansiedad, descolgó el teléfono y llamó a Amanda.

—¿Recuerda ese cuadro? ¡Piense, por favor! Me refiero al del cuarto de estar.

—No había nadie pintado en ese cuadro, solo la sala vacía —contestó Amanda, desconcertada.

—No puede ser... No...

Ray colgó el teléfono. No podía comprender nada de lo que estaba sucediendo. Su mente fría y calculadora no era capaz de admitir aquel tipo de hechos inexplicables. Se sentía mareado, y el corazón le latía demasiado rápido. Desde que había tenido, cuatro años atrás, un amago de infarto, sabía que debía evitar las emociones fuertes. Asustado, Ray subió lentamente la escalinata. Tenía que

ver el cuadro, su cuadro, el de la familia. ¿Y si...? Sintió que iba a desfallecer, que le faltaba el aire. Ahí estaba, frente a él. Levantó la cabeza, loco de terror.

—Sigue igual —suspiró con alivio—. Pero ¿qué...?

De pronto, presa del pánico, vio cómo sus ojos se cerraban lentamente en aquel horrendo lienzo.

—¡No, no, no!...

Primero fue un dolor en el brazo, luego una presión en el pecho, y, por último, unas terribles punzadas en el corazón. Ray cayó desplomado escaleras abajo. Mientras tanto, al fondo, en el cuarto de lectura, el viejo Claus abría los ojos de nuevo.

—Esta sigue siendo mi casa —dijo una voz profunda y grotesca que invadía por completo toda la mansión—. Nadie ocupará mi lugar.

Casi sin sentido, doblado sobre el suelo y a punto de perder la conciencia, Ray pudo ver cómo los ojos de la joven pareja del cuadro también empezaban a cerrarse lenta pero inexorablemente.

Se despertó con un sobresalto. Oía sin cesar una respiración profunda y rítmica al lado de su oído, pegada a él. Con los ojos aún cerrados, tanteó la pared en busca del interruptor de la luz. Luego llegó el silencio, la calma. Era como si todo hubiese sido tan solo fruto de su imaginación, o simplemente un mal sueño. Trató de calmarse, y, no sin cierta desconfianza, apagó la luz e intentó conciliar el sueño de nuevo. Habían pasado solo unos minutos cuando por segunda vez le hizo abrir los ojos la angustiada y crispante respiración. Ahora era más rápida si cabe, más agitada. Estaba solo en aquella casa enorme y aislada, y los gruesos muros de piedra difícilmente dejarían que ningún ruido le alterase el sueño. Fuese lo que fuese, aquello estaba allí, con él. Esa realidad le ponía los pelos de punta. Por un instante recordó cuando de niño se tapaba el rostro con la sábana a modo de escudo protector. Sabía que no era la primera vez que lo oía; en su memoria los recuerdos se empezaron a avivar. En un intento infructuoso por tranquilizarse, Paul cerró los ojos otra vez y respiró hondo. Entonces, en la primera planta, las campanadas de un reloj de pared inexistente dieron las tres de la madrugada. Nervioso, asustado, se incorporó y volvió a encender la luz; con ella regresó la tranquilidad.

Desvelado e inquieto, sentado en la cama, Paul encendió la radio. El ruido lo ayudaría a recuperar la serenidad, pensó. Recordó entonces las nanas y los besos de su madre cuando de niño se despertaba asustado y sudoroso. Hacía tanto tiempo que no había vuelto a pisar la casa que por un momento dejó de ser consciente del terror que siempre despertó en él. Había algo siniestro entre sus gruesos muros, y, aunque nunca le creyeran, él sabía, y ahora más que nunca, que no se trataba solo de imaginaciones. Nadie averiguó jamás la verdadera historia de aquella vieja casa. Sea como fuere, ahora ya no tenía más remedio que despedirse de ella. Iba a ser su última noche en el caserón: tras la muerte de su madre no quedaba nadie que fuera a hacerse cargo de él. En cuanto acabase de recoger sus efectos personales, nada iba a obligarlo a volver allí. La casa debía de tener más de cien años, y sus muros, sus cimientos, sin duda guardaban celosamente la historia de su familia, de varias generaciones. ¿Cuánta gente habría muerto entre esas paredes?, se preguntó. ¿Tienen las casas memoria? Tras varias vueltas en la cama, el sueño volvió a apresarle.

Pasaron al menos dos horas hasta que algo o alguien lo despertó de nuevo. La radio había sido apagada, y también la luz, y sin embargo él no recordaba haberlo hecho. Tras unos breves segundos la respiración volvió a empezar, pero esta vez, pese a encender la luz, no cesó. Por el contrario, a cada minuto se hacía más intensa, urgente, avasalladora. Angustiado, Paul se levantó de la cama de un brinco y corrió escaleras abajo, decidido a salir de allí. Le daban igual los recuerdos, le daban igual las cosas de valor que hubiesen en la casa: ya no podía soportarlo más. Aterrado, emprendió la huida hacia la planta baja. Pisó entonces un escalón que siempre hacía ruido, pero esta vez, curiosamente, no oyó el crujido fruto del tiempo y los escasos cuidados. Fue en ese momento cuando volvió a oír a su espalda aquella respiración entrecortada, que le confirmaba que alguien andaba detrás de él, cada vez más cerca. Fuera de sí, Paul bajó el resto de los escalones de cuatro en cuatro aun a riesgo de caer rodando por las escaleras. El corazón parecía salirse del pecho, y a duras penas era capaz de

respirar. Llegó abajo y, sin apenas detenerse, corrió por toda la planta hacia la puerta de salida, que trató de abrir sin éxito. Acorralado, se percató de que estaba cerrada con llave, y de que se había dejado las llaves en el piso superior.

—¡No, no, no! —exclamó con voz desesperada.

Era tarde, demasiado tarde: ya no podía subir de nuevo. Aquello estaba cerca, muy cerca, prácticamente encima de él; podía sentir su respiración sobre el cuello. Contra el muro, temblando como una hoja, presa del pánico, Paul golpeó enloquecidamente la puerta de hierro forjado en un intento estéril por salir. Entonces se detuvo, y un silencio espectral, un silencio absoluto y rotundo, invadió la estancia. Oyó una voz susurrante de mujer que murmuraba en su oído:

—No te puedes ir, ya no...

Sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo, y pensó que iba a desfallecer. Tembloroso, Paul cerró los ojos y juntó las palmas de sus manos sobre el pecho, como protegiéndose, igual que hacía de niño, en una última tentativa de eliminar aquello de su mente.

—No existe, no existe, no existe... —repetía, mientras balanceaba su cabeza adelante y atrás en una lucha denodada por restaurar la normalidad.

El miedo lo paralizaba. La voz lo llamó de nuevo:

—Paul... no puedes huir.

Aterrado, sintió que cada vez se hacía más pequeño. Poco a poco fue plegándose sobre sí mismo hasta quedar hecho un ovillo en una esquina de la habitación. Luego giró lentamente la cabeza y miró hacia su derecha, bañado en sudor... Allí, cientos de cuerpos etéreos lo rodeaban expectantes. Parecían haber iniciado una danza macabra a su alrededor mientras él sentía que le faltaba el aliento. Sin atender a aquellas voces, desesperado, Paul se incorporó y se dirigió a la ventana más próxima y, agarrando una silla, se dispuso a romper el cristal y salir de allí como fuese. Sus intentos fueron infructuosos: era como si la casa fuese indestructible, como si hubiese decidido no dejarle salir.

* * *

—¿Causa de la muerte? —preguntó el policía.

—Infarto de miocardio.

—¿Hora de la muerte?

—Tres de la madrugada —dijo el forense mientras tapaba con la sábana el rostro de Paul, que permanecía lívido e inmóvil en la cama del piso superior, de la que nunca llegó a levantarse.

—¿Mamá? Mamá, ¿dónde estás? —dijo la voz, casi inaudible—. Mamá, duele. Tengo frío, mucho frío.

Nadie contestó a sus súplicas. El lamento de la niña resonaba en la espesura del bosque mientras la noche caía silenciosa y húmeda sobre sus dorados cabellos. Cerró los ojos con fuerza, tratando de borrar la escena de su cabeza. Recordaba que, cuando de noche tenía miedo y creía ver terribles monstruos, su padre le decía que cerrase los ojos con fuerza y contase hasta diez; que al abrirlos todo habría vuelto a la normalidad. Pero esta vez no fue así.

—¡Mamá, tengo miedo! —gritó despavorida la niña desde algún lugar cercano a la cuenca del río. No se oía más que a un búho ululando a lo lejos.

Allí estaba, sola, con la ropa sucia, hecha jirones y completamente mojada. De su frente descendía un hilo de sangre. Sus tobillos se hundían en el agua; sus manos, llenas de barro, se agarraban de forma estéril a los pies de un viejo sauce.

—Duele, duele mucho —decía, entre sollozos angustiados que nadie podía oír—. ¡Mami, mami!

Si hubiese hecho caso a su madre y no se hubiese acercado sola hasta el río, pensó. Desesperada, volvió a tomar aire y chilló con todas sus fuerzas:

—¡Mami!

Nadie parecía oírla. Entonces recordó todas las veces que su madre le había hablado de hombres malos que hacían daño a las niñas; ella nunca la creyó. Conocía a Sam desde siempre, y nunca vio en él nada peligroso. Aquella mañana, como muchas otras, Sam estaba en el río jugando a tirar piedras cuando ella llegó. Aunque tenía la mentalidad de un niño, se trataba de un hombre de mediana edad que vivía cerca su casa. ¿Por qué iba a hacerle daño?

La sangre que salía de entre sus piernas se fundía con el agua, tiñendo el río de rojo carmín. Al fondo, unos pasos se acercaban. ¿Sería su madre? El cansancio y la debilidad fueron haciendo mella, y finalmente la niña se quedó adormecida sobre el frío suelo. Cuando despertó, los ojos de Sam la miraban fijamente.

—Lo siento, cariño, pero no puedo ayudarte.

—¡Sam! —replicó la pequeña con voz temblorosa.

—Lo siento —contestó Sam mientras la enterraba, aún viva.

* * *

La casa era exactamente lo que Frank y Cathy andaban buscando. Habría que invertir bastante dinero para dejarla en condiciones, pero valía la pena. Desde el porche, Cathy contemplaba como el río fluía a lo lejos. Su sonido era envolvente, y el aroma a hierba fresca penetraba por todos los poros de su piel. Tras bajar las últimas cajas de la furgoneta, Frank la abrazó por detrás.

—¿Estás contenta? —preguntó, mientras le besaba la nuca.

—Mucho —exclamó ella, inmersa en la belleza del entorno.

Mientras tanto Melanie corrió escaleras arriba en busca de su habitación.

—¡Mami! —exclamó la pequeña—. ¡Sube! Desde aquí se ve el río.

Al principio todo fue perfecto; perfecto hasta que Melanie conoció a Sam Davis, su vecino. Habían pasado cinco largos años desde la desaparición de Kate, y nadie sospechó jamás de él. Aunque la policía dragó el río en numerosas ocasiones, nunca fue capaz de encontrar su cuerpo. Pasaron los meses y Melanie, al igual que ocurrió con Kate, fue trabando una bonita amistad con Sam. Por las tardes, al volver de la escuela, se acercaba al río donde Sam la esperaba para jugar un rato antes de cenar. Aunque los primeros días Cathy lo miraba con cierta reticencia, luego vio en él a un compañero de juegos nada peligroso.

Las pesadillas apenas la dejaban conciliar el sueño. Habían empezado una semana atrás, pero su recurrencia y el estado de ansiedad que le ocasionaban eran notables. Una noche más Cathy se incorporó angustiada y sudorosa. Las imágenes, la voz desesperada llamándola. En su sueño el frío, la humedad y el miedo estaban siempre presentes. Luego las señales, los símbolos que no lograba descifrar. Primero se oía una melodía infantil que le resultaba muy familiar. Al instante, la imagen de un desierto enorme y vasto, y, en su centro, una hermosa flor azul que teñía súbitamente sus pétalos de rojo. Acto seguido, la voz fina y temblorosa diciendo «estoy aquí» mientras, al fondo, una lechuza blanca ululaba y batía las alas con fuerza. Después llegaba la tempestad, una intensa lluvia que batía el agua del río, haciendo que el frío y la humedad le calasen hasta los huesos. Por último aparecía una mano pequeña, como la de un niño, posada sobre una mesa, y de pronto un enorme cuchillo antiguo de mango labrado que surgía de la nada cortaba de cuajo uno de sus dedos.

Aquella mañana Cathy se despertó especialmente nerviosa. Tenía la extraña sensación de que algo no iba bien. Preparó el desayuno, ayudó a Melanie a vestirse y luego se puso a recoger la casa mientras su hija se acercaba al río a jugar. Cathy la había aleccionado muy bien, sabía perfectamente que no debía meterse en el agua ni acercarse demasiado a la orilla. Pero ese día algo imprevisto, algo extraño e inexplicable hizo que Melanie no regresara a casa. Durante más de una hora Frank y Cathy la buscaron desesperadamente por todo el bosque, pero no apareció. Los nervios y la angustia por no encontrar a su pequeña estaban minando su tranquilidad por momentos. Frank no tardó en llamar a la comisaría mientras Cathy, sumida en un mar de lágrimas, no dejaba de gritar el nombre de la niña. Los policías, conscientes de la edad de la pequeña, dieron inmediatamente la orden de que dragaran gran parte del río, pero no hallaron rastro alguno de Melanie. Mientras seguían barriendo la zona, Frank y Cathy decidieron hacer una visita a sus vecinos; quizá ellos hubieran visto a la pequeña. No podían quedarse sentados viendo pasar las horas, no mientras Melanie siguiese ahí fuera, perdida y sola. Primero se acercaron a la casa de Ron y Olivia Fox, luego a la de los Lipman, y, por último, a casa de Sam y su madre, una adorable anciana que apenas salía de casa. Ninguno de los dos parecía saber nada de la niña. La madre contestaba a sus preguntas, sonriente, mientras Sam, cabizbajo, se mantenía en silencio entonando una suave melodía.

Era tarde y la policía debía suspender la búsqueda hasta el amanecer. Ambos se quedaron en casa con una tremenda sensación de vacío: en aquel estado era imposible dormir. Cathy, abrazada a Frank, no podía dejar de llorar desconsoladamente. La sola idea de que su hija estuviese muerta le revolvía el estómago hasta ponerla enferma. Sentados en el sofá, ambos se preguntaban qué más podían hacer. Quedarse allí quietos les hacía sentirse inútiles, como si le estuviesen fallando a su niña. Finalmente, pese a que se resistieron con todas sus fuerzas, el sueño les venció, y ambos se quedaron dormidos en el salón.

Una vez más aquella terrible pesadilla la hizo despertarse sobresaltada a los pocos minutos. Pese a sus múltiples intentos, los símbolos no le decían nada. Inquieta, Cathy encendió el ordenador y escribió:

Significado de los sueños.

Ante ella se abrió un índice de palabras.

Poseída por la loca idea que acababa de tener, Cathy intentó desentrañar el sentido de su pesadilla.

—«Desierto», «desierto»... ¡Aquí está! «El desierto representa la soledad, el vacío, la falta de todo.»

Luego vino otra palabra:

—«Flor. Soñar que ve crecer flores en un terreno desierto y desnudo, sin vegetación, significa que le tocará vivir una experiencia triste y penosa» —leyó, temiendo hallarse ante el prelude del final de su hija.

Y la siguiente:

—«Rojo. Indica gran pasión, fuerza, energía, coraje, agresión, poder, peligro, vergüenza, fuertes impulsos sexuales. Indica la necesidad de reflexión».

Y el resto:

—La tempestad simboliza el peligro, la lechuza, la muerte, y el dedo, el dedo... un suceso trágico en la familia.

Sin aliento, consternada, se quedó mirando el ordenador. ¿De qué le servía tener aquellos sueños si no podía ayudar a Melanie? Rompió a llorar con una mezcla de rabia y desconsuelo. Quería sentirse útil, hacer algo por encontrar a su hija. Trató de recordar cada detalle de sus sueños para ver si se le escapaba algún elemento, si podía obtener alguna pista. Pasaban las horas, y ya no tardaría en amanecer. De repente su rostro palideció, abrió mucho los ojos y se tapó la boca con la mano. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Al borde del colapso, Cathy llamó a Frank.

—¡La canción! —exclamó, tras reconocer en la melodía de su sueño la pieza que Sam entonaba en el granero—. ¡Sam tiene a nuestra hija!

Frank no entendía lo que quería decirle Cathy; su breve explicación no le convenció, pero, viendo el estado en que se encontraba su mujer, decidió que no perdían nada por volver a la casa de sus vecinos.

Caminaban por la orilla del río en dirección a ella cuando Frank agarró a Cathy del brazo y le dijo:

—¿Has visto esa flor? Es como la de tu sueño, ¿no?

Frente a ellos hallaron una hermosa y gran flor azul cuyos pétalos estaban salpicados por sutiles rayas rojizas. Se encontraba ligeramente escondida entre la maleza junto al pie del viejo sauce. Cathy se acercó y miró cuidadosamente la zona. Seguro que aquello quería decir algo. Luego, sentada sobre el frío suelo, trató de arrancar la flor con el fin de llevársela consigo.

—¿Qué es?... —se preguntó sobrecogida cuando algo semejante a un hueso empezó a aflorar ante sus ojos. Quince minutos más tarde la zona estaba ya infestada de policias. Bajo sus pies desenterraron el cuerpecito putrefacto de una criatura de no más de seis años. Todo apuntaba a que aquel era el cuerpo de Kate, la niña desaparecida hacía un lustro.

Asustada por la historia de la pequeña, Cathy tenía claro que el tiempo jugaba en su contra. Estaba tan convencida de la culpabilidad de Sam que, sin dudarlo, salió rápidamente hacia la vieja casa dejando a Frank con la policía. Allí estaba Sam, cuidando de sus gallinas.

—Dime, ¿dónde está mi hija? —gritó con todas sus fuerzas.

Confuso, Sam no contestó.

—Sé que mataste a Kate, la policía vendrá en cualquier momento. ¡Devuélveme a Melanie!

Sam, asustado, se llevó las manos a la boca y retrocedió lentamente.

—¡Devuélvemela! —lo increpó Cathy, agarrándole de la ropa.

Nervioso, Sam empezó a negar con la cabeza y a llamar a su madre tartamudeando:

—¡No, no!... Mamá, mam... mmmamá... mma... mammá.

Cathy siguió a Sam hasta el interior de la casa. Allí, en la cocina, la anciana sujetaba a Melanie con una mano mientras blandía un viejo cuchillo con la otra: el cuchillo labrado de su sueño.

—Es usted... —dijo Cathy, con la voz medio rota.

—Sam es mío, ¿sabes? Solo lo tengo a él —dijo, con voz aguda y agresiva—. Ninguna mocosa va a quitármelo. Ya lo intentó antes esa zorra de Kate.

—¡Dios! —exclamó Cathy, horrorizada al descubrir a la verdadera culpable—. ¡Son niñas!

—¡Serán mujeres! —respondió la vieja loca.

—La policía viene hacia aquí, han encontrado el cuerpo de Kate —dijo Cathy, intentando que la mujer desistiera de su actitud y soltase a la niña.

—Sam es un buen hijo, la enterró por mí. Y volverá a hacerlo.

En ese momento Cathy se dio cuenta de que la mujer había apartado el cuchillo lo suficientemente lejos de su hija como para que pudiera lanzarse sobre ella. Sin pensarlo, saltó sobre la anciana, agarrando el cuchillo con fuerza. Melanie quedó libre mientras aquella loca y su madre forcejeaban en el suelo.

—¡Corre! —gritó Cathy.

Entonces Melanie, desobedeciéndola por primera vez, se acercó a Sam y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—No dejes que le haga daño a mi mamá.

Sam miró compasivamente a la niña y, tras abrazarla con fuerza, saltó sobre su madre y, arrebatándole el cuchillo, se lo clavó en el corazón.

—No ta bien mmamaaá, no ta bien —dijo Sam, mientras la sujetaba entre sus brazos y entonaba aquella vieja y conocida canción:

*Cinco lobitos tiene la loba,
blancos y negros detrás de una escoba.
Cinco tenía y cinco criaba,
y a todos los cinco tetita les daba.*

Cuando llegó la policía la anciana estaba muerta, pero Sam seguía acunándola sin dejar de cantar.

Caroline estaba desesperada. Toda su vida era, desde hacía mucho tiempo, un auténtico desastre. Primero fue lo de Jack. La imagen no iba a borrarse de su mente durante muchos años. Recordaba como si fuera ayer el vuelco que le dio el corazón al abrir la puerta del dormitorio y descubrirle en la cama con aquella chica. Ese fue el inicio de un sinfín de despropósitos que destruyeron su existencia. El divorcio la dejó tan descentrada que todo su mundo se vino abajo. Se pasaba las noches llorando, y durante el día su cabeza estaba a miles de kilómetros, como perdida en un pozo sin fondo. Al cabo de unos meses, como consecuencia de su estado, su trabajo se resintió seriamente, y terminaron despidiéndola. Sola y sin empleo, Caroline sabía que no tardarían en retirarle la custodia de su hija. Y así fue: primero perdió a su pequeña y luego su casa. Su viejo coche, su ropa y su teléfono móvil acabaron convertidos en las únicas pertenencias que le quedaban.

Aunque era de noche y apenas había automóviles, detuvo el vehículo cerca del puente en un intento por no entorpecer el tráfico. Hasta en esos instantes prefería no llamar la atención. Abrió la puerta y dejó que una bocanada de aire fresco la despejara. Ya no le quedaba nada por lo que luchar, nada por lo que vivir. La luna, brillante y serena, se reflejaba sobre las aguas del río, trazando caminos de plata que la invitaban a sumergirse. Para su sorpresa, una tímida lágrima le brotó de los ojos: estaba convencida de que, secos y agotados como estaban, ya no podían albergarlas. Suspiró, como si dejara atrás una pesada carga. Le había costado tanto tomar la decisión que llevarla a cabo se había convertido en un alivio. Sin embargo, aún se preguntaba si tendría el valor suficiente para lanzarse. Encendió la radio y puso su canción preferida, la única que le hacía pensar en tiempos felices. Reposó la cabeza en el asiento y sonrió por última vez: sus recuerdos eran lo único hermoso que le quedaba. Se tomó su tiempo, con calma. Al rato, cabizbaja, se levantó del asiento y empezó a caminar lentamente hasta el puente. La música acompañaba sus pasos como si de una marcha fúnebre se tratase. Se sentó en el muro durante un rato. No tenía prisa, ninguna prisa, nadie la esperaba. Aquel momento era solo suyo, y nadie iba a arrebatárselo. Angustiada, pensó en lo que sería de su niña. Ella no la recordaría. Era tan pequeña aún... En el fondo sabía que era mejor así. Nunca se lo perdonaría si, además de perderla, la hacía sufrir.

Había llegado el momento, pensó. Subió al pretil y observó fijamente la luna por última vez; el único testigo de su final. Fue entonces cuando la vio. Era una chica joven, delgada y rubia. Al igual que ella, estaba de pie sobre el pretil, aunque en el otro extremo del puente. El viento ondeaba sus largos cabellos y hacía volar la falda de su vestido, creando una imagen poética. Desde allí podía oír sus llantos. Indignada, decidió ir adonde ella. Nadie iba a quitarle el protagonismo esta vez, pensó. Era su noche, y también su puente. Enfadada, se acercó a la chica con paso firme, dispuesta a convencerla de que aquella noche, aquel lugar, estaban reservados únicamente para ella. Llevaba tanto tiempo planeándolo, tanto tiempo haciéndose a la idea, que ahora no podía permitir que nadie lo estropeará. Sin embargo, cuando apenas le quedaban veinte metros para llegar al otro extremo, la muchacha saltó.

—¡No! —gritó, con una mezcla de indignación y sentimiento de responsabilidad—. ¿Y ahora

qué? —se preguntó, sabiendo que debía hacer alguna cosa. Era tan desgraciada que, además de no lograr suicidarse a solas siquiera, podían culparla de omisión de socorro.

Angustiada, corrió hasta el final del puente y descendió lo más rápidamente que pudo hasta la orilla del río. Con premura, se quitó los zapatos y se lanzó, decidida, en busca de la joven. El agua estaba tan sumamente fría que se le hacía difícil nadar. Miró a su alrededor tratando de ver dónde estaba la chica. Sumergió la cabeza en varias ocasiones sin éxito, pero, cuando estaba a punto de darse por vencida, la vio. Agarrándola por el cuello, tiró de ella con todas sus fuerzas. La corriente era fuerte, y nadar en su contra no era tarea fácil. Exhausta, logró alcanzar la orilla por fin. Arrastró a la muchacha fuera del agua y, tras recuperar el aliento, se dispuso a practicarle el boca a boca. Mientras, en su mente se agolpaban todo tipo de improperios. Encima de no poderse suicidar, tenía que hacerle el boca a boca a una desconocida, y seguro que iba a terminar con gripe. Tras unos largos y exasperantes minutos, la chica pareció recuperarse.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Caroline.

—Para que no lo hicieras tú —contestó la muchacha para su sorpresa.

—¿Cómo?

—Lo mío ya no tiene solución, pero lo tuyo sí. No dejes que la niña crezca sin su madre.

Anonadada, Caroline se incorporó de un salto y empezó a dar vueltas en círculos, tratando de entender lo que estaba pasando. Entonces se giró nuevamente hacia la chica, dispuesta a conseguir más respuestas; pero la muchacha ya no estaba allí. Sorprendida, observó de nuevo el cauce del río: quizá hubiera vuelto a lanzarse al agua. Se acercó a la orilla y miró en todas direcciones, pero no halló nada extraño. Temiéndose lo peor, Caroline corrió hacia el coche en busca del teléfono móvil para llamar a la policía. Si la chica había vuelto a tirarse al río, ya no sería capaz de encontrarla.

* * *

Dos agentes llegaron al cabo de media hora.

—¿Y dice que era rubia y delgada? —preguntó uno de ellos, receloso.

—Sí, era una chica joven y muy guapa. Llevaba un vestido blanco.

Ambos agentes se miraron como si la historia les resultase familiar. Mientras uno iba hasta el coche a hablar por radio, el otro se quedó a su lado. Cuando se hubo asegurado de que su compañero no le oía, le dijo en voz baja:

—Y... ¿se puede saber qué hacía usted aquí a estas horas?

—Bueno, yo... estaba... yo...

—Sé lo que va a decir. No es la primera vez que ocurre...

—¿A qué se refiere? —le contestó Caroline, confusa.

—La chica que usted trató de salvar... en realidad... bueno... Murió aquí varias décadas atrás.

Caroline no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Pero...?

—Se quitó la vida después de perder a su hija de tan solo tres años. —La miró con preocupación y añadió—: ¿Tiene hijos usted?

Caroline enmudeció, dirigió su mirada hacia las oscuras aguas del río y, después de unos segundos, le respondió, sonriente:

—Sí, una niña. Y, si me disculpa, tengo que irme: estoy ansiosa por verla.

Hogar, dulce hogar

Iba a ser su primera noche en la nueva casa. Lo cierto es que el alquiler era francamente inmejorable, una ganga. Hacía tiempo que buscaban algo así, pero la mayoría de los precios estaban por las nubes. Todavía recordaban las extrañas preguntas que aquella vieja mujer les había hecho antes de alquilarles el que ahora era su hogar: si sus respectivos padres aún estaban vivos, si tenían más familia, si solían quedar con amigos... Pese al indiscreto interrogatorio, la casa bien merecía aquel mal trago. Ambos estaban encantados con su decisión, y ahora más que nunca se planteaban tener hijos.

Aquella noche, como tantas otras, se fueron a la cama nada más lavarse los dientes. Se acostaron, comentaron la jornada durante un rato, se dieron unos besos antes de apagar la luz y luego ocuparon cada uno sus respectivas posiciones. Ron, como siempre, boca abajo y abrazado a la almohada, y Sarah acurrucada de costado. Como cada noche, él no tardó nada en dormirse, mientras que ella, a quien le costaba bastante más conciliar el sueño, no paraba de dar vueltas. Finalmente cerró los ojos, y, cuando ya estaba casi dormida, un sonido similar a unos crujidos en el suelo de madera la alertó. Indudablemente, parecían pasos. Nerviosa, no dudó en girarse y despertar a Ron, que, aún adormecido, encendió la luz. Se levantaron y recorrieron toda la casa temiendo que alguien se hubiese colado en ella. Tras recorrer una a una todas las estancias, volvieron a la cama.

—No, ¡si al final acabo tan sugestionado como tú! —exclamó Ron.

—¿Me estás diciendo que no has oído pasos igual que yo? —preguntó Sarah, algo molesta por su observación.

—Bueno, he oído algo. El resto lo habéis hecho tú y mi imaginación —contestó Ron.

—¡Qué cara! —protestó ella, mientras volvía a arrojarse.

Tan pronto como Ron se tumbó en la cama, se quedó dormido. Mientras, Sarah daba vueltas a su lado sin poder conciliar el sueño. Fue en ese instante cuando oyó de nuevo los crujidos. Respiró hondo y trató de tranquilizarse. «Seguro que no es más que la madera, que, como en todas las casas viejas, cruje de vez en cuando», pensó. Sin embargo, no podía evitar sentirse intranquila. ¿Cómo iba a dormirse ahora? Siguió revolviéndose en la cama durante unos minutos hasta que volvió a oír los crujidos, que en esta ocasión procedían del cuarto de al lado. Justo después empezó a oír un ruido como si alguien arañara las paredes con una fuerza descomunal. «Esto no puede estar pasando —pensó—, tiene que ser fruto de la sugestión.» Muerta de miedo, se subió la manta por encima de la cabeza para no oír nada, como hacía de niña, pero, pese a ello, el estrépito de alguien arañando las paredes o los muebles era difícil de encubrir. Mientras tanto, Ron seguía durmiendo plácidamente sin enterarse de nada. Al ver que aquello no cesaba, y sabiendo que sería incapaz de pegar ojo en semejante situación, Sarah decidió despertar a su marido.

—¿Pero qué coño dices de arañar? ¡Estás paranoica! —exclamó Ron, antes de darse la vuelta y volverse a dormir.

Sara intentó tranquilizarse. Era imposible que alguien hubiese entrado en la casa: la habían revisado entera y todo estaba en orden. Por otro lado, si alguien hubiese entrado, ¿qué sentido tenía

que se pusiera a arañar los muebles o las paredes? Era absurdo. Cerró la puerta de la habitación para evitar oír ruidos, se tumbó de nuevo en la cama y, finalmente, cayó rendida.

Habían pasado una o dos horas cuando un golpe seco los despertó. Sobresaltados, ambos se incorporaron y se miraron sin saber qué hacer. El miedo los paralizaba por completo. Unos segundos más tarde se volvieron a oír arañazos. Esta vez también los oyó Ron.

—¿Por qué no vas a ver? —preguntó Sarah, procurando salir airosa de la situación.

—Sí, claro, voy e invito al ladrón a una copa. ¡No te jode! ¿Y por qué no vas tú?

—Pues ya me dirás qué hacemos.

Ron miró el cerrojo de la puerta y la silla que tenían al pie de la cama. Se levantó, cerró la puerta con el cerrojo y colocó la silla contra ella para hacer palanca.

—¿Y crees que eso servirá de mucho? —preguntó Sarah, atónita ante una solución tan estúpida.

Se levantó de la cama y encendió la luz. Luego tomó la lámpara de la mesita de noche a modo de arma arrojadiza y se dispuso a salir al pasillo. Ron, en un alarde de valentía, la agarró del brazo mientras se ponía las zapatillas y decidió acompañarla. Abrieron lentamente la puerta del cuarto y asomaron la cabeza con temor. En cuanto salieron al pasillo algo llamó poderosamente su atención. ¿Quién había encendido la luz de la sala? Ron estaba seguro de haberla apagado antes de irse a la cama. Sarah sabía que el ruido que había oído no era fruto de su imaginación. A juzgar por la intensidad de los arañazos, parecían proceder de la estancia contigua. Asustados y con el corazón en un puño, ambos irrumpieron en la habitación. Allí no había nadie, ni nada extraño. Durante unos segundos, la paz y el silencio reinaron en la casa, pero la tranquilidad terminó pronto. En el fondo, ambos sabían que algo no iba nada bien. Pasaron solo unos instantes y los arañazos volvieron a oírse; esta vez, sin embargo, parecían provenir del otro lado de la pared. Sarah, aterrorizada, intentó llevarse a Ron de allí. Por un momento pensó en abandonar la casa. De pronto, parte de la pared se abrió, como si se tratase de la puerta de un compartimento secreto, y de su interior salió algo negro, enorme y peludo, que se abalanzó sobre ellos sin darles apenas tiempo a reaccionar. El ser monstruoso alzó sus afiladas garras y abrió su enorme boca de aterradores colmillos.

—¡Dios mío! —fue lo último que exclamaron.

* * *

La luz de la mañana entraba por la ventana de la sala de estar. La anciana pasó a la estancia y se apresuró a cerrar las cortinas. Luego se arrodilló y empezó a fregar el suelo enérgicamente para limpiar a conciencia aquella tremenda sangría. El suelo, las paredes y el resto de la habitación estaban impregnados de rojo; eran un festín de sangre y vísceras.

—¡Te tengo dicho que los lles dentro! ¿Sabes lo mucho que cuesta sacar estas manchas de sangre de la madera?

—Lo sé, lo sé, mamá, pero cuando la bestia me posee, no recuerdo nada.

—Bueno, cariño, no te preocupes. Ahora estaremos unos días tranquilas. Hasta la próxima luna llena.

—¿Cuánto tiempo podremos ocultar esto? Sabes, igual que yo, que tarde o temprano nos descubrirán.

—¡El tiempo que haga falta! ¿Me oyes? Tú no te angusties, yo me ocuparé siempre de todo.

—Supongo que te aseguraste de que no tuviesen familia, ¿no?

—¿Acaso te he fallado alguna vez?

—Nunca, mamá, nunca.

La habitación 66

El caso había llenado las portadas de varios diarios nacionales durante días. Fue tal el revuelo que los responsables del Intercontinental Hotel decidieron clausurar aquella habitación para siempre. Ahora, el establecimiento volvía a ser noticia. Tras el cambio de titularidad de la cadena, la habitación iba a ser reabierta. Tom quería tener datos fiables. Tras tantos años de investigaciones paranormales, y con unos cuantos fraudes desenmascarados, estaba deseoso de toparse por fin con algo de verdad. A él ya no le asustaban los cuentos de viejas, y posiblemente hacía años que había borrado la palabra «miedo» de su diccionario personal.

* * *

—¿Y dice usted que esta habitación ha permanecido tapiada desde hace casi seis años? —preguntó el periodista.

—Así es. Tras aquellos horribles sucesos, todos los que trabajábamos en el hotel convenimos en que era lo mejor —contestó el hasta entonces encargado del hotel.

—Pero ¿qué fue exactamente lo que ocurrió aquí?

—Uff... Por lo visto la historia se remonta al 1890, más o menos.

—¿Ya existía este hotel entonces?

—Más o menos. Por aquel entonces, donde hoy está el Intercontinental había una pensión pequeña y de muy mala reputación. Cuentan que allí los hombres pudientes de la época llevaban a sus queridas y a las prostitutas.

—¿Y qué es lo que pasó?

—Pues bien... La leyenda dice que uno de aquellos hombres llevó allí a una niña. Probablemente su hijastra. Por lo visto, la violó y maltrató hasta la muerte, sin que nadie hiciese nada por socorrerla. Cuando descubrieron el cuerpo, la gente del pueblo se tomó la justicia por su mano. El hombre fue linchado, y sus restos se esparcieron por los alrededores para que su alma nunca descansara en paz.

—¿Qué relación tiene el actual hotel con ese suceso?

—Al parecer las únicas relaciones son el terreno donde se ubicaba el establecimiento y el número de la habitación, la 66.

—Curioso... ¿Y qué ocurrió después?

—Parece ser que clausuraron la pensión. La gente de la zona decía que el edificio estaba embrujado y que por las noches se oían lamentos. Al cabo de un tiempo, vendieron el terreno y la tiraron abajo para construir el hotel que hay ahora.

—Ya veo.

—Los fenómenos empezaron en cuanto se inauguró el Intercontinental.

—¿Qué tipo de fenómenos?

—Al principio el asunto se limitó a alguna que otra queja por parte de los clientes. Cuando se hospedaban en la 66, muchos pedían que se les cambiara de habitación debido a los ruidos, quejidos y

gimoteos.

—¿Y después?

—Bueno, hubo muchos casos. Ahora me viene a la mente el de un directivo de la Dexter Company. El pobre hombre explicó a la policía su experiencia en la habitación 66. Decía que aquella noche estaba cansado y que, tras cambiarse y lavarse los dientes, se había metido en la cama. Debían de ser sobre las once. Lo primero fueron los ruidos. Decía que era como si estuviesen peleándose en la habitación contigua. Se oían gritos, golpes y lamentos. Por lo visto pensó en llamar a recepción para quejarse, pero, dada la violencia de aquella trifulca, prefirió no meterse en problemas. Al cabo de algo más de una hora los ruidos pararon.

—¿Y qué más?

—Después, cuando ya había logrado conciliar el sueño, la luz de su habitación se encendió sola. Explicaba que se incorporó extrañado, pero, al no ver a nadie, la apagó y siguió durmiendo. Más tarde fue el teléfono. Según afirmó no dejaba de sonar, y cuando descolgaba no había nadie al otro lado. Afirmaba que había intentado llamar a recepción, pero el teléfono no daba señal. Fue entonces cuando algo empezó a agredirlo. La habitación cobró vida propia. Los muebles volaban y se estrellaban unos contra otros. Las luces y la televisión se apagaban y se encendían solas... Cuando lo sacaron de allí parecía haberse vuelto loco.

—¡Vaya!

—Al pobre hombre lo encontraron por la mañana en estado de shock, acurrucado tras la puerta del baño y lleno de sangre y heridas. Según explicó, no se abrían ni la puerta ni las ventanas. El teléfono estaba arrancado de la pared, y los muebles destrozados.

—¿Y nadie oyó nada?

—Nada que llamase demasiado la atención. Las dos habitaciones contiguas estaban ocupadas, pero en ninguna de las dos oyeron nada. Teniendo en cuenta el destrozo, no comprendo cómo nadie se quejó.

—¿Hubo más casos?

—Muchos más. Al menos unos quince o veinte, de distinta consideración. Hasta que al final ocurrió la tragedia.

—¿Qué fue lo que pasó?

—De todo. Esa noche se dieron un cúmulo de terribles coincidencias.

—Cuénteme.

—Verá, dado lo que había sucedido con aquella habitación, yo tenía por costumbre dejarla vacía, y si la ocupaba solía hacer una ronda nocturna. Además, llamaba a última hora de la noche con alguna excusa, y por la mañana me ocupaba personalmente de verificar que el huésped bajara a tomar el desayuno.

—¿Qué fue lo que falló?

—Todo. Esa noche tuve que irme a casa, estaba indispuesto. Charles, el recepcionista, se quedó al cargo. Sobre las once llegó un hombre que buscaba habitación, y, aunque el hotel no estaba lleno, Charles lo alojó en la número 66. La verdad es que no se me ocurrió avisarle de que no la diera, o pedirle que en caso de darla hiciese la ronda, ni que verificara que el huésped bajaba a desayunar.

—Siga.

—Sucedió, además, que las habitaciones contiguas estaban libres aquella noche.

—Ya.

—No fue hasta casi la tarde siguiente cuando la mujer de la limpieza dio la voz de alerta. El espectáculo era dantesco.

—¿Por?

—El cuerpo del huésped estaba despedazado, y los restos repartidos por toda la habitación. No recuerdo haber visto algo semejante en toda mi vida. La sangre de aquel hombre había sido esparcida por doquier, salpicando paredes y muebles, como si de un lienzo se tratara. Habían colgado las vísceras de la lámpara del techo, y puesto la cabeza dentro del inodoro, con los ojos perfectamente abiertos mirando hacia el exterior.

—¡Jesús!

—Según la autopsia, el hombre aún estaba con vida cuando le extrajeron las vísceras. ¿Puede usted imaginarse el dolor?

—Dios mío...

—¿Y ahora, qué?

—No sé lo que puede pasar si reabren esa habitación.

—¿Y el actual propietario conoce la historia?

—Por supuesto. Yo mismo me encargué de contársela, pero no me creyó. Se lo tomó todo a risa.

—¡Qué insensato!

—El hotel reabre sus puertas la próxima semana y la habitación 66 estará nuevamente en funcionamiento. Increíble pero cierto.

* * *

Tras el encuentro, Tom cruzó la calle dispuesto a tomarse un café bien cargado en la cafetería de enfrente. La historia no dejaba de dar vueltas en su cabeza. Se terminó el café y salió de allí pensativo. Por un instante pensó en alojarse en la famosa habitación. Seguro que a la revista podría interesarle un reportaje así. Cualquiera otra persona estaría muerta de miedo ante la posibilidad de pasar la noche entre esas paredes, pero para Tom vivir en su propia piel una experiencia paranormal era como cumplir un sueño.

* * *

—Buenas tardes, queremos una habitación para una noche —dijo Tom.

—Por supuesto —respondió el recepcionista del Intercontinental.

—¿Podría ser la 66? Es que a mi mujer le hace gracia, por lo de la leyenda —afirmó Tom, agarrando por la cintura a Natalie, la fotógrafa de la revista.

—Ningún problema.

Una vez en la habitación, Natalie empezó a instalar las cámaras y los dispositivos detectores de movimiento y calor.

—¿Sabes que igual no pasa nada, no?

—Lo sé, pero tenía que hacerlo —contestó Tom.

—Ponte cómodo, la noche va a ser larga.

La noche, al contrario de lo que creían, fue para ellos extremadamente corta.

A la mañana siguiente, el hotel se llenó de policías. El Intercontinental Hotel volvía a ser noticia en todo el país.

Se encuentran los cuerpos descuartizados de una pareja en la habitación 66 del Intercontinental Hotel. Como ya ocurrió hace seis años, hoy este hotel vuelve a ser, por desgracia, titular de todos los periódicos a causa de un suceso trágico y macabro. Se han hallado los cuerpos descuartizados de una joven pareja de periodistas que pasaba la noche en la famosa habitación 66. La policía investiga actualmente el suceso. Fuentes del hotel señalan que la pareja estaba realizando un reportaje y que las grabaciones están en manos de la autoridad competente.

—¿Qué hay en la cinta? —preguntó el jefe de policía al inspector encargado del caso.

—Verá, señor, casi toda está en blanco. Es decir, parece como si se hubiese grabado a oscuras y sin sonido. Pero al final...

—¿Al final qué?

—Mejor véalo usted mismo.

El inspector conectó la cámara a la televisión y le dio al play. Entonces, tras unos minutos en completa oscuridad y silencio, una niña desnuda y medio desdibujada apareció de golpe, mirando directamente a la pantalla con una sonrisa grotesca; a sus espaldas se veían los cuerpos de los periodistas descuartizados.

Aquella era ahora su casa, y nadie volvería a hacerle daño jamás.

Existe otro mundo, un mundo que nos ocultan pero que convive con el nuestro. La mayoría de nosotros morimos sin saber de su existencia. Los gobiernos lo mantienen en secreto, porque descubrir esa realidad sería como abrir la caja de Pandora. Lo ideal sería hacerla desaparecer, pero no pueden.

Llegaron a la Tierra hace muchísimo tiempo, en la época de los faraones. Al principio convivieron con nosotros y nos ayudaron a crecer como civilización. Nos dieron los conocimientos básicos sobre astronomía, matemáticas, física... Ellos eran los principales interesados en nuestro desarrollo: necesitaban la electricidad, el petróleo, el gas y la mayor parte de la tecnología para poder sobrevivir. Pero, lo más importante, nos necesitaban a nosotros. Sabían que tarde o temprano tendrían que esconderse. Eran conscientes de que cuando el hombre dejara de creer en dioses y supiera cuáles eran su procedencia real y sus intereses, lucharía por destruirlos. Ellos nos ganan en capacidad intelectual, pero físicamente cualquier enfrentamiento los llevaría al fracaso. Tenían que dotarnos de la tecnología suficiente para asegurarse de nuestro desarrollo y luego esconderse prudentemente en el submundo.

Y si son físicamente inferiores, ¿por qué no hemos acabado con ellos?

Hubo una época en que hubiera sido posible, pero, conscientes de ese hecho, infiltraron agentes en nuestro mundo, agentes que lideran nuestra sociedad y que lo controlan todo. Inventaron formas de control a las que sucumbimos sin apenas darnos cuenta. El documento de identidad, el seguro médico, los códigos de barras, las cuentas bancarias, internet...

Saben dónde se encuentra en todo momento cada uno de nosotros, dominan a los dirigentes mundiales, controlan todos los recursos...

Si se desatase una guerra, les sería sumamente fácil destruirlo todo. Además, cuentan con una ventaja inmunológica evidente frente a la radioactividad: a ellos no les afecta. Por eso mismo hicieron todo lo que estaba en su mano para ayudarnos a desarrollarla. Podrían hacer detonar cualquiera de las muchas bombas atómicas que se hallan en poder de las superpotencias y su vida no se vería amenazada; la nuestra, en cambio, sí.

Imagino que os preguntaréis qué quieren de nosotros, por qué vinieron, dónde viven y qué peligro entrañan. Tras diversos años de investigaciones, tengo varias respuestas, aunque algunas hubiese preferido no conocerlas. A continuación os relataré todo lo que he averiguado sobre estos seres, así que si queréis vivir tranquilos, si sois aprensivos o creéis que no vais a soportar la realidad, os invito a dejar de leer y a pensar que lo aquí expuesto no es más que otro inocente relato de terror.

Todo empezó en enero de 1981, cuando, con apenas veintitrés años, dos compañeros y yo nos hallábamos en la ciudad de Miri, justo en el centro de la isla de Borneo, en el sudeste de Asia. Allí se encuentra el parque nacional de Gunung Mulu, considerado patrimonio de la humanidad. Debajo de este parque selvático descubrimos la sala de Sarawak, una enorme cámara subterránea considerada la más grande del mundo. Nadie hasta la fecha había entrado allí ni nadie volverá a hacerlo. Lo que descubrimos en su interior ha hecho que dedique mi vida a investigar y difundir nuestros hallazgos.

Lamentablemente, mi compañero Tony desapareció aquel día, y Dave murió en extrañas circunstancias al poco tiempo de la expedición. No sería raro que, tras publicar estas palabras, a mí me pasase lo mismo.

Cuando penetramos en la sala de Sarawak, la oscuridad se convirtió en nuestra compañera. Lo primero que nos llamó la atención fue la ausencia total de humedad. Eso es algo completamente anómalo en las grutas, ya que, debido a la falta de luz y a las corrientes subterráneas, son siempre muy húmedas. Pasados unos instantes, nos separamos con la intención de abarcar la mayor área posible y extender las lámparas a lo largo de la sala. Iluminamos la zona con potentes focos gracias a un grupo electrógeno. La cámara era inmensa. La sala debía de medir aproximadamente setecientos metros de largo, cuatrocientos de ancho y al menos setenta de alto. Incluso con las lámparas, el otro extremo de la cavidad no podía verse a través de la espesa negrura. Empezamos a recorrerla con cierta prudencia. El terreno era muy abrupto y estaba lleno de pequeñas galerías. De pronto oímos un ruido inesperado. Era como un leve murmullo que parecía provenir de las tinieblas. Lo cierto es que al principio no nos llamó demasiado la atención, ya que en esta clase de cuevas suelen refugiarse todo tipo de insectos y otros animales. Como de costumbre, procedimos a investigar las principales galerías. Mientras Tony penetraba en la primera, Dave y yo controlábamos la expedición desde el exterior.

—¡Chicos! ¡Aquí hay algo extraño! —gritó Tony desde la galería.

—¿A qué te refieres con «extraño»? —preguntó Dave.

—Bueno, no quiero asustaros, pero juraría que lo que hay aquí dentro son miles de restos humanos —dijo Tony, saliendo de la cavidad con el rostro desencajado.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo.

Avanzamos juntos hasta el interior para comprobar si Tony estaba en lo cierto. La gruta parecía una enorme despensa. Los cuerpos estaban perfectamente divididos en tres áreas. En la primera solo había huesos amontonados en lo que podríamos describir como una gran pirámide. En la segunda área había varias pilas con diferentes partes de cuerpos. Estaban perfectamente ordenadas: piernas con piernas, brazos con brazos, vísceras con vísceras... Por último, en la tercera había cuerpos enteros alineados en el suelo unos junto a otros.

—¡Es una puta despensa! —dijo Dave, conteniendo las arcadas.

Debo reconocer que un miedo desconocido hasta entonces empezó a apoderarse de nosotros.

—¡Algo se mueve allí abajo! —exclamó Tony, que estaba situado a unos cien metros a la derecha de donde yo me encontraba.

Efectivamente, allí abajo se movía algo, o mejor dicho alguien. Cuando Tony vio a aquel ser frente a él, no pudo hacer otra cosa que chillar y salir corriendo despavorido hacia el interior de la gruta. No volvimos a verlo nunca más. Dave y yo lo llamamos varias veces, pero no hubo respuesta. De pronto empezamos a ver sombras alargadas que se acercaban desde el fondo de la gruta. El murmullo del principio invadió la cavidad de nuevo, pero esta vez el ruido fue creciendo hasta hacerse ensordecedor. Fue entonces cuando pude ver con toda claridad a uno de ellos. Debía de medir cerca de los dos metros, su piel era oscura y su aspecto lánguido y frágil, aunque amenazador. Salimos corriendo de allí sin dudarlo. Nunca me perdonaré el haber huido, haber abandonado a Tony de aquella manera. Sin embargo, a día de hoy estoy seguro de que cuando escapamos él ya no estaba con vida, y de que, de habernos quedado, tampoco lo estaríamos nosotros.

Ahora, treinta y un años después, puedo decir que todos los gobiernos conocen la existencia de

esos seres. Apostaría mi vida a que el incendio que acabó con Dave fue planeado por la CIA siguiendo órdenes directas de la Casa Blanca. Nunca debió llegar hasta el presidente, y menos cuando teníamos serias sospechas de que había políticos implicados en la trama. Los kuarz, que así se llaman estas criaturas, son los verdaderos amos del mundo. Lo controlan todo y a todos. Viven bajo tierra, en la oscuridad, porque sus ojos, tras años de ocultarse de los humanos, han desarrollado un extraño tipo de fotofobia. Utilizan nuestras fuentes energéticas para mantener su mundo subterráneo cálido y con el grado de humedad necesario para su supervivencia. Se alimentan básicamente de carne y sangre humana, y son los propios gobiernos los encargados de abastecerlos. Siempre existen muertos en las guerras o en los atentados, mendigos, presidiarios, o simplemente personas desaparecidas que terminan sirviendo de alimento para los kuarz.

Cuando leáis esto, probablemente ya estaré muerto. Tan solo espero que este escrito me sobreviva y llegue hasta vosotros...

Necesitaba unas vacaciones. Alan no quería esperar ni un minuto más para coger su coche y huir de la ciudad. Estaba convencido de que en aquel viejo palacio reconvertido en hotel rural sería capaz de descansar y desconectar. Le habían dicho maravillas de la zona, y, para escribir, la tranquilidad de sus paisajes era idónea.

Cuando llegó, ya estaba oscureciendo. Sin embargo, la tenue y rojiza luz del sol arrojaba sobre los terrenos una amalgama de tonos dorados de belleza inigualable. Detuvo el coche a la entrada del hotel, y durante unos segundos se dejó seducir por el paisaje. Entonces, cuando se disponía a descender de su vehículo, la vio. Era una mujer joven y hermosa, de lánguidos y oscuros ropajes, cuyos largos cabellos pelirrojos se fundían con la luz del sol formando una hermosa melodía. Al verlo, ella se escondió, en un acto de timidez, tras los árboles que rodeaban el viejo castillo. Mientras tanto, un joven salió del interior del hotel y se ofreció a ayudar a Alan con el equipaje.

Una vez hospedado, Alan bajó al comedor con la intención de cenar algo. Luego, como solía hacer en la ciudad, salió del hotel para dar un paseo de un cuarto de hora. Para él, aquel ritual se había convertido en un clásico. Le encantaba respirar un poco de aire fresco tras la cena. La noche era clara, y la luna, reflejada en el lago de la parte trasera del palacio, invitaba a la ensoñación. Se sentó sobre una roca de las que bordeaban la laguna y sacó su pipa del bolsillo derecho de la chaqueta. Fue en ese instante cuando Alan creyó volver a ver a la muchacha que, de nuevo, se escondía tras los árboles cercanos al cobertizo.

—Todavía no me he comido a nadie —exclamó en tono irónico mientras llenaba su pipa de tabaco.

Pero, cuando quiso darse cuenta, la chica había desaparecido otra vez en la oscuridad de la noche.

Intrigado por aquella misteriosa mujer, al entrar al hotel Alan preguntó al recepcionista.

—¿Y dice usted que estaba junto al cobertizo?

—Sí.

—Aquí no hay nadie que responda a esa descripción.

La única mujer joven y medianamente hermosa es mi hermana Sandra, y no se parece en nada a la que usted menciona.

Alan subió a la habitación un tanto extrañado. La respuesta del recepcionista no le había parecido del todo sincera. Era como si tras sus palabras hubiera algo oculto, enigmático; algo de lo que no podía hablar. Alan creyó haber visto miedo en sus ojos.

Perplejo, decidió preguntar también al resto del personal del hotel. «Alguien debe de saber algo sobre esa mujer», pensó. La reacción de aquellas personas volvió a ser la misma: reticencia a hablar, secretismo, temor.

Eran aproximadamente las tres de la mañana cuando un extraño susurro lo despertó. Sonaba como si alguien hubiera dejado abierta la ventana del pasillo y el aire, caprichoso, entonase un silbido suave pero persistente. Se incorporó y se dispuso a salir de la estancia con la intención de cerrar el ventanal. Envuelto en su viejo y raído batín de raso, Alan abrió la puerta de la habitación y

salió al pasillo. Efectivamente, como había sospechado, la ventana del final del corredor estaba abierta de par en par. La cerró y regresó a su habitación. Al entrar, frente a la ventana de la estancia el perfil semidesnudo de la joven de cabellos rojizos se contorneaba ante sus ojos. Sin darle apenas tiempo de preguntarle su nombre, la joven dejó caer al suelo la poca ropa que aún cubría su bella silueta. Se le acercó, tomó sus manos y las colocó sensualmente sobre sus senos. Luego, tras inclinarse con suavidad sobre él, empezó a besarlo, recorriéndole el cuerpo con las yemas de sus finos dedos. Alan, ciego y embriagado por el deseo, se dejó llevar. A la mañana siguiente, despertó solo de nuevo. En la luna del espejo que había sobre la cómoda de la habitación distinguió un mensaje escrito con carmín.

Muchas gracias.

Alan no salía de su asombro. ¿Quién era aquella hermosa y enigmática mujer? Tenía que descubrirlo.

Se duchó y bajó a tomar el desayuno resuelto a averiguar algo, pero no encontró a nadie que hubiera oído hablar de ella: era como si jamás hubiera existido. Alan pasó el día intentando trabajar en su novela, pero fue incapaz. Cada vez que trataba de escribir algo, el cuerpo o el rostro de aquella chica volvían a su mente. Ya de noche, y tras dar su habitual paseo por el exterior del hotel, Alan subió a su habitación. Al abrir la puerta, tal y como había ocurrido el día anterior, junto al pie de la cama estaba ella.

—Pero... ¿quién eres? —preguntó, verdaderamente intrigado por su joven y seductora acompañante.

Desnuda y en actitud lasciva, la chica se acercó hacia Alan y volvió a abalanzarse sobre él. Lo besó, lo acarició y lo desnudó sin decir una sola palabra. Otra vez Alan se dejó llevar por la locura. Al amanecer se encontró de nuevo solo en el lecho. Un mensaje de agradecimiento estaba escrito sobre el espejo, como la vez anterior, aunque en esta ocasión la joven había añadido su nombre:

Muchas gracias.

Ginebra

Cansado de tan absurda situación, Alan decidió que aquella noche no iba a acostarse con Ginebra hasta que consiguiese saber algo más sobre ella. Cenó temprano y, en vez de dar su habitual paseo, decidió esperarla sentado sobre su cama. De pronto, sin saber muy bien cómo había conseguido entrar, Ginebra, lujuriosa, apareció tras él.

—Ginebra. Tenemos que hablar.

Ella, haciendo caso omiso a sus palabras, se le fue acercando.

—Ginebra. Quiero saber cosas de ti, ¡no solo que nos acostemos! —exclamó Alan.

Ella, como las dos noches anteriores, le agarró las manos y las colocó sobre sus senos, mientras con las suyas le asía suave pero firmemente el pene. Alan, poseído por la magnética Ginebra, fue perdiendo poco a poco la determinación y se vio abocado de nuevo a un acto sexual tórrido, intenso, anónimo: una maravillosa y excitante gimnasia. Mientras ella permanecía tumbada sobre su cuerpo desnudo y le besaba el cuello, Alan luchó por recuperar la cordura e intentó apartarla, primero

dulcemente y después con mayor decisión. Fue entonces cuando Alan, al incorporarse, pudo ver su propio reflejo en el espejo de la estancia. Lo extraño era que en la imagen reflejada tan solo estaba él.

—¿Qué eres? —dijo, con un nudo en la garganta.

Ginebra se mostró esta vez como lo que era en realidad, un hermoso y milenario vampiro sediento de sangre fresca. Bajo el pelo alborotado, sus bellos ojos color de miel estaban ahora inyectados en sangre, y de su boca asomaban dos colmillos puntiagudos. Alan se apartó de ella de un brinco, agarró su batín como buenamente pudo y salió corriendo al pasillo del hotel. Cuando volvió a su habitación, Ginebra había desaparecido dejando un nuevo mensaje en el espejo:

Lo siento.

Ginebra

Sobrepasado por la espeluznante situación en que se encontraba, y ante la sorpresa del recepcionista, Alan decidió irse del hotel esa misma noche. Ya en su casa, algo más calmado, no conseguía sacarse a Ginebra de la cabeza. Un confuso sentimiento estaba sembrando un malestar desconocido para él en lo más profundo de su ser. Por un lado, no podía evitar sentir inquietud, respeto e incluso pavor por lo que acababa de vivir; pero, por otro, una atracción visceral e incontrolable le hacía pensar en ella a todas horas, casi hasta enloquecer. Su cuerpo joven y sensual y sus rojos cabellos le invadían continuamente el pensamiento. Su nombre no cesaba de volverle a los labios. Se sentía embrujado por Ginebra; estaba obsesionado por ese espectro, por esa criatura. Exhausto, Alan caminó hasta su habitación para acostarse, no sin antes lavarse los dientes y orinar. Fue entonces, al pasar frente al espejo, cuando pudo observar que su reflejo era completamente inexistente. El miedo se apoderó de él por unos segundos, aunque enseguida dejó paso a la rabia, a la furia por saberse engañado, utilizado. Lleno de cólera, salió del baño y se dirigió a la ventana del dormitorio. La abrió y, cuando estaba a punto de vociferar con todas sus fuerzas el nombre de aquella bestia, cayó en la cuenta de que ahora era inmortal, de que ya no envejecería, de que tenía toda una eternidad para encontrarla de nuevo. La expresión del rostro de Alan cambió por completo, y la angustia que sentía hasta ese momento se transformó en una felicidad exultante. Se apoyó en el marco de la ventana y, respirando el aire fresco de la noche, suspiró para sus adentros:

—Ginebra...

Siempre había odiado los hospitales públicos. Una cosa era verse obligado a visitarlos para que le realizaran alguna prueba y otra muy distinta estar ingresado en uno de ellos. Pese a contar con los mejores médicos y la mejor tecnología, el hecho de tener que compartir habitación con uno o dos enfermos más le parecía muy incómodo. Sin embargo, en aquella ocasión la experiencia no fue como otras veces.

Despertó de la anestesia lentamente. Su boca, seca como el esparto, ansiaba algo de agua.

—Tendrá que esperar un poco a que se le pase por completo el efecto de la anestesia. En breve vendrá el médico —dijo la enfermera.

A su edad, solo y sin familiares que fuesen a verle, Nel se desesperaba cada vez que requería que las enfermeras le atendiesen. El servicio era extremadamente lento, y él muy impaciente.

—No haga caso a esa vieja bruja. ¿Quiere que le acerque un vaso de agua? —preguntó alguien tras la cortina. A juzgar por la voz, debía de ser un chico joven.

—Pues no te voy a decir que no —contestó Nel, agradeciendo el gesto.

El muchacho se levantó de la cama, abrió la cortina y luego le acercó el vaso. Era alto, de cabellos claros y tez rosada.

—Me llamo Frank, Frank Herbert —dijo, estrechándole la mano.

—Nel. Encantado.

Nel lo observó atentamente. Tenía la cara y el cuello llenos de enormes cicatrices. Al darse cuenta de que el chico se había percatado de la forma en que lo miraba, Nel se apresuró a pedirle disculpas.

—Siento mucho si...

—No se preocupe, ya no importa. Hace unos días quizá me hubiese afectado, pero ahora... ahora ya no pasa nada. A veces la distancia ayuda a ver las cosas de una forma distinta.

—Bueno, lo realmente importante es lo que uno lleva dentro —dijo Nel, avergonzado y tratando de suavizar la situación.

Frank desvió la mirada hacia el suelo, no sin cierta tristeza.

—Y, dígame, ¿qué es lo que le ha traído hasta el hospital? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—Algo tan tonto y fastidioso como una hernia. Cosas de la edad, que no perdona —respondió Nel, haciendo un esfuerzo por incorporarse—. ¿Y tú? ¿Cuál es el motivo de tu estancia?

El chico lo miró fijamente desde los pies de la cama y, tras unos segundos de silencio, contestó:

—Como puede imaginar por mi aspecto, tuve un grave accidente de tráfico. Me dormí al volante tras una noche de fiesta. El resultado está a la vista.

—¿Y cuándo te dan el alta?

El muchacho desvió la mirada, como si la pregunta le incomodase.

—De inmediato: estoy a punto de salir —dijo, mientras se apartaba el flequillo de los ojos con la mano.

—¿Cómo? —A Nel le extrañó el comentario, pues aquel chico no parecía estar a punto de irse de

allí.

—¿Tiene usted familia? —preguntó Frank, quitándole importancia a su comentario anterior.

—Por desgracia, no. Soy hijo único, y como no me casé...

—Eso lo hace todo bastante más sencillo, ¿no cree?

—¿Sencillo? No entiendo.

—Sí, sencillo. Verá, cuando uno tiene familia no puede evitar sentirse responsable. Siempre dando explicaciones...

—No creas, la soledad es muy dura. No todo el mundo está preparado para ella.

—Quizá tenga razón —respondió, mientras se acercaba al costado de la cama de su compañero de habitación.

—Entonces tú sí tienes familia.

—Sí, tengo a mis padres, a los que quiero con locura y a los que no dejo de dar disgustos, y a mi hermano Richard, a quien afortunadamente veré muy pronto.

—¿Vive lejos de aquí? —preguntó el anciano.

—¿Quién? ¿Mi hermano?

—Sí.

—Pues sí, más o menos... Hace demasiado tiempo que no lo veo —apuntó, con una mirada triste.

—Ya veo.

—Ahora que recuerdo... Cuando ingresé, la enfermera me quitó del cuello una cadena que él me había regalado, y al dejarla en esta mesita resbaló y cayó entre la barra de la cama y el colchón. No la he podido sacar.

—Pues menos mal que te has acordado, si no igual se queda aquí.

En aquel momento se oyó que alguien entraba en la habitación. Frank corrió la cortina y volvió a su cama.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el médico, dirigiéndose a Nel.

—Bastante bien.

—Veo que ha bebido agua. Le dije a la enfermera que esperara a que yo...

—No, no ha sido ella. Me la ha acercado Frank, el chico de aquí al lado.

Con gesto de contrariedad, el doctor avanzó hasta la cortina, descorriéndola de golpe. Allí no había nadie; únicamente una cama vacía y perfectamente hecha.

—Está usted solo —contestó el médico, estupefacto ante su comentario.

Nel, aún dolorido, se incorporó presa de un sobresalto; lo que oía no podía ser cierto.

—Le juro que estaba aquí —dijo, alterado.

—¿Y cómo dice que se llamaba el chico?

—Frank Herbert. —Nel no entendía lo que estaba sucediendo.

El doctor salió un segundo de la habitación y regresó mirando a Nel con incredulidad.

—Frank Herbert murió esta mañana en esa misma cama, pero ocurrió una hora antes de que lo trajeran a usted. ¿Cómo...?

—Eso no puede ser —lo interrumpió Nel; no daba crédito a lo que oía—. Hace solo unos minutos yo estaba charlando con el chico; de hecho, me ha dicho que había tenido un grave accidente de coche.

—Y así fue, pero ingresó aquí en coma y no llegó a despertarse.

Nel se quedó paralizado, sin saber qué decir o qué hacer. Aquello era imposible. Una mezcla de

sensaciones le invadió el cuerpo; al principio sintió miedo, mucho miedo, al darse cuenta de lo que había ocurrido en realidad. Sin embargo, al cabo de unos minutos Nel se tranquilizó, y entonces le vinieron a la cabeza las palabras del chico.

—¡La cadena! —exclamó, presa de una visión.

—¿Cómo dice? —preguntó el doctor, completamente desconcertado.

—¿Y la familia de Frank?

—Supongo que abajo, en la capilla, esperando a que se lleven el cuerpo al tanatorio.

Sintió que tenía una gran responsabilidad sobre sus hombros. Sin dudarle ni un instante, Nel se levantó y se acercó a la cama vacía. Metió la mano por el lateral, entre la barra y el colchón, y como por arte de magia sacó de allí la cadena.

—¿Qué es lo que...? —trató de preguntar el doctor mientras Nel salía de la habitación y se dirigía a la capilla. Sabía que tenía algo pendiente, algo que posiblemente se tratara de uno de los encargos más importantes que le habían hecho en toda su vida. Entró en la capilla, y allí, solos y quebrados por el dolor, estaban los padres de Frank. Dudaba sobre el modo de decirles lo que sabía sin que le tomaran por loco.

—Buenos días —dijo Nel, acercándose a la madre de Frank.

—Buenos días.

—Verá, no los conozco de nada, pero hoy por la mañana he ingresado en este hospital y me han puesto en la habitación de su hijo Frank.

La mujer, atenta a sus palabras, asintió con la cabeza.

—Cuando estaba despertándome de la anestesia, un muchacho con la cara y el cuello llenos de cicatrices me ha acercado un vaso de agua y se ha presentado. Sé que lo que voy a decirle le sonará extraño, pero es la verdad.

Ella lo miraba con cierta reticencia.

—El chico me ha dicho que se llamaba Frank Herbert y que había tenido un accidente de tráfico al dormirse al volante.

La madre de Frank frunció el ceño con desaprobación, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Antes de que avisase a su marido y lo echasen de ahí a patadas, Nel se apresuró a hablar.

—Sé que no me creerá, pero ese chico me ha dicho que los quería con locura y que no dejaba de darles disgustos. Y luego me ha dicho que por fin iba a ver a su hermano Richard, a quien hacía mucho que no veía. Sé que suena increíble, pero...

En ese momento la mujer rompió a llorar desconsoladamente y su marido se acercó a toda prisa. Nel se apartó un poco, temiéndose la reacción. Estaba convencido de que aquella pareja no dudaría en avisar a seguridad.

—Hay algo que me ha pedido que les diera —dijo, sacando la cadena de su bolsillo—. Por lo visto se le cayó a la enfermera entre la barra de la cama y el colchón.

Durante unos segundos la tensión creció en el ambiente hasta llegar a su punto máximo. Pero entonces la mujer se acercó a él y, tomando la cadena en su mano, le dijo, con voz entrecortada por el llanto:

—No sabe lo felices que nos ha hecho con sus palabras. No me queda ninguna duda de que ha hablado usted con él. Frank llevaba tiempo sin ver a su hermano porque murió de cáncer hace un año, y respecto a la cadena... no se imagina lo importante que es para nosotros poder recuperarla. Gracias.

El Trampolín de la Muerte

Era tarde, y estaba muy cansado. Aquella noche los ochenta y cinco kilómetros que hay entre las poblaciones de San Francisco y Mocoa, en el Putumayo, resultaban especialmente oscuros, solitarios e inhóspitos. El cielo encapotado amenazaba lluvia, y el viento doblegaba las copas de los árboles generando una imagen casi fantasmagórica. Subí ligeramente el volumen de la música para no dormirme y tomé un trago de Coca-Cola. Aunque aquel tramo de carretera no era muy largo, lo sinuoso del trazado lo hacía especialmente fatigoso y comprometido. Fue entonces cuando la vi, a lo lejos, sentada en la cuneta, temblando de frío. Aunque la idea de parar no me hacía demasiada gracia, me parecía casi inhumano dejarla allí. Reduje la marcha del coche y me acerqué lentamente para observarla con más detenimiento. La chica no parecía peligrosa; su aspecto, lejos de generar desconfianza, despertaba ternura. Me pareció de fiar. Finalmente me detuve.

—Gracias por recogerme —dijo ella, acercándose—. Creí que iba a morirme de frío.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—A Mocoa —contestó—. Por cierto, mi nombre es Monica.

—Andrew —respondí, dándole la mano—. ¿Y qué hacías aquí sola, en mitad de la nada?

—Es una larga historia —respondió, intentando escurrir el bulto.

—Tenemos tiempo —contesté, lleno de curiosidad.

—Bien, es sencillo. Me peleé con mi chico y me hizo bajar del coche. De eso hace dos horas.

—Pero... Hay que ser hijo de...

—Prefiero no pensar en él. Ahora sí que se acabó; para siempre —añadió ella, con los ojos humedecidos.

—¿Quieres que ponga la radio? —pregunté, procurando cambiar de tema.

—Sí, está bien.

Mientras sonaba la música, Monica observaba el paisaje por la ventana. Parecía muy triste, y apenas me prestaba atención. La miré de reojo. Era joven, tendría veinticinco años como mucho. Su melena castaña lucía bastante alborotada, lo que resultaba lógico tras haber pasado varias horas a la intemperie. Al contemplar su rostro de nuevo, esta vez con mayor atención, descubrí una pequeña brecha en su frente.

—Tienes una herida en la frente —le dije, pensando que quizá se habría golpeado con algo al bajarse del coche.

—Lo sé, es de la caída.

—¿Caída? —pregunté, sin entenderla.

—Sí, cuando me tiré del coche en marcha —dijo ella, para mi desconcierto.

—Pero ¿no decías que tu novio te obligó a bajar del automóvil?

—Más o menos —respondió, con una extraña sonrisa en el rostro.

Confundido por su respuesta, la miré con suspicacia. En mi interior algo me decía que aquella muchacha escondía alguna cosa.

—A ver —dije, ralentizando la marcha—. ¿Qué es exactamente lo que ha pasado?

—Pues eso, que discutimos y yo decidí que no quería seguir viaje con él.

—¿Y te lanzaste en marcha?

—Sí —dijo, escueta.

—¡Podrías haberte matado! —respondí.

—De hecho lo hice. —Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Cómo? —pregunté, con los ojos abiertos.

En ese preciso momento, una inquietante voz masculina que procedía de la parte trasera del coche añadió:

—Tendrías que haberte suicidado conmigo. Hubiera sido más romántico.

Atemorizado, miré por el retrovisor. Allí, como si de una aparición se tratase, vi a un chico completamente bañado en sangre. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda; me giré con brusquedad, pero el asiento trasero volvía a estar vacío.

—No se moleste en buscarme. Yo también estoy muerto, y a diferencia de Monica a mí no me gusta demasiado que me vean —dijo la voz en tono irónico, obligándome a mirar el espejo de nuevo.

—Usted también lo estará en breve —añadió la chica, riéndose.

Histérico, aterrado, frené bruscamente el vehículo, que dio varias vueltas de campana para caer despeñándose barranco abajo. Una tremenda explosión resonó en todo el valle al cabo de unos instantes.

—¿No te dan pena? —preguntó la muchacha al chico mientras miraban arder el coche desde el borde del precipicio.

—¿Has pensado en lo aburrida que sería la eternidad sin este tipo de distracciones? —inquirió él —. Además, hay que hacer honor al nombre de tan solitaria carretera.

—Sí, es cierto —dijo, pensativa—. ¿A quién se le ocurriría llamarla «el Trampolín de la Muerte»?

—A alguien con mucho sentido del humor, está claro —respondió el chico, mientras se iba diluyendo entre la bruma del camino.

* * *

Ahora vago como ellos por esta carretera, y revivo también, una y otra vez, el accidente que me costó la vida.

Estaban cansados de sus bromas macabras, hartos de pasar miedo y de hacer el ridículo por culpa de su supuesto amigo. Mark todavía recordaba la vez que le hizo entrar en la vieja casa abandonada diciéndole que el balón se había colado en su interior. Cuando estuvo dentro, lo encerró durante media hora y puso en marcha una cinta con ruidos de lo más inquietantes. Asustado, Mark fue incapaz de contener la orina, y cuando logró salir todos sus amigos se burlaron de él. Tampoco Amanda había conseguido olvidar el día que la montó en su moto y, acelerando al máximo en dirección a un acantilado, empezó a dar gritos mientras decía:

—Lo siento, Amanda, pero voy a estrellar esta puta moto; ya no quiero vivir más.

Por unos instantes Amanda creyó que aquel iba a ser su último día. Cuando por fin frenó en seco a pocos centímetros del barranco, ella se desmayó y cayó al suelo inconsciente.

Todos y cada uno de sus amigos habían sufrido en sus propias carnes la crueldad de Arnold, pero eso ya no iba a suceder nunca más.

* * *

Se sentía muy mareado, con ganas de vomitar. No recordaba haber bebido tanto como para eso, pero lo cierto es que no sería la primera vez que el alcohol le jugaba una mala pasada. Con resignación, intentó serenarse hasta que los efectos de la bebida disminuyeran ligeramente. Notaba que le faltaba el aire, y eso le intranquilizó. Era una sensación distinta a la de otras veces, una sensación sumamente desagradable. Poco a poco fue recuperando los sentidos. Abrió los ojos con lentitud, pero la oscuridad era espesa y tupida, peor que la de una noche sin luna. No veía absolutamente nada. Trató de incorporarse, pero al levantar la cabeza se dio un tremendo golpe seco. Algo frente a él le impedía levantarse. Apenas se podía mover. Se sintió apesado, casi inmovilizado; le costaba respirar. Aunque Arnold era conocido por su sangre fría y su flema británica, aquella extraña e insólita situación empezaba a inquietarle. Nervioso, intentó tantear el terreno con las manos: tal como su cabeza le había demostrado hacía unos instantes, tenía algo delante que le cerraba el paso. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué estaba ocurriendo? El aire se hacía cada vez más denso, y su respiración se agitaba y se aceleraba por momentos. Justo en ese instante empezó a oírse una voz metálica que procedía de una grabadora.

—Hola, Arnold. Supongo que reconocerás mi voz. Por si la situación anula tus sentidos, te diré que soy John. Sí, John, el amigo al que lanzaste al agua en alta mar con el único propósito de ridiculizarlo y hacerle pasar miedo por no saber nadar. Desde entonces no soy capaz ni de acercarme a la orilla. Por ello te doy las gracias.

Entonces sonó otra voz, distinta de la anterior:

—Hola, Arnold, soy Malcolm, el amigo al que encerraste en un cuarto lleno de serpientes para que, según tú, superase su absurda fobia.

Y así fueron oyéndose, una a una, todas las voces de los amigos de Arnold contando todas y cada

una de las bromas que les había gastado. Tras una breve pausa, la voz de John se oyó de nuevo.

—Pues bien, llegados a este punto te preguntarás dónde estás y qué está ocurriendo. Es muy sencillo: tus amigos hemos decidido celebrar Halloween a lo grande. Hoy vamos a ser nosotros los que nos riamos de ti. ¿Te has preguntado dónde te encuentras? Estás a un metro bajo tierra, dentro de un bonito y confortable ataúd. Pero, como en el fondo te queremos, vamos a darte una oportunidad para que salgas de esta. En el bolsillo derecho de tu chaqueta hay un mechero, y en el izquierdo un punzón y una pequeña pala que acaso te ayuden a romper el ataúd y cavar hasta la superficie. Pero, recuerda, si al cavar no te cae arena en la cara es que te has equivocado de dirección. Desorientarse bajo tierra es fácil. Suerte... amigo. Por cierto, creo que, entre truco o trato, tú elegiste truco... Jajajaja.

La grabación se interrumpió, y Arnold sintió que por vez primera su corazón se aceleraba presa del pánico. Trató de gritar, pero enseguida comprendió que nadie iba a ir en su ayuda, que nadie, ni siquiera sus compañeros, le iba a oír. Aquello no podía estar pasándole. Era él quien hacía bromas macabras, no los demás. Nervioso, acelerado, buscó el mechero, el punzón y la pala en los respectivos bolsillos. Mientras, en la superficie, Amanda controlaba con un cronómetro el tiempo que iba transcurriendo. Según sus cálculos, Arnold tenía oxígeno para una media hora. Pasado ese plazo de tiempo su vida correría serio peligro. Lo tenían todo perfectamente planificado: si para las doce y cincuenta Arnold no había salido, Malcolm y John empezarían a cavar.

Con la respiración entrecortada y el corazón fuera de sí, Arnold encendió rápidamente el mechero. Necesitaba recuperar a toda costa la vista, uno de sus sentidos más preciados. Pero, al verse cautivo en tan minúsculo habitáculo, comenzó a llorar de pura angustia. La terrible sensación de claustrofobia, ahora que podía ver, era aún mayor. Sin dudar, agarró el punzón con fuerza y empezó a golpear la madera, que comenzó a ceder con mayor facilidad de lo que esperaba. La tierra se deslizaba lentamente entre las tablas, y poco a poco fue depositándose en el fondo del ataúd. Al menos estaba cavando en la dirección correcta, pensó. El dolor de sus nudillos descarnados se estaba tornando francamente insoportable, pero las ganas de ver la luz no le permitían concederse una tregua. Fue en ese instante cuando la llama del mechero empezó a flaquear.

—¡Por Dios, no, no me falles! —gritó Arnold, consciente de que en el momento en que el mechero dejase de alumbrar, el oxígeno estaría próximo a su fin.

Mientras tanto, en la superficie, Amanda seguía atenta al cronómetro.

—Quedan diez minutos, id preparándoos —dijo, mirando a sus dos compañeros.

Arnold, exhausto por tan desmedido esfuerzo, con las manos llenas de sangre por las heridas, sentía que iba adormeciéndose. El mechero casi no emitía llama, y a cada minuto le costaba más respirar. Entonces supo que no existe nada más angustioso que la falta completa de aire: sentir cómo los pulmones son incapaces de bombear y los bronquios se llenan por segundos de veneno para el cuerpo.

—¡Adelante, Malcolm, John! ¡Cavad, rápido! —espetó Amanda, viendo que el tiempo se había agotado.

A los pocos minutos ambos muchachos consiguieron llegar hasta el ataúd y abrirlo. Dentro yacía el cuerpo sin vida de Arnold. A diferencia de lo que esperaban, había dejado de respirar para siempre. Nadie entendía cuál había sido el error, nadie tuvo en cuenta jamás el consumo extra de oxígeno que produce la combustión de un mechero dentro de un ataúd.

Fue en ese momento cuando resonó una voz sumamente familiar, procedente de la nada, que hizo

que todos se estremeciesen hasta perder la cordura:

—¡Ahora tengo toda la eternidad para atormentaros!

Entró en la habitación y su rostro palideció. Inmóvil, sintió que su estómago se empequeñecía, y que cada vez le costaba más respirar. Algo en su interior le decía que lo que estaba viendo no podía ser real, que aquello era solo una pesadilla y que en cualquier momento abriría los ojos y todo desaparecería. Se agarró con fuerza al marco de la puerta. Sentía que las piernas le fallaban, que carecía del empuje necesario para seguir adelante. Aquel dibujo, aquel espanto, era mucho peor que cualquiera de los anteriores.

Hacía al menos tres largos años que Sofy no dibujaba nada parecido. Era una niña distinta a las demás, una cría poco comunicativa, huraña, cuyas manos poseían la habilidad de pintar preciosos murales. Desde muy pequeña, Sofy tenía un don extraño e inquietante. Un don que a veces se tornaba una condena, sobre todo para su madre, Abby, que, viuda desde hacía más de dos años, no sabía cómo gestionar aquellas insólitas situaciones.

La primera vez que ocurrió, Sofy no tenía más que siete años. Se despertó a medianoche y, sonámbula, se sentó a la mesa de juegos de su cuarto. Cuando a la mañana siguiente sus padres fueron a despertarla, descubrieron un dibujo que les hizo temblar de pies a cabeza. En él se veía a un niño pequeño atropellado por un autobús escolar. Ambos, sin saber cómo reaccionar y preocupados por la salud emocional de la pequeña, decidieron llevarla a un psicólogo. Al cabo de una semana, un compañero de clase de Sofy murió arrollado por el autocar del colegio. A partir de ese día Abby y su marido supieron que algo extraordinario, inquietante e imprevisible había entrado en sus vidas, y en especial en la de su pequeña.

Pasaron un par de años en que los hechos que Sofy anticipaba en sus dibujos no tenían nada de preocupante. Las imágenes no eran más que adelantos de situaciones normales de la familia o del colegio, de modo que Abby y Jonathan se fueron relajando y dejaron de prestarles atención. De hecho, de no haber sido por una de esas extrañas casualidades que ocurren a veces, Abby nunca hubiese descubierto el fatídico dibujo que cambió sus vidas para siempre.

Era lunes, y la noche anterior Jonathan se había ido a Nueva York en viaje de negocios. Lo cierto es que Abby estaba triste por el modo en que su marido se había marchado. Odiaba tenerle lejos, y ese solía ser el motivo de sus absurdas pero frecuentes discusiones. Aquella noche Jonathan se fue dando un fuerte portazo que incluso despertó a su hija. Al día siguiente, cuando Abby fue a acostar a la pequeña, le llamó la atención un papel arrugado que había en el fondo de la papelería. Sofy no solía romper sus dibujos: era ella la que cada noche recogía todos los folios pintarrajeados y los tiraba en la basura de la cocina. Abby se agachó, tomó el folio de la papelería y lo abrió lentamente. Lo que había allí dibujado la dejó sin palabras. En la imagen se podía ver a un hombre tumbado en el suelo bajo un letrero en el que estaba escrito «Nueva York». Sobre él, un corazón roto, que a juicio de Abby podía simbolizar un ataque cardíaco. Aturdida por la fuerza de la imagen, permaneció quieta, pensativa. Por un instante, todos sus miedos afloraron y la hicieron temblar. Asustada ante aquella amenazadora y retorcida ilustración, necesitaba que por una vez todo fuese una mera coincidencia, una macabra casualidad. Respiró hondo y arrugó nuevamente el papel con fuerza, como si

haciéndolo desaparecer fuese a borrar cualquier posibilidad de que aquello sucediese. Lo tiró a la basura y se sentó sobre la cama. De pronto sonó su teléfono; era un número desconocido. Miró atentamente la pantalla sin atreverse a descolgarlo. ¿Y si sus peores pesadillas se convertían en realidad? Tras unos instantes acercó el aparato a su oreja y contestó; ya nada volvería a ser igual. Desde aquel día, Abby entró en una depresión interminable, en una espiral autodestructiva que la llevaba incuestionablemente a culparse por la muerte de su marido. La autopsia concluyó que se había tratado de un infarto de miocardio. Una muerte que ella sí hubiese podido prever de haber prestado mayor atención a los dibujos de Sofy.

El tiempo fue pasando y Abby logró retomar las riendas de su vida y la de su hija, pero aquel estado de renovada felicidad no iba a durar demasiado. Sofy tenía ya doce años, y día tras día su madre observaba cómo su pequeña se iba convirtiendo en una mujer. Junto con la adolescencia llegó la rebeldía, y a Abby le costaba cada día más imponer sus normas a la niña. Sofy, que nunca había sido demasiado comunicativa, dejó de dar explicaciones a su madre y empezó a saltarse las clases.

Aquella tarde, como venía siendo cada vez más frecuente, madre e hija se enzarzaron en una discusión larga y agitada. Sofy, harta de que su madre apenas la dejase salir con los amigos, decidió irse de la casa dando un portazo, no sin antes decir:

—Me voy como lo hizo papá la noche antes de morir.

Abby se quedó pensativa y sorprendida por la frase. Ella jamás había comentado con Sofy lo sucedido la noche anterior a la tragedia. Tan pronto como volvió a casa, Abby no dudó en preguntarle al respecto.

—Esa noche lo oí todo, mamá, pero desgraciadamente no me di cuenta de que la culpable de la discusión eras tú, y no él. Me enfadé con papá por chillarte, por irse de aquella manera y por dar aquel portazo, y me prometí que jamás volvería a hacerlo...

Abby miró fijamente a su hija con temor a preguntarle qué quería decir con exactitud. No hizo falta; Sofy se lo aclaró en ese mismo instante:

—Es como aquel estúpido niño del cole que no dejaba de molestarme en clase.

—¿Qué niño? —preguntó Abby, aterrada.

—¿Cuál va a ser? Ese al que atropelló el autobús —contestó la niña con frialdad e indiferencia, y se dirigió a su habitación con una extraña sonrisa en la cara.

Asustada, Abby la siguió, y al entrar en su habitación se quedó sin aliento. En la pared, colgado, había un nuevo dibujo: Abby sumergida en una bañera cortándose las venas.

Desde que le alcanzaba la memoria, Maya siempre recordaba haber tenido sueños premonitorios. Sueños que se diferenciaban claramente del resto; que siempre, sin excepción, se cumplían. Esa especie de rigor casi científico, lejos de ser algo positivo, la había llevado a la circunstancia actual, una que, si sus sueños no la engañaban, duraría el resto de su vida.

Despertó empapada en sudor. Su corazón latía acelerado por lo violento de la pesadilla que acababa de tener. Sabía que era una de aquellas, de las reales, de las inamovibles. Dios sabe cuántas veces trató de alterar el curso de uno de esos augurios. Jamás, ni siquiera en los casos en que la realidad soñada tenía una importancia mísera, conseguía variar un ápice el resultado final. Sin embargo, nunca había soñado algo de aquel calibre, algo tan terrorífico y atroz que el solo hecho de pensarlo le revolvió el estómago. Aquello superaba con creces los límites de lo aceptable, y por muchas pruebas que tuviese de la invariabilidad de los resultados, de su incapacidad para distorsionar la realidad soñada, no podía quedarse impasible. Quería creer que había una posibilidad, aunque fuera ínfima, de detener, de variar, de alterar aquel final; estaba prácticamente convencida de ello. Repasó el sueño en su cabeza más de mil veces. Tenía que encontrar un fallo, una pista, una rendija, por estrecha que fuese, que le permitiera romper aquella cadena de acontecimientos. Agarró una hoja y un bolígrafo, y escribió al detalle todo lo que había soñado. Cuanto más tiempo tardase, más riesgo había de que se le olvidara algo.

Me veo a mí misma en el salón de la casa, leyendo tranquilamente. Por la luz del sol puedo deducir que debe de ser cerca del mediodía; entre las doce y las tres de la tarde, para ser más precisos. De pronto se oye un estruendo similar al sonido que hace un cristal al romperse. Jeff dice alguna cosa en voz alta, aunque no consigo descifrar sus palabras.

—Amor, ¿qué ocurre? —pregunto mientras me incorporo.

Nadie responde. Me acerco a la habitación de Julia, mi hija de un año. Parece que el ruido proviene de ahí. La oigo llorar. La puerta está entornada. La abro ligeramente y veo a Jeff con Julia en brazos y blandiendo un trozo de cristal con la mano derecha. Parece completamente fuera de sí.

—¡Jeff! ¿Qué haces?

—¡Vete!— me contesta, con el rostro desencajado.

De pronto viene hacia mí con actitud amenazadora. Cierro la puerta y corro hacia la cocina en busca de un cuchillo. Cuando la abro de nuevo, veo a Julia inmóvil, tendida en la alfombra y cubierta de sangre, y a Jeff con las manos ensangrentadas.

—¡Jeff! ¿Qué has hecho?...

Ahí termina el sueño.

Por más que repasó la escena una y otra vez, no logró comprenderla. ¿Por qué iba Jeff a hacerle daño a su hija? No era lógico, él adoraba a Julia. Desde que había llegado a este mundo, Jeff vivía por y para ella. Era tal el amor que le profesaba que incluso Maya había llegado a sentirse celosa.

¿Qué podía llevar a alguien a hacer algo así? Su mente iba a mil por hora. Había un tema que no dejaba de inquietarla: ¿cuándo se suponía que iba a ocurrir aquello? Trató de repasar el sueño buscando algún elemento que pudiese indicarle una fecha, pero no fue capaz de encontrar nada.

Desde el mismo instante en que Jeff llegó a casa aquella tarde, Maya no le quitó ojo. Por la noche no logró dormir. A la mañana siguiente volvió a repasar punto por punto toda la escena.

—¡Tiene que ser un fin de semana! —exclamó.

Jeff no comía en casa los días laborables, y en su sueño la tragedia sucedía, como mucho, durante las primeras horas de la tarde.

El primer fin de semana fue muy estresante; no se separó de Julia ni un momento. Jeff empezó a darse cuenta de que algo extraño ocurría. Su mujer no podía seguir así: lo insostenible de la situación iba a acabar con su salud y con su matrimonio. Durante la siguiente semana Maya dedicó su tiempo a elaborar un plan mejor. Era necesario encontrar una brecha que le permitiese modificar el curso de los acontecimientos. ¿Y si se llevaba a la niña lejos de allí? Sabía que justificarlo le sería muy complicado. Jeff no aceptaría separarse de su hija sin un motivo concreto. ¿Y si durante los mediodías del fin de semana llevase encima algún tipo de arma? Según el sueño, su marido mataba a la niña mientras ella iba a la cocina a por un cuchillo. De haber entrado armada la primera vez, quizá pudiera haberlo impedido. Recordó entonces la vieja Magnum que su padre guardaba en la caja de seguridad.

Era sábado, y después de comer Jeff se fue al cuarto a echarse un rato mientras ella leía tumbada en el sofá del salón. Estaba nerviosa, así que hizo un esfuerzo por tranquilizarse. De pronto sonó un estruendo similar al sonido que hace el cristal al romperse. Al fondo se oyó la voz de Jeff diciendo algo que Maya no alcanzaba a descifrar.

—Amor, ¿qué ocurre? —preguntó, mientras se incorporaba.

Nadie respondió. Aquello le era familiar.

—¡Está pasando! —exclamó, mientras corría rumbo a la habitación de su hija.

Se acercó al cuarto de Julia rápidamente. Abrió la puerta con determinación y vio, tal como temía, la escena de su sueño. Jeff tenía a Julia en brazos, y un trozo de cristal en la mano derecha. Parecía completamente fuera de sí.

—Jeff! ¿Qué haces? —chilló, intentando detenerlo.

—¡Vete! —contestó Jeff, con el rostro desencajado.

De repente empezó a andar hacia ella. Maya sacó el revólver y le apuntó, resuelta.

—¡Maya! ¿Qué haces?...

Sin dudarle, disparó a Jeff entre los ojos, y este cayó desplomado al suelo. Maya avanzó a toda prisa hacia él y agarró a Julia. Lo había logrado, pensó, había encontrado una brecha. En ese instante sintió una fuerte punzada en la espalda, y un dolor agudo atravesó todo su cuerpo.

Despertó tumbada en una cama de hospital.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital de Saint Bartholomew's. Lleva usted inconsciente cerca de dos días —le dijo un policía que estaba al pie de la cama.

—¿Y mi hija? ¿Dónde está? ¿Qué pasó? ¿Quién...?

—¿Qué recuerda?

—¿Y mi hija?

—Desgraciadamente su hija está... —dijo el policía, bajando la mirada.

—¿Muerta? ¡No! Pero si yo lo maté, él no pudo matarla... ¡No pudo!

—¿Él? ¿Quién? ¿Su marido?

—¡Jeff, sí! —exclamó Maya, deshecha por el dolor.

—Pero... ¿por qué mató a su marido?

—¿Por qué? Porque iba a matar a mi hija.

—¿Qué? Eso no es lógico. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tenía un cristal en la mano derecha y a la niña en brazos. Se acercó en actitud agresiva y con la cara desencajada, y yo, yo le disparé, y...

—¿Y?

—¿Quién...? ¿Qué me ha pasado?... ¿Por qué estoy aquí?

—Alguien entró a robar por la ventana del cuarto de su hija. Suponemos que su marido lo oyó y fue a ver qué había pasado.

—¿Un ladrón? ¡No!... Yo no vi... no puede ser... no.

—Pensamos que su marido cogió a la niña en brazos para protegerla y estaba ahuyentando al ladrón cuando usted irrumpió en la estancia.

—¿Proteger? —preguntó Maya, perpleja, mientras en sus ojos se podía observar que se hallaba en estado de shock.

—Después de que le disparara, el ladrón le clavó a usted un cuchillo en la espalda.

—¡No... no puede ser! Yo no vi... —contestó, y, tras un fallido intento de levantarse de la cama, se dejó caer, vencida por el dolor.

Maya estaba destrozada, abatida por un cúmulo de noticias que se sentía incapaz de procesar. Su niña, su pequeña, ya no estaba a su lado, y ella había sido la única culpable de su muerte y la de su marido. Deshecha, rompió a llorar sin consuelo hasta quedarse vacía de lágrimas. El policía, ayudado por una enfermera, intentó devolverla a la cama.

—Tiene que descansar —apuntó la enfermera, ahuyentando al policía.

—Probablemente estuviera escondido detrás de la puerta cuando usted entró. Lo siento —añadió él, haciendo caso omiso a la enfermera.

—¡Dios! Y yo... yo maté a Jeff... ¡Mi niña, mi niña! ¡No! —dijo, desmoronándose por completo.

—¿Puede explicarme qué hacía usted con un revólver? —preguntó el agente al cabo de algunos minutos.

Cuando Maya consiguió recuperar la calma, trató de contarle a la policía lo de sus premoniciones, pero nadie la creyó.

Al cabo de unos meses un diario local se hizo eco de la noticia. En el artículo se recogían las declaraciones que Maya realizó durante el juicio:

Me llamo Maya Rodale y tengo treinta y dos años. Hace un mes que me quedé viuda y sin mi hija. Desde entonces estoy parapléjica por una lesión medular producida por arma blanca y afronto una condena de diecisiete años de prisión por homicidio en primer grado. Ahora sé que el curso de las premoniciones se puede alterar; la cuestión es si es aconsejable hacerlo.

Era un jueves del mes de mayo. Oscurecía, y los últimos rayos de sol se ocultaban tras los edificios cercanos. Como la mayoría de las últimas tardes, me senté frente al ordenador para hablar un rato con Steven. Nos echábamos de menos, y, viviendo a seiscientos kilómetros de distancia, esa era la única forma que teníamos de vernos las caras entre semana. Debíamos de llevar algo más de diez minutos hablando a través de la webcam, comentando cómo nos había ido el día y lo que íbamos a hacer el fin de semana, cuando la vi pasar por detrás de él cruzando la estancia. Pese a que fueron solo unos segundos, la imagen era nítida y no ofrecía dudas. Se trataba de una chica joven, una adolescente de ojos claros y hermosos cabellos largos y rizados. Se suponía que él estaba solo en casa, así que empecé a barajar todo tipo de hipótesis en mi cabeza: ninguna buena. Ante mi pregunta, él miró tras de sí con cara de desconcierto.

—Aquí no hay nadie, Sheila.

—Sí, ya, y yo me chupo el dedo —respondí, pensando que tenía a una chica metida en casa y pretendía hacerme pasar por loca.

—Te lo juro, joder. Pero... ¿quién quieres que haya?

—No lo sé, dímelo tú.

—¿A quién has visto?

Describí a la chica con todo lujo de detalles. Pelo castaño y rizado recogido en una cola baja, ojos claros, vaqueros raídos y camiseta azul cielo.

—Es la descripción de Elisabeth, mi hija... —contestó, con la expresión desencajada—. Pero no está en casa, está con mi exmujer.

Hacía solo diez días que Steven y yo éramos pareja, y aún no había tenido oportunidad de mostrarme ninguna imagen de su hija. Extrañado, se incorporó y fue a por las fotos enmarcadas que tenía al fondo, en un estante del salón.

—¿La ves?

—Sí, es ella —dije, completamente descolocada.

Pese a haber vivido cierto número de experiencias ajenas a lo que la mayoría de las personas llamarían «normalidad», lo que acababa de suceder era nuevo para mí. La verdad es que no sabía cómo interpretar esa especie de visión. Cuando alguna vez había visto a alguien imperceptible a ojos de los demás, siempre había tenido la certeza de estar contemplando un fantasma, pero nunca a alguien que supuestamente estaba vivo. Entonces una idea terrible cruzó por mi cabeza: ¿y si la chica hubiera muerto? Ese era el supuesto más lógico, según mi experiencia; y sin embargo era incapaz de aceptarlo como opción. Imaginar que la hija de Steven hubiese muerto en las últimas horas me parecía retorcido y macabro. Y, de ser así, ¿cómo iba a explicárselo a su padre? ¿Con qué argumentos o con qué autoridad? Tenía que haber otra alternativa, necesitaba hallar una posibilidad distinta. Mientras, Steven seguía mirándome expectante, y posiblemente algo asustado. Necesitaba otra opinión, la de alguien objetivo, alguien que supiese más que yo sobre ese tipo de sucesos.

—¿Me das un segundo?

—Claro —respondió, sin saber qué estaba pasando.

Agarré el teléfono y, levantándome de la silla, llamé a la única persona que tal vez pudiera aclararme el asunto. J. R., además de un gran amigo, era periodista e investigador de fenómenos paranormales. Ya había hecho uso de sus conocimientos en otras ocasiones, pero lo cierto es que en ninguna de ellas había estado tan confusa y preocupada.

—Hola, Sheila, cuánto tiempo sin saber de ti.

—Hola, J. R. Perdona que te moleste, pero tengo que hacerte una consulta —dije mientras observaba de reojo a Steven, todavía sentado frente a la cámara.

—Dime.

—Verás...

Le conté lo que había sucedido con pelos y señales. No tardó en darme una respuesta.

—¿Bilocación? —repetí en voz baja, procurando que Steven no pudiese oírlo.

—Sí, un desdoblamiento del cuerpo físico y el astral protagonizado por su hija.

—Pero...

—Seguro que a esa niña le pasa algo y ha recurrido a su padre con la mente; por eso la has podido ver. Claro está que él no es sensitivo, pero tú ya has pasado por cosas similares.

—Ya, pero ¿por una cámara de vídeo?

—Sí, eso no deja de ser extraño... Debo reconocer que es la primera vez que oigo que pueda ocurrir.

Steven, que trataba de oír la conversación, miraba constantemente detrás de él, nervioso y sin saber a qué atenerse.

—¿Y ahora qué?

—Que la llame. Puede estar en peligro, o pasándolo mal.

—Gracias, J. R. Luego te llamo.

Colgué el teléfono, me senté de nuevo y miré a la cámara. Steven estaba expectante, a la espera de algún tipo de explicación. ¿Cómo decirle a un chico al que conoces desde hace apenas un mes que ves fantasmas, que tienes videncias y que, a pesar de ello, no estás loca? La cosa no pintaba nada bien. Iba a pensar que estaba como un cencerro. Sin embargo, la posibilidad de que a su hija le ocurriese algo malo no daba pie a plantearse demasiadas alternativas.

—Verás, he llamado a un amigo periodista que es algo así como investigador de fenómenos paranormales...

—¿Perdón?

—Sé que suena fatal, pero... Mira, Steven, tu hija puede estar en peligro.

—¿Mi hija?

—Sí, solo te pido un voto de confianza. Luego, si quieres, me mandas a freír espárragos, ¿vale?

—Vale —dijo, frunciendo el ceño y con voz suspicaz.

—Tienes que llamarla. Lo que acaba de ocurrir recibe el nombre de «bilocación».

—¿Bilo... qué? —Nervioso, golpeaba suavemente la mesa con la punta de los dedos.

—«Bilocación» o «desdoblamiento». Es decir, que alguien en situación de peligro o angustia recurre mentalmente a otra persona, y, si esa persona es sensitiva, puede llegar a verla.

—¿Sensitiva? ¿De qué me estás hablando?

—Luego. —Comenzaba a desesperarme—. Ahora, por favor, llama a tu hija.

En sus ojos se notaba un claro escepticismo, y algo me hacía intuir que después de aquello no iba

a volver a verle. Tomó el teléfono, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Apenas podía oír lo que decía, pero por su aspecto noté que algo malo estaba ocurriendo. Colgó y, sin mirar a la cámara, se sentó en el sofá con la cabeza gacha entre las manos.

—¡Steven! ¿Qué sucede?

Por más que intentaba que me hablase, Steven no respondía. Por fin, tras una larga espera, se acercó a la cámara.

—¡Me voy al hospital!

—¿Qué pasa?

—Elisabeth está en coma y se encuentra internada.

—¿Qué?

—He hablado con su madre.

—Yo...

Sin mediar palabra, y con los ojos llenos de lágrimas, Steven apagó la cámara. Pasé toda la tarde dándole vueltas al asunto en mi cabeza. No podía seguir allí, tenía que estar a su lado. Así que me fui al aeropuerto, decidida a coger el primer vuelo.

Llegué al hospital y vi que Elisabeth estaba allí, en una habitación, tumbada e inmóvil en una de las camas. Era tal y como yo la había visto. Steven me miró con cierta frialdad. Era de suponer que tras la información que le di algo dentro de él había cambiado. Se acercó, me dio un beso y me presentó a Emma, su exmujer. Tras un tenso silencio, me incliné y le pregunté:

—¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente de moto —respondió, casi sin mirarme a la cara.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que recibió un fuerte impacto en la cabeza; eso es lo que la hizo entrar en coma.

—Lo siento.

—Ya...

Su respuesta contenía cierta ironía, cierto desprecio.

—¿Quieres que me vaya, que desaparezca de tu vida?

—No.

—Que vea cosas no significa que las ocasione. Tampoco le pedí a nadie ser así, pero esto es lo que hay. Lo siento.

Me miró, me rodeó con sus brazos y prorrumpió en sollozos.

Pasó algo más de media hora y Emma se fue a comer.

Fue entonces cuando una idea algo descabellada cruzó mi mente.

—Steven. ¿Puedo acercarme a Elisabeth? ¿Puedo tocarla?

Steven me miró, desconcertado.

—¿Para?

—Estaba pensando que si sin conocerla tuvimos esa extraña conexión, quizá, y solo quizá, si me concentro pueda conectar nuevamente con ella esté donde esté.

—¿Cómo?

—Hay casos en que el paciente en coma recuerda al despertar lo que se ha hablado a su alrededor. Si eso es así, y Elisabeth pudiese oírme, si yo pudiese transmitirle energía...

—Sheila, no creo en estas cosas.

—Ya. Lo respeto, pero... ¿tienes algo que perder?

—No. De acuerdo, pero hazlo antes de que venga su madre.

—Vale.

Me acerqué a la cama y coloqué con mucho cuidado las palmas sobre la frente de Elisabeth. Había probado en otras ocasiones la imposición de manos. Era útil a modo de terapia para aliviar dolencias crónicas, pero no sabía si serviría de algo en un caso como este. Repetí varias veces la imposición y traté de transmitir a Elisabeth fuerzas y ganas de vivir. No estaba segura de que fuera a ser útil, pero al tercer intento empecé a impregnarme de ella. Era como si me estuviera transmitiendo información. En un momento dado, y para sorpresa de su padre, hubo algo, una frase, que brotó de mí casi de forma inconsciente.

—Steven, ¿tiene algún sentido para ti la frase «Vas a verme actuar»?

Las lágrimas inundaron los ojos de Steven como nunca lo habían hecho antes.

—Dentro de quince días Elisabeth tenía que bailar en un festival de jazz. Le hacía muchísima ilusión que fuese a verla.

Creo que fue entonces cuando Steven dejó de dudar de mí, y, aunque estaba asustado, no le quedó más remedio que creerme. Pasaron un par días y yo debía regresar a mi trabajo en Londres. Triste, porque la situación no parecía mejorar, me despedí de Steven y de su exmujer. Me acerqué a la cama con la intención de darle un último beso a Elisabeth, y entonces, para sorpresa de todos, abrió los ojos. Sus padres, felices y emocionados, se le acercaron con ganas de abrazarla. Pero ella, sin apenas prestarles atención, me miró fijamente y, sonriendo, me dijo:

—Muchas gracias, Sheila.

Nadie, excepto Steven y yo, entendería jamás el motivo de aquellas palabras.



LAURA FALCÓ LARA (Barcelona, 1969) es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Barcelona y Máster en Dirección de Empresas por ESADE. Entró a trabajar en el Grupo Editorial Planeta en 1995, y tras varios años a cargo del departamento de marketing del sello Planeta pasó a dirigir la editorial Martínez Roca. En la actualidad está al frente de los sellos Minotauro, Timun Mas, Libros Cúpula, Esencia y Zenith.

Además, forma parte del equipo radiofónico del programa *La rosa de los vientos*, de Onda Cero, con la sección «La biblioteca», y colabora puntualmente hablando de libros en otros espacios como *Tierra de sueños*, de 25 Televisión, y *Luces en la oscuridad*, de Punto Radio.

En 2012 publicó su primera novela, *Gritos antes de morir*. Posteriormente ha publicado *La muerte sabe tu nombre* y *Chelston House*.

Además, Falcó Lara es colaboradora de programas como *La rosa de los vientos* y en 2012 publicó su primera novela, *Gritos antes de morir*.